

CULTURA

31

••• REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION •••

SAN SALVADOR

EL SALVADOR

CENTRO AMÉRICA

ENERO - FEBRERO - MARZO

1 9 6 4



CULTURA

REVISTA DEL MINISTERIO DE EDUCACION

MINISTRO
PROFESOR ERNESTO REVELO BORJA

SUB-SECRETARIO
PROFESOR FRANCISCO MORAN

DIRECTORA DE LA REVISTA
CLAUDIA LARS

Nº 31

ENERO - FEBRERO - MARZO

1964

DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
Pasaje Contreras Nº 145.
SAN SALVADOR, EL SALVADOR, C. A.



Impreso en los Talleres de la
DIRECCIÓN GENERAL DE PUBLICACIONES DEL MINISTERIO DE EDUCACIÓN
San Salvador, El Salvador, C. A.
1 9 6 4



INDICE

	PAGINA
El primer libro de Masferrer Luis Gallegos Valdés.	11
El habla de Mesoamérica. El voseo en los “Cuentos de Barro” de Salarrué Alvaro Menén Desleal.	19
La poesía mágica de los nahuas Pedro Geoffroy Rivas.	29
Stephen Crane o la psicología del combatiente Conferencia de Rolando Velásquez.	35
Orígenes del hombre en América Jorge Lardé y Larín.	45
Ascensión al volcán de Izalco Jorge Lardé.	49
En el centenario de un nefelibata criollo: Joaquín V. González César Tiempo.	53
Exposición de Carlos G. Cañas en la Galería Forma Alfonso Orantes.	72

	PAGINA
Discurso pronunciado por el Embajador de El Salvador en París, Dr. Ricardo Gallardo	77
Poema de Carlo Antonio Castro. Salvadoreño	85
Poema de Roberto Arturo Menéndez. Salvadoreño	92
Poema de José Roberto Cea. Salvadoreño	96
Pintor de apariciones. Cuento	105
Salarrué.	
La sequía. Cuento	110
Carlos Salazar Herrera	
Si Homero resucitara	113
Guillermo Korn.	
La ciudad de Florencia	118
Argentina Díaz Lozano.	
Reflexiones sobre la lírica	122
Roberto Armijo.	
Cuarenta años de enseñanza	125
Francisco Espinosa.	
José Matías Delgado y el movimiento insurgente de 1811	131
Rodolfo Barón Castro.	
Vida cultural	145
Tinta fresca	152

Colaboran en este Número

LUIS GALLEGOS VALDES.—Prosista salvadoreño. Nació en San Salvador en 1917. Vivió en Francia en su niñez. Ha viajado por Estados Unidos y otros países de América. Se dedica especialmente a la crítica literaria. Fue durante varios años Director General de Bellas Artes y es, actualmente, catedrático de literatura francesa, española y centroamericana en la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador. Su libro *Tiro al blanco* reúne juicios sobre la obra de diferentes escritores. *Plaza Mayor*, es fino relato de tiempos pasados. *Panorama de la literatura salvadoreña*, recientemente publicado, es importante obra informativa.

ALVARO MENENDEZ LEAL.—(Menén Desleal). Poeta, cuentista, escritor de obras de teatro y periodista salvadoreño. Nació en 1931. Ha triunfado en varios Certámenes Literarios de El Salvador y de otros países de Centro América. En el VIII Certamen Nacional de Cultura de esta República, 1962, obtuvo 2º Premio por su libro titulado *Cuentos Breves y Maravillosos*. En el X Certamen Cultural Universitario de esta capital, ganó tres premios en tres ramas literarias: poesía, cuento y ensayo. *El habla de Mesoamérica: El voseo en los Cuentos de Barro* de Salarrué, recibió el Primer Premio en la rama de Humanidades en el XII Torneo Universitario Centro América-Panamá, 1963.

PEDRO GEOFFROY RIVAS.—Escritor y poeta salvadoreño. Nació en la ciudad de Santa Ana en 1908. Cursó estudios de Jurisprudencia y Ciencias Sociales en la Universidad de El Salvador y en la Universidad Autónoma de México. Pertenece al Foro de esta República. Es uno de los más vibrantes y originales poetas de nuestro país. Ha publicado las siguientes obras: *Canciones en el viento*, *Rumbos* y *Sólo Amor*. Tiene un volumen de poemas inéditos que lleva este nombre: *Cua-*

deros en el exilio y una magnífica colección de recreaciones líricas de temas indígenas, de la cual tan sólo se ha publicado una pequeña parte.

ROLANDO VELASQUEZ.—Prosista salvadoreño. Nació en 1913. Escribe crónica periodística, cuento, biografía, ensayo y novela. Sus obras publicadas son: *Amenesípolis*, novela; *El bujón escarlata*, cuentos; *Memorias de un viaje sin sentido*, cuentos; *Carácter, fisonomía y acciones de don Manuel José Arce*; *Retorno a Elsinor*; *Entre la selva de neón*, novela; *Reflexiones de un hombre arrodillado*, ensayo, 2º Premio en el Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1957.

JORGE LARDE Y LARIN.—Nació en la ciudad de Santa Ana, El Salvador, en 1920. Estudió Jurisprudencia y Ciencias Sociales en la Universidad de El Salvador. Se ha distinguido en el campo del periodismo y de la historia. Conoce lenguas indígenas de los pueblos que habitaron el área de esta República, antes de la conquista española. Colabora en importantes revistas del Continente y pertenece a conocidas sociedades de Geografía e Historia. Obras: *Arce en el proceso de la Independencia*; *Génesis del volcán de Izalco*; *Orígenes de la Villa de la Santísima Trinidad de Sonsonate*; *Orígenes del convento de Santo Domingo de San Salvador*; *Recopilación de leyes relativas a la historia de los Municipios de El Salvador*; *Guía histórica de El Salvador*; *Monografías históricas del Departamento de Santa Ana*; *José Simeón Cañas, viroleño ilustre*; *El Salvador: historia de sus pueblos, villas y ciudades*.

CESAR TIEMPO.—Escritor argentino de origen israelita. Nació en Ekaterinoslav, Eucrania. Actualmente vive en Bélgica. Escribe ensayos, poemas, biografías, teatro, versos y artículos periodísticos. Obras publicadas: *Exposición de la actual poesía argentina —1927—* en colaboración con P. J. Vignale; *Karl Marx en la intimidad*, traducción; *Libro para la pausa del sábado*, poesía; *Sebastián argentino*; *El Teatro soy yo*; *Pan criollo*; *Sabadomingo*; *La guardia vieja*; *Vida de Berta Singerman*; *Sábado pleno*, y otras.

ALFONSO ORANTES.—Poeta y escritor guatemalteco. Licenciado en Derecho. Ha escrito, especialmente, crítica literaria. En 1933 publicó un poemario titulado *Árbórbola*, de lenguaje seguro y sorpresivo. Desempeñó altos cargos en su Gobierno, siendo Ministro de Guatemala en Panamá, Ecuador y Venezuela, y Embajador en Chile. Colabora en diarios y revistas de El Salvador y Centro América. En revistas de México y América del Sur también se han publicado sus artículos.

RICARDO GALLARDO.—Abogado y escritor salvadoreño. Nació en la ciudad de Santa Tecla, en 1914. Hizo sus estudios de primaria y secundaria en El Salvador. Se licenció en Derecho en la Universidad de Grenoble y después de obtener su doctorado en la Universidad de París, regresó a su patria. Volvió a Francia en 1951. Vivió durante seis años en España. Es Miembro Honorario de conocidas agrupaciones internacionales: la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid y el Instituto de Estudios Politécnicos de la misma ciudad, así como del Instituto de Altos Estudios Internacionales, de París; de la American Foreign Law Association y de la Interamerican Foreign Law Association, de Washington, D. C. Actualmente, es Embajador de El Salvador en Francia. Sus obras más conocidas son: *L'institution du mariage putatif en Droit français*; *Le rôle et les effets de la "Bonne Foi" dans la annulation du mariage en Droit comparé*; *La solution des conflits de lois dans les pays de l'Amérique Latine. Divorce, separation de corps et nullité de mariage*. (Este

libro también se publicó en castellano). *Estudio de Derecho Comparado, Civil e Internacional Privado; Las Constituciones de la República Federal de Centro América; Las Constituciones de El Salvador*. “El Derecho del Trabajo es otra de las disciplinas cultivadas por el doctor Gallardo —dice Luis Gallegos Valdés, en Prólogo de uno de los libros del mismo doctor— quien ha dado sobre el tema cursos y conferencias, tanto en nuestra Universidad Nacional como en sociedades obreras de El Salvador”. Su último libro, *Apología de América o Nuevo Ensayo de Interpretación histórico-liberal del Derecho Constitucional Americano*, fue editado por la Dirección General de Publicaciones de esta República en enero de 1964.

CARLO ANTONIO CASTRO.—Nació en la ciudad de Santa Ana, El Salvador, en 1926. Bachiller en Ciencias Biológicas (México). Antropólogo y Lingüista (Escuela Nacional de Antropología e Historia, México). Investigador del Instituto Nacional Indigenista, de la misma República. Antropólogo lingüista del Centro Tzeltal-Tzotzil (1955-1957). Instructor en lengua tzeltal de los promotores culturales de Chiapas. Profesor de carrera en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Veracruzana (desde 1958). Profesor visitante de Lingüística General en la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador (1962). Ex-Director de la U. de V. Obras: ANTROPOLOGIA: *Tlacuatzintepec y Mayultianguis, pueblos serranos chinantecos*, con R. J. Weitlaner; *Che Ndu, ejidatario chinanteco, Cuentos populares tzeltales*. LINGÜISTICA: *¡Hablemos en tzeltal!* (3 volúmenes); *La castellanización oral de los tzeltales; El tzeltal hablado*, con Norman MacQuowon; *Vocabulario del Pame Meridional* (en prensa). LITERATURA: *Cuentos mazatecos; Los hombres verdaderos; Jaguars* (poema en inglés); *Intima fauna*, poemas; *Tímido Ulises*, poemas en castellano y portugués. TRADUCCIONES: *Cultura y conquista*, de Foster; *Quiero ser libre para amar*, de Dos Santos. En julio de 1963 se le concedió en México el premio único en prosa del Primer Certamen Nacional del Pentathlon Universitario, otorgándosele —además— mención honorífica en poesía.

ROBERTO ARTURO MENENDEZ.—Salvadoreño. Actor, escritor de obras teatrales y poesía, también director de teatro. Nació en febrero de 1931. Fue Director de la Escuela de Arte Dramático de Bellas Artes, San Salvador, y Jefe del Departamento de Teatro de la misma entidad. Premios: 1o., Teatro, en el Certamen Nacional Permanente de Ciencias, Letras y Bellas Artes —“15 de Septiembre”— de Guatemala, 1958; 1o., Teatro, compartido con Walter Bénéke, IV Certamen Nacional de Cultura de El Salvador, 1958. Obra premiada: *La ira del cordero*. 1o., Poesía, XI Certamen Cultural Universitario Centroamericano, 1961. 1o., Cuento, VI Juegos Florales de Santa Tecla (Nueva San Salvador) 1962. Actualmente, estudia Derecho.

JOSE ROBERTO CEA.—Joven poeta y escritor salvadoreño. Nació en abril de 1939. Ha publicado: *Amoroso poema en golondrinas a la ciudad de Armenia*, 1er. Premio en los primeros Juegos Florales de esa ciudad, 1958; *Poetas Jóvenes de El Salvador*, antología, 1960; *Poemas para seguir cantando*, 2o. Premio, en los Juegos Florales Centroamericanos de Quezaltenango, Guatemala, 1960.

SALARRUE (Salvador Salazar Arrué).—Nació en la ciudad de Sonsonate, El Salvador, en 1899. Se ha distinguido como cuentista extraordinario, así como por excelente pintor y novelista. En cada una de sus obras pone de manifiesto su inagotable poder creativo. El libro *Cuentos de Barro* le dio fama en América Latina. Estudió pintura en la Academia Concoran, de Washington D. C., Estados Unidos de América. Ha expuesto obras pictóricas en El Salvador, Costa Rica,

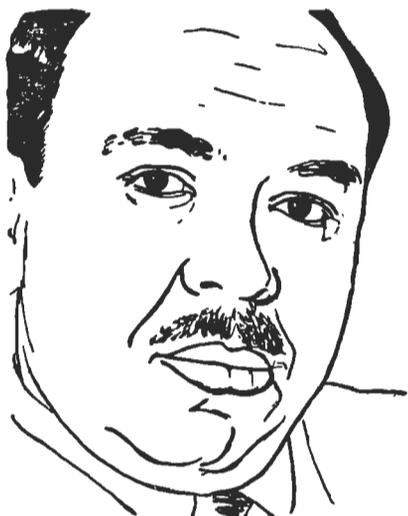
Guatemala, Nueva York y Nueva Orleans. Sus obras literarias son: *El Cristo Negro*, leyenda; *O'Yarkandal*, cuentos fantásticos; *Cuentos de Barro*; *Eso y Más*; *Remotando el Uluán*; *La espada y otras narraciones*; *El señor de la burbuja*, novela; *Cuentos de cipotes*. Por varios años Salarrué desempeñó el cargo de Agregado Cultural a la Embajada de El Salvador en Washington. Actualmente es Director General de Bellas Artes, en San Salvador.

ARGENTINA DIAZ LOZANO (de Morales García). — Nació en Santa Rosa de Copán, Honduras. Hizo sus estudios en Tegucigalpa y en Florida, Estados Unidos de América. Comenzó a escribir desde muy joven. Algunos de sus escritos se han publicado en inglés y francés. Entre los años de 1943 a 1944 ganó 1er. Premio de Literatura, en los Estados Unidos, con su libro de memorias *Peregrinaje*, escogido por el Jurado calificador de un Concurso Internacional del Continente, auspiciado por la Unión Panamericana. El jurado estuvo compuesto por John Dos Passos, Blair Niles y Ernesto Montenegro, crítico chileno. El premio consistió en 2.000 dólares y lujosa edición de su obra en inglés, con este título: *Henriette and I (Enriqueta y yo)*. Argentina Díaz Lozano es la primera mujer graduada de periodista en la Universidad Autónoma de San Carlos, de Guatemala. Se ha distinguido escribiendo reportajes, crónicas periodísticas, cuentos y novelas. Boris Pasternak —Premio Nobel de Literatura, 1959— declaró en carta publicada en “Le Matin”, de Amberes, Bélgica, y reproducida en varios periódicos de Europa, que el comentario de Argentina sobre su libro *El doctor Jivago* fue el que más le impresionó entre todos los publicados sobre dicho libro, *por dinámico, espléndido, humano y quemante*. Durante cuatro años —1956 a 1960— Argentina Díaz Lozano escribió para la página literaria de “Le Matin”, de Amberes. Retratos y cartas de Pasternak han quedado guardados con respeto y cariño entre sus recuerdos de Europa. Esperamos poder publicarlos en esta revista. Obras más conocidas: *Peregrinaje*, memorias de la infancia; *Topacios*, cuentos; *Mayapán*, novela. Pronto publicará una colección de crónicas de viaje.

FRANCISCO ESPINOSA.—Maestro y escritor salvadoreño. Nació en 1898. Catedrático de castellano y literatura. Director del Liceo Cuzcatlán, de 1933 a 1940. Director del Liceo Cultura, desde 1941. Obras: *Panorama de la escuela salvadoreña*; *Noventa días entre maestros*; *Cuzcatlán*, libro de lecturas salvadoreñas; *Literatura Universal y Etimologías*; *Folklore salvadoreño*; *Simbolos patrios*, y otras, de temas educativos o de asuntos relacionados con el folklore del país.

El Primer Libro de Masferrer

Por Luis GALLEGOS VALDES



LUIS GALLEGOS VALDES

El Salvador se enorgullece justamente con un tríptico de escritores que fueron intérpretes, cada uno desde su propio ángulo, del alma nacional. Ga-

vidia, Masferrer, Ambrogi surgen en nuestras letras trayendo cada uno su propio mensaje. Los tres aparecen en el mismo momento histórico: Gavidia con su libro *Versos*, en 1884; Masferrer con *Páginas*, en 1893, y Ambrogi con *Cuentos y Fantasías*, en 1895.

Producto del medio salvadoreño, autodidactos los tres, su obra se va desarrollando apegada al terruño en cuanto a la mayor parte de los temas que abordan, pero sus antenas espirituales se levantan por encima de ese medio para captar las ondas universales de su tiempo. Realizan el símbolo del árbol frondoso, que cuanto más hunde sus raíces en el suelo profundo, más alza hacia el cielo su copa llena de rumores de aves, batida por todos los vientos y bendecida cada día por los rayos del sol.

Cada uno de ellos posee una fuerte personalidad literaria que los hace aparecer, en la perspectiva histórica centroamericana, con sus atributos pro-

píos. Gavidia es el poeta, el humanista, que aspiró, como no lo pretendiera ninguno de sus otros dos compatriotas, a realizar el ideal de Goethe; cultivador de todos los géneros, estudioso incansable, amante de las ciencias, conocedor de las lenguas clásicas y de las principales modernas, nunca saciado en su sed perenne de saber. Masferrer es, ante todo, el pensador de prosa clara, sencilla, tersa, que, en su madurez, ejerce una influencia directa en el pueblo salvadoreño como escritor y orador. Ambrogi es el literato puro, el modernista, el curioso de países y libros. Igual que en otros modernistas de América, llevado por el impulso de una vocación auténtica, pronto deja a un lado la brillante fórmula estética de su maestro Rubén Darío para ahondar en el conocimiento de la propia tierra y de sus hombres, sobre todo del campesino, del cual estudia con amor costumbres y lenguaje, complaciéndose en describirlo y en pintar el paisaje en que se mueve como lo haría un pintor impresionista.

Dentro del marco del modernismo, Gavidia aparece como uno de los iniciadores, Ambrogi como el más novel seguidor: Max Henríquez Ureña le llama "el Benjamín del modernismo". Masferrer como un escritor aparte. Basta leer su libro *Páginas* para convenir en que, a los veinticinco años de su edad, ya su espíritu apunta a lo social más que a lo estético. Sus preocupaciones, en esos momentos, son un anticipo de su ideario futuro: "Luchar contra todas las injusticias; declarar la guerra a la miseria y a la ignorancia; meter el hombro a las clases desheredadas sin humillar a las favorecidas; consagrar todo nuestro esfuerzo al triunfo de la verdad y de la virtud; es noble consignar que debemos cumplir cuantos deseamos el mejoramiento de la humanidad. Considerado de esta manera, el socialismo es la más santa de las doctrinas: es el cristianismo en sus más avanzadas consecuencias. En este sen-

tido nuestra literatura debe ser socialista"¹.

Sin embargo, párrafos adelante escribe Masferrer con toda sensatez: "Toda secta hace del pensamiento un esclavo. Afiliarse a una doctrina en cuerpo y alma, es temeridad impropia del hombre, ser débil a quien la verdad se le escapa como si se desdenara de ser poseída por ente tan pequeño"². En temprana edad ya su mente quiere emprender el camino libre de ataduras a estrechos criterios; y en cuanto a alcanzar la verdad, se muestra escéptico, aunque explícitamente no lo diga, ya que duda de llegar a ella, no porque la verdad no exista como un absoluto, sino a causa de la pequeñez del hombre, no siempre capaz de aprehenderla con el pensamiento.

Hace una declaración que, en aquellos años ya abiertos al positivismo, debió de parecer a algunos bastante anacrónica e ingenua: "En la realización de toda grande empresa tiene parte importantísima la fe, allanadora de imposibles. El excepticismo (*sic*) es la nada; la nada no crea"³.

Desde luego que no se trata, en Masferrer, de la fe del carbonero; ni su declaración implica compromiso alguno con la Iglesia Católica ni con ninguna otra Iglesia, secta o agrupación religiosa. Ni tampoco con la escuadra y el compás: "Con la masonería no tengo cuentas. No se aviene con mi carácter franco, enemigo de escondrijos, aborrecedor de todo lo que solicita el amparo de la noche. Por lo demás, yo conozco masones honrados, muy honrados"⁴. Masferrer, en medio de las dudas y vacilaciones de una juventud, que ya se siente impulsada generosamente a realizar el bien con la pluma y la conducta rectilínea, sabe que la fe mueve montañas. No es un intelectualista, sino un espiritualista. Su inspiración mejor bébela en las fuentes cristianas, pero, buen liberal y discípulo del flamígero Montalvo del Ecuador, y siendo por otra parte Masferrer sensual y austero

a la vez, la nobleza y generosidad de su ánimo lo conducen a mirar a las cumbres. El catolicismo tradicional, pese a ese liberalismo, lo hace elogiar a uno de sus hombres más representativos en la España del siglo XIX: “Donoso Cortés puede muy bien pasarse sin estatuas, seguro de que su fama venga a menos, escudada como está por ese precioso adjetivo con que se enaltece el estilo de los grandes escritores”⁵.

Más adelante escribe Masferrer: “Jesús es uno que nunca se va de mi pensamiento. María, María la sin mancha, es para mí tan venerable, que jamás la he dejado entrar en el terrible laberinto de mis dudas. En mis tribulaciones, en mis desmayos de ánimo, ella hace las veces de mi madre ausente: la invoco, le hablo con la confianza de un hijo, y cuando soy víctima de los pérfidos, hallo en ella mi refugio y mi consolación. Ah! sí, María! Recuerdo que una de mis glorias cuando niño, era irme todas las tardes en el mes de mayo, a cortar las olorosas amapolas para el trono de la Virgen. Stabat Mater, villancicos de Mauri, Ave María de Gounod, yo me lo sé y los canto muchas veces. Cómo no? Esos himnos armoniosos, solemnes, que infunden santo recogimiento, son música divina que se lleva al cielo en cada nota, un mundo de elevadas aspiraciones. Cuántas veces no me han arrojado del templo los gritos estridentes de un monigote, o los *chiquichiquis* con que profanan el órgano los encargados de tocarlo? Polkas, walses, contradanzas, mejores me las dan en la retreta; pero no por eso soy enemigo de la religión”⁶.

Tales son sus sentimientos respecto a un asunto que otros poetas y escritores de su época apenas tocaban o no tocaban del todo por considerarlo fuera de tono con el positivismo, con el materialismo y, sobre todo, con las tendencias estéticas y literarias imperantes entonces, y que Masferrer señala en aquellas *Páginas* primigenias: ro-

manticismo, realismo, escuela parnasiana, sin adscribirse a ninguna.

Texto importante para conocer al crítico es aquel en el que Masferrer analiza el estado de la literatura en El Salvador hacia 1890: “Nuestra literatura no puede menos que ser imitadora; y esto, en vez de acarrearle daño, la llevará, como se acompañe de la prudencia, al más alto grado de perfección”⁷. Al leer esto parece escucharse la admonición de un Menéndez Pelayo y no la opinión de un joven escritor. “Así, lejos de rehusar las enseñanzas extrañas, busquen las Letras salvadoreñas las huellas de los hombres y de los pueblos que más saben, que sienten mejor y mejor expresan el sentimiento; que no es para ser despreciada la cosecha recogida a costa de tantos trabajos”⁸. Si nuestra cultura literaria no puede ser modelo y fuente por carecer de las obras ejemplares necesarias, vayamos a buscarlas fuera, sin que ello sea desdorado para nuestro espíritu. Al decir imitación, Masferrer quiere decir también influencias que vengan a estimular y a abrir nuevos horizontes culturales a los escritores y poetas de El Salvador. Y, ante todo, fija sus ojos en Francia: “Ni Alemania por pensadora, ni Inglaterra por libre, tienen mano bastante fuerte para empuñar el pesado timón; y no cabe explicar tal fenómeno, si no admitiendo que Francia es esencialmente artista, y por tanto, poseedora de una gran fuerza expansiva que obliga a todos los pueblos a sentir las palpitaciones de su corazón”⁹. Sin embargo, la misma imitación considérala como un estímulo necesario a los talentos que se inician en las letras, como un punto de partida para hacerse de un estilo y llegar por esa vía —señalada por los clásicos como la única razonable—, a la propia originalidad. Pero advierte: “Vayamos con tiento al reconocer la soberanía artística de la Francia, no sea que al prestar el debido homenaje, tiremos a un lado todo discernimiento y libertad, y nos quedemos

a imitadores serviles, incapaces de separar el trigo de la cizaña. Lo que debemos reconocer, es la excelencia del eclecticismo literario en ideas, apropiándonos las que puedan servir a nuestro progreso intelectual¹⁰. “Desconfiar de nuestros alcances es el medio más seguro para no caer presos de nuestra enemiga la ignorancia; de otro modo, nos entregamos a ella atados de pies y manos por la vanidad y el orgullo¹¹. Esta es otra declaración sincera y atinada en un medio cultural poco evolucionado donde imperaba —y aún impera en literatura— la improvisación, donde los poetas no se acercan a los grandes de la poesía de todos los tiempos temerosos de perder su don al contacto de la influencia poderosa, donde es infrecuente el estudio sistemático de la literatura.

¿Cuál es el género preferido por Masferrer en esos años de la iniciación literaria? “De la novela echo mano, porque hoy en día, es la expresión más alta de la literatura y porque nuestras aficiones se van de preferencia tras ella. Por lo demás, si hay atrevimiento en lo dicho, de Montalvo es; pero yo sospecho que olvidó lo más repugnante, o más bien que no quiso hacer agravio a su pluma con la enumeración de tantas desvergüenzas¹².”

Ha escrito versos, acaso continúe escribiéndolos como la mayoría de los jóvenes, para dar pábulo a la inquietud y tristeza de la adolescencia. Claramente previene a los aficionados a hacerlos a que se miren en su espejo de él para evitarse futuros remordimientos: “Siempre será un gran mérito mío haber librado al mundo de mis versos; tanto más, cuanto que tuve periódicos a mi cargo, en época en que verseaba de lo lindo¹³. Ya nos ha confesado su afición al periodismo: “Yo siento no sé qué extraño placer en rodearme de montones de periódicos, deseoso de apagar en su lectura la sed insaciable de lo bello y de lo verdadero¹⁴. Efectivamente, la universidad de

Masferrer, como de otros literatos salvadoreños, será el periodismo. Este les proporcionará una visión objetiva de la vida, a despecho de que la verdad no siempre se aclara del todo en las columnas de los diarios, demasiado atiborrados de “faits divers”, noticias procedentes de todas las partes del mundo, aparte de que en ellos se reflejan poderosos intereses económicos que acaban de enturbiar las aguas donde algunos espíritus sinceros querían beber en la propia fuente de la verdad. Además, el periodismo les permite forjarse una prosa curada de amaneramientos y que les sirve de puente eficaz para llegar al público y atraer lectores a su ideario estético, político o social. El escritor, en nuestro medio, tiene que conquistar su cultura heroicamente por los procedimientos más inusitados. Si esto ha ocurrido hasta hace poco relativamente, piénsese en lo que pasaría en aquellos años de iniciación literaria de Masferrer, cuando Arturo Ambrogi se dolía, no sé si exagerando un poco, de la escasez de librerías del San Salvador de entonces, en las que sólo se encontraban las obras de Dumas y algunas cuantas novelas españolas. También el testimonio de Gavidia corrobora lo dicho por Ambrogi. Gavidia nos manifestó, en una entrevista periodística que le hicimos en 1950, que él nunca supo cómo llegó a sus manos, siendo todavía un estudiante, el volumen de *Les Contemplations* de Víctor Hugo.

*

Páginas ofrece en embrión algunas de las aspiraciones, preocupaciones e ideas del pensador salvadoreño. Llama la atención que, no obstante estar fresca en él la huella del romanticismo, trate de superarlo al escribir:

“Todo en él es fantástico, luminoso, oscuro, horrible, sombrío, espantoso; y su ideal se pierde en un florecimiento de ilusiones, desengaños, sueños y delirios que se desvanecen en la sombra.

Es lo estrambótico en lo absoluto,



ALBERTO ARRER

Obras de José María Avelar

hecho trágico por el desconocido y petrificado en lo invisible”¹⁵.

Sin pretender ser un crítico literario, Masferrer tiene, en ese breve volumen de 126 páginas de letra apretada, artículos en los que vemos su interés por algunos escritores de la época como Zorrilla y Montalvo. Del primero se expresa:

“Siempre resultará esto: él es poeta, gran poeta. Por lo demás, el convencionalismo no hallará en Zorrilla mayores méritos: aquellas palabras desentrañadas de lo más hondo del diccionario, no son de él; aquellos conceptos oscurísimos, martirio de la cabeza, él no los conoce; aquellas dudas artificiales, siempre dichas del mismo modo, él no las tiene; aquellos atrevimientos de los artistas que encuentran ritmo en el cabello, perlas en la risa, color en la voz, ajenos son a su musa humilde; aquellos metros extrañísimos en que la música lora indignada, no están en su lira; pero tampoco son suyos los versos hechos a bofetones, ni la impiedad de moda, ni la parlería insulsa, ni la intención forzada, ni las doctrinas de consigna, ni la forma que pide el santo y seña”¹⁶.

Trae el librito dos artículos intitulados “Montalvina”. En el primero reniega del abuso que se hace de llamar genio a cualquiera, y luego define al genio en unos cuantos trazos: . . . “el genio es presente del cielo. . . no pone tanto su corazón y su alma, en cincelar frases áureas, como en ahullentar (*sic*) la ignorancia y la tiranía. Su musa es siempre la misma, el derecho; su misión es siempre la misma, ser paladín de los indefensos; su vida es siempre la misma, luchar, luchar a muerte contra el mal; su recompensa siempre la misma, el odio, la ingratitud de sus semejantes. El genio gasta melena leonina, no ostenta plumaje de ave del paraíso; no trina en flauta dulce y enervante, ruge en trompa estremecedora; no pone el pensamiento en placeres de la tierra, sino en triunfos de la conciencia.

Yo quiero los genios a lo Hugo, a lo Cervantes, a lo Montalvo, sobre todo a lo Montalvo”¹⁷.

Fijémonos en eso precisamente: en que el genio sólo pone el pensamiento “en triunfos de la conciencia”. Ahí tenemos al moralista, al cristiano, dentro de una concepción ingenua, popular, del genio. Montalvo es, para él, el ideal del genio. Montalvo, fulminador de tiranos, cristiano, pero enemigo de obispos como Veintemilla, que le hizo escribir su *Mercurial Eclesiástica* por haber prohibido uno de sus libros.

La otra “Montalvina” es una imprecación contra los poetas perversos. Con orgullo exclama: “Ya habría yo despedazado esta pluma, si no me sirviera para escarmentar a los viles. Ella es mi defensa, ella me asegura el respeto de los atrevidos, ella me escuda contra la injuria de los perversos”¹⁸.

“Nada más espantoso que una de estas criaturas que con la cabeza tocan en las nubes, mientras su corazón, nido de víboras está tirando hacia el infierno”¹⁸.

“Los malvados de talento, los ruines que hacen versos, son los murciélagos del mundo moral, seres que no tienen pleno derecho a la vida, como que han nacido de una equivocación.

Poeta es quien siente, dice y hace grandes cosas; el que siempre tiene el pensamiento en Dios; el que con una mano arranca de la lira divinas armonías, y con la otra enjuga las lágrimas de los desgraciados.

Quien deja el plectro de oro para blandir el puñal homicida, no es poeta; murciélagos, demonio disfrazado, cualquier cosa, pero no poeta. A éstos, hay que echarlos a latigazos del templo de la gloria; inmortalidad, si la quieren, que sea la del escarnio; corona, no de laurel, sino el birrete de los ajusticiados”²⁰.

Tragedia, cólera (“cólera, santa cólera, mi musa eres tú”), la imprenta, el genio, la poesía, la justicia, son los temas que trata Masferrer en su pri-

mera obra. Encontramos también el recuerdo de evocados y cosas amables: su padre, perocada con admiración y cariño en “Niñerías”; Mr. Writt, Prof. de inglés al que la turba de muchachos hacía jugarretas endiabladas como enseñarle malas palabras en español diciéndole que “tenían buen significado”; y el maestro Hildebrando Martí: “siempre hallaba él pretexto para hablarnos de Codro, de Régulo, de Bolívar, de todos los grandes hombres. El era también grande, hasta donde puede serlo un maestro”²¹. Hace, páginas más adelante, unas consideraciones sobre la muerte de la poetisa salvadoreña Antonia Galindo.

Tras el paso de las figuras que animaron la niñez y adolescencia del escritor en aquella Tecapa, hoy Alegría, de tan bellos parajes, de clima tan agradable, rodeada de cafetales y en cuyos patios crecen en abundancia las flores, pudo sin duda contemplar puestas de sol magníficas sobre el valle del Lempa y dar vuelo a su fantasía para soñar en sus ideales, llenos de generosidad, de su madurez. Hace años visitamos la finca en la que Masferrer solía pasarse los días entregado a la lectura y a la meditación. Estuvimos en el mismo sitio donde gustaba de sentarse, teniendo a sus pies el inmenso panorama con el río Lempa, que serpentea majestuoso y dorado por entre la planicie. Allí fue donde seguramente nació el poeta, anheloso de ser también hombre de acción justiciera, ya que Masferrer tuvo a la justicia como el más alto valor dentro de la jerarquía de su espíritu: “Pero a menos de poseer la naturaleza semidivina del Maestro, nadie haya cuentas con los empedernidos, transgresores de la justicia. Jesús, ah! Jesús! Los esplendores de su mirada empalidecen al Sol; la dulzura de su palabra sosiega las tempestades del espíritu; la pureza infinita de su alma descubre manchas en los más limpios corazones. El, sí, tolera, perdona todas las caídas, y con

su tolerancia acrisola toda impureza, fortalece toda debilidad, cura toda llasta, humilla toda soberbia, cicatriza toda herida, desvanece toda niebla, trueca, en fin, la escoria de las almas en oro finísimo, y bañadas en inmaculada blancura, las lleva a los pies del Todopoderoso. Si podéis acercaros a él, perdonad, tolerad; si no, sed austeros, sed inflexibles; que se oiga a través de vuestro silencio el fallo inexorable; que se vea en vuestros ojos el relampaguear del hacha que derriba los árboles podridos; que vuestra palabra sea la tempestad que esconde a las fieras en sus guaridas tenebrosas; que vuestra mano no estreche jamás sino las manos limpias; que vuestra casa esté prohibida a los que recorren la ancha senda de los vicios; que vuestra amistad no se dé sino a los que permanecen fieles a la virtud o a los que de sus filas han salido arrastrados por la miseria o por la ignorancia.

Os lo digo de una vez: hay que odiar, hay que aborrecer, hay que execrar; no a los pequeños, no a los oscuros, no a los pobres de espíritu; sí a los soberbios, a los que conocen el bien y obran el mal, a los de cerebro luminoso y corazón podrido; a los que con el arte y con la ciencia y con el poder y con la gloria y con la riqueza, erigen el sombrío pedestal en que se yergue altiva, coronada de sombras, la estatua del negro rey de las tinieblas”²².

Y párrafos adelante se dirige a los escritores:

“Escritores, escritores: Por no querer servir de jueces, os va a salir, el día menos pensado, uno que os ponga en el infierno revueltos con los más dignos de castigo. Dante romperá la piedra de su sepulcro cuando vuestra injuria le haga imposible el sueño de la muerte, y con un látigo de serpientes, os azotará las espaldas. Pues qué, ¿hay modo de soportar que mientras los verdugos se glorían en su obra nefanda, os estéis ahí tegiendo (*sic*) guiraldas para vuestras frentes, bordando san-

dalias para vuestros pies? Pide pan un hambriento; qué os importa? estáis delirando por las japonerías: grita un pueblo por que le salven de una fiera; qué os importa? estáis inventando palabras para adornar una sonora bagatela: el buitre de la usura se tira sobre los necesitados, les barrena el pecho, les bebe hasta la última gota de sangre; qué os importa? estáis fabricando porcelanas. Vosotros sois artistas; queréis el azul, el ritmo, la flor, el biombo chino, el jarrón oriental, el tapiz de gobelinos, la babucha turca. Bien está; pero en este mundo, o se vive rey o se vive esclavo: para lo primero hay que empuñar la vara de la justicia; para lo segundo, sobran medios; lo mismo se logra pulsando la lira de oro que manejando la humilde herramienta del obrero”²³.

El panfletario, el satírico que hay en el fondo de estas palabras encendidas de amor y odio, encarnan la actitud de Masferrer ante el naciente modernismo. Pareciera estar dirigiéndose en ellas al propio Arturo Ambrogi, por ese entonces extasiado ante las porcelanas y biombo chinos y enamorado de las japonerías y curioso, con curiosidad casi pueril de “Benjamín del modernismo”, de cuanto bibelot encuentra en sus primeros pasos por las vitrinas literarias.

De ello podemos deducir sin mayor esfuerzo que Masferrer no fue nunca secuaz del modernismo. No podía serlo porque su vocación de moralista lo encaminaba, ya en aquellos años del 90, en busca de la justicia social. Admira a Montalvo, que es un clásico, que resume en su prosa el espíritu formal y barroco del siglo XVII español; prosa que es por lo demás un espécimen de atildado buen decir, a veces demasiado académica por no decir amanerada, no obstante la pasión que la caldea y vitaliza. En momentos en que más de algún coetáneo suyo se prenda de lo francés, sobre todo de ciertos aspectos superficiales y pasajeros de la moda literaria de París, Masferrer encara con

seriedad el problema de la forma adecuada para expresar las ideas con que el escritor salvadoreño ha de hacer sentir su influencia en el medio propio:

“Tenemos las ideas; réstanos ahora inquirir con qué ropaje hemos de presentarlas. Pero hay acaso quien dude de que debemos hablar y escribir en nuestra propia lengua? Si no en teoría, en la práctica hemos muchos que lejos de procurar su mejoramiento, le echamos a perder con nuestra malhadada afición a las traducciones, a los periódicos de pacotilla y con el infundado desprecio que sentimos por los clásicos españoles. De ahí que sea tan difícil, para los que vivimos en estos rincones, el conocimiento de nuestro idioma. «Yo, que vivo zarandeándolo, no sé todavía cómo es», dice don Eugenio Blasco. Nosotros también lo zarandeamos, pero en el arnero se nos queda la basura en vez del grano limpio”²⁴.

Masferrer, como no podía menos de ser, separa forma y fondo, siguiendo las tendencias retóricas al uso en su tiempo. Se burla de las lecturas de un periodista que le enumeraba sus autores: “Los Tres Mosqueteros, Graciella, Atala, Los Misterios de París, los de la India, los de Londres... un mundo!” Y añade a continuación: “¡El pobrete, alardeando de haber visto mucho, cuando yo que no salgo de mi modestia, conozco todo eso, con más cuarenta novelas de Dumas, cien de Montepín, todo Paul de Kock, sazonado todo ello con unas cuantas obras españolas de las más afrancesadas!

Que los que nunca han pensado en tomar la pluma hagan tan extraño aprendizaje, no tan malo; pero no sufre disculpa en los escritores o en los que aspiran a serlo, ese gloriarse de conocer la literatura extranjera, si tanto como saben de ésta, ignoran de la propia”²⁵.

Angulo Lewis, prologuista de *Páginas*, caracteriza al Masferrer juvenil:

“Alma de repúblico que tiene hermanos sólo en las edades de la antigua

Roma; estilo armipotente; alas que co-razón y pensamiento baten a un tiempo, ya en las profundidades horribles de la noche, ya en los espacios azules del Oriente, y allí, cumbre que se impone; este conjunto de poderío intelectual y moral forma la personalidad de Masferrer²⁸, en quien además descubre "enternecimientos maternos" al hablar de los niños.

Ese haz de artículos que forman *Páginas* nos retratan psicológica y literariamente al Masferrer mozo. Lo vemos luchar con la ignorancia y la injusticia del medio, empuñando el zurriago del satírico, aunque más a menudo la espada del justiciero. No zahiere sin embargo porque sí, inútilmente, con maniqueísmo de neofito, pues su cristianismo le viene en la sangre, a través de una tradición de siglos. Es liberal porque su espíritu es amplio, universalista; pero ya fija la mirada en su pueblo, amenazado por los endriagos de la miseria y de la pobreza. Se revela ya, antes de los veinticinco años, como un paladín de las mejores causas. Como un apóstol cuya prédica vibrante penetra por los intersticios de nuestra doliente realidad. Incluso cuando se entretiene en el artículo costumbrista, salta el moralista, como en "Ashtá" donde nos habla de la muchachita heredo-sifilítica y por antítesis nos hace un lindo elogio

de la carne de los niños: "Manjar apetitoso que comemos de mil maneras: a besos, a miradas, estrechándolo, aspirándolo como una flor"²⁷. Aquí es indudable la ascendencia de su modelo Montalvo, que tiene a veces ternezas semejantes en medio de sus cóleras. Y es que, tanto Montalvo como Masferrer, son en el fondo dos sensuales, que tratan de abroquelarse tras la adustez de unos principios que defienden con brío y pujanza, sobre todo el ecuatoriano. Pero el discípulo no le va a la zaga en su amor a la justicia y se empina en esas sus primeras páginas por alcanzar, siquiera a medias, la figura estatuaría y valiente de su maestro. Caee a veces Masferrer en el empeño, sobre todo cuando repite manidas ideas sobre el genio o como cuando, llevado por ese mismo amor a la justicia, la palabrería lo arrastra. El buen gusto y el ejercicio de la pluma lo curarán más tarde de tales vicios, cuando llegue a adquirir un estilo sobrio, límpido, eficaz para que sus ideas lleguen a todas las mentes. El frenesí de la primera hora, se volverá firmeza, serenidad, palabra suavisora de maestro que trata de redimir a un pueblo. A las palabras arrebatadas de algunos de sus primeros escritos, sucederá la palabra cuya sinceridad fluye desde las fuentes más hondas de un gran espíritu, lleno de amor por su pueblo, al cual trató de redimir.

Cristóbal Masferrer

NOTAS

- 1 Masferrer, Alberio, *Páginas*, prólogo de Angulo Lewis, San Salvador, 1893, p. 48.
- 2 "La Literatura en El Salvador", *ob. cit.*, p. 51.
- 3 *Ob. cit.*, p. 53.
- 4 "Montalvina", *ob. cit.*, p. 85.
- 5 *Ob. cit.*, p. 80.
- 6 *Ob. cit.*, p. 84.
- 7 "La Literatura en El Salvador", *ob. cit.*, p. 45.
- 8 *Ibidem*.
- 9 *Ob. cit.*, p. 46.
- 10 *Ibidem*.
- 11 *Ob. cit.*, p. 52.
- 12 *Ob. cit.*, p. 47.
- 13 "Historia de mis versos", *ob. cit.* p. 108.
- 14 "Periodismo", *ob. cit.*, p. 38.
- 15 "Escuelas", *ob. cit.*, p. 63.
- 16 "Zorrilla", *ob. cit.*, p. 25.
- 17 "Montalvina", *ob. cit.*, p. 61.

- 18 "Montalvina", *ob. cit.* (no citada en el índice que antecede a la obra), p. 79.
- 19 *Ob. cit.*, p. 82.
- 20 *Ob. cit.*, p. 83.
- 21 "Niñerías", *ob. cit.*, p. 37.
- 22 "Justicia", *ob. cit.*, p. 116.
- 23 *Ob. cit.*, p. 119.
- 24 "La Literatura en El Salvador", *ob. cit.*, p. 49.
- 25 *Ob. cit.*, p. 50.
- 26 Prólogo, *ob. cit.*, p. X.
- 27 "Ashtá", *ob. cit.*, p. 75.

El Habla de Mesoamérica:

El Voseo en los "Cuentos de Barro" de Salarrué

Por Alvaro MENEN DESLEAL

Al Lic. Víctor Mejía Pivaral y Lic. Nilda Murta de Mejía P.

"En general, las lenguas que no se mueven del territorio son conservadoras. Las que se hablan en un espacio estrictamente limitado, lejos de los centros cosmopolitas, tienen a menudo un carácter notablemente arcaico..."

J. Vendryes, "El Lenguaje. Introducción Lingüística a la Historia". Pág. 351, UTEHA, México, 1958.



ALVARO MENEN DESLEAL

Mucho del desbarajuste lingüístico —como diría Américo Castro— imperante en la zona mesoamericana, se debe al uso del voseo, práctica viciosa que condiciona la deformación de los verbos y la corrupción del habla en general¹.

En efecto, es casi imposible imaginar —aunque no es imposible del todo encontrar ejemplos prácticos de lo contrario— que quien diga *vos*, conjugue *comer* correctamente de acuerdo a como lo exige el pronombre de la segunda persona singular para el presente de indicativo, *tú comes*, y se vea obligado por la costumbre a decir *vos comés* y nunca *vos comes*. El caso con-

trario —el uso correcto del pronombre seguido por la conjugación incorrecta— sí es bastante frecuente, especialmente entre individuos urbanos que han cursado en muchos casos la primaria y la secundaria, e inclusive entre universitarios y profesionales: *tú comés*. Pero este último caso no es sino una supervivencia de la práctica secular del voseo en Mesoamérica, y obedece más que todo a razones psicológicas, a la endeblez cultural y a la costumbre.

Dejando para otra ocasión el análisis del voseo y de las razones para su existencia en Mesoamérica —problema sobre el cual no existe, que sepamos, mayor bibliografía²—, interesante fenómeno lingüístico que posee implicaciones de carácter histórico, geográfico, filológico, cultural, económico, etc., vamos a pasar una somera revista a las formas del voseo presentes en las fórmulas de trato interpersonal de los personajes que protagonizan los *Cuentos de Barro*, de Salarrué, uno de los libros que mayor difusión ha logrado en El Salvador.

Es bueno advertir que, aun cuando las razones para la existencia del voseo en la zona del Plata son otras muy distintas a las que lo determinan en Mesoamérica, la literatura de ambiente nativista que cultiva con predilección Salarrué nació por influencia directa de un escritor uruguayo. Nos referimos a Yamandú Rodríguez (nacido en 1895), quien probó con éxito en varios libros suyos las fórmulas literarias que más tarde ha aplicado Salarrué en *Cuentos de Barro*, *Cuentos de Cipotes*, etc. Por primera vez se habla de esta influencia nativista so-

bre la literatura salvadoreña originada en el Plata, región esta última caracterizada por el uso del voseo³.

CORRIENTES Y DIRECCIONES

En los treintitrés cuentos examinados (la totalidad de los que integran el volumen *Cuentos de Barro* —primera parte—, editado hace algunos años —sin fecha precisa— en Lima, Perú⁴), logramos identificar once posibles direcciones en que se mueve el voseo, pertenecientes a tres grandes corrientes. Examinemos primero las corrientes:

- 1ª CORRIENTE DESCENDENTE. Se caracteriza por el uso del *vos* en personas de mayor edad o de posición social o económica superior, para dirigirse a otras de menor edad o de posición social o económica inferior. Lo cultural juega aquí un papel secundario, desplazado por consideraciones subjetivas sobre el *status* socio-económico de los interlocutores.
- 2ª CORRIENTE ASCENDENTE. Se caracteriza por el uso del *vos* en personas de menor edad o de posición social o económica inferior, para dirigirse a otras de mayor edad o de posición social o económica superior. Lo cultural adquiere en esta corriente un perfil predominante, en especial cuando se trata de viejos campesinos indígenas que se dirigen a su patrón, al que vieron nacer y al que, de seguro, criaron. Las razones afectivas, naturalmente, juegan aquí un papel destacado:

"Mirá, patroncito; vos tenés..."
etc.

- 3ª **CORRIENTE HORIZONTAL.**
Se caracteriza por el uso del *vos* entre personas de igual nivel social, económico o cultural, preferentemente si guardan confianza entre sí por la relación larga y continuada. Es la fórmula más frecuente en el trato familiar. La interacción social, la imitación, la presión, etc., juegan aquí el mayor papel.

Aunque la presencia de numerosos ejemplos del uso del *vos* en situaciones realmente anormales podría dar lugar a la fijación de una cuarta corriente, creemos que ésta no se justifica si consideramos que la dirección en que se mueve el *vos* (abajo-arriba, arriba-abajo, ...) es similar a las direcciones caracterizadas en las tres grandes corrientes establecidas por nosotros. No obstante, hemos colocado entre las once direcciones dos fórmulas de trato en que aparece el *vos*, que podrían ser calificadas francamente de anormales, si no fuera porque la vida anímica de nuestro pueblo es tan intensa. Nos referimos a la dirección número 7, caracterizada por el uso del *vos* por parte de personas que hablan, gracias a un mecanismo psicológico que los lleva a proyectar su carga afectiva, a los animales y a las cosas; y por la fórmula undécima, caracterizada por el uso del *vos* en personas que atraviesan situaciones muy dramáticas, también con una gran carga afectiva, tal como ocurre cuando un campesino se dirige, en sus plegarias, a Dios o a los santos. En este último

caso la razón es histórico-cultural; pero en ambas fórmulas, repetimos, la dirección que adopta el tratamiento nos obliga a encasillarlas dentro de las dos primeras corrientes.

FORMULAS DE TRATO EN CUENTOS DE BARRO

Las once direcciones que adoptan las fórmulas de trato identificables en los *Cuentos de Barro*, son las siguientes:

- 1º De padre a hijo o a parientes de menor edad.
- 2º De hijo a padre, o a parientes de mayor edad.
- 3º De superior a inferior.
- 4º De inferior a superior.
- 5º Entre desconocidos.
- 6º De mayor a menor.
- 7º De ser a cosa; de personas a animales.
- 8º Entre iguales.
- 9º Entre conocidos con poca confianza o con mucho respeto mutuo.
- 10º Entre compadres.
- 11º Mezcla de tratos (fórmula anormal): a los santos, a Dios...

Es interesante hacer notar que una posible fórmula decimasegunda, la que adoptaría la dirección de menor a mayor (en edad), no se encuentra representada en ninguno de los treinta y tres cuentos que examinamos, aunque, curiosamente es una de las fórmulas empleadas más frecuentemente en otros libros de Salarrué, especialmente *Cuentos de Cipotes*.

Una breve explicación hará más comprensibles cada una de las once direcciones clasificadas:

1º *De padre a hijo o a parientes de menor edad.* Los padres se consideran autorizados para utilizar el *vos* cuando se dirigen a sus hijos, como una clara demostración de su ascendiente sobre ellos. Las personas de edad avanzada también lo hacen con sus parientes de menor edad.

2º *De hijo a padre o a parientes de mayor edad.* Los hijos no se atreven sino en circunstancias muy especiales a utilizar el *vos* para dirigirse a sus padres o a sus parientes de mayor edad. No obstante que, normalmente, el pronombre está suprimido por elipsis, es perfectamente claro que la fórmula utilizada por un hijo para dirigirse a sus padres no es *vos*, sino *usted* (usted).

3º *De superior a inferior.* El *status* de los interlocutores se refiere a cultura, posición social, política o económica, etc., aun cuando frecuentemente los elementos para considerar miembro de un estrato superior a un personaje, como explicamos cuando damos ejemplos de esta dirección, son muy endebles. Así, cualquier habitante de una zona urbana es superior, por el hecho de usar corbata, a un campesino que, con todo y que incidentalmente puede ser el propietario de la parcela que cultiva, nunca en su vida usó ni usará el inútil aditamento.

4º *De inferior a superior.* Las explicaciones dadas arriba son válidas también para esta dirección.

5º *Entre desconocidos.* Cuando, por su aspecto exterior, los interlocutores advierten una marcada diferencia en su posición, la fórmula adoptada para el tratamiento sigue las direcciones ya tipificadas. Si ellos advierten a primera vista su igualdad en edad,

posición social o económica, etc., lo normal es el trato de *usted*.

6º *De mayor a menor.* Si la diferencia de edades es notable, lo usual es que, sean conocidos o desconocidos, el de mayor edad vosee al más joven, mientras que éste utiliza el *usted*, salvo excepciones.

7º *De ser a cosa; de persona a animales.* La persona siempre se dirige a la cosa o a los animales utilizando el *vos*: "*Protegeme, piegrita mágica, de ese bandido*"; "*chucho jotoso, quitá diay*"; "*corré, caballito lindo, pa llegar pronto*", etc. Ejemplos para esta particularísima modalidad no se encuentran a menudo, aunque a todos los centroamericanos nos consta su existencia.

8º *Entre iguales.* La explicación que dimos para la fórmula número 5 (supra) es válida también para el tratamiento interpersonal entre iguales.

9º *Entre conocidos con poca confianza o con mucho respeto mutuo.* El *usted* se utiliza en estas circunstancias; pero, si el trato interpersonal continúa, el *usted* puede evolucionar al mismo ritmo que las relaciones y trocarse, a la vuelta de poco tiempo, en *vos*.

10º *Entre compadres.* El tratamiento interpersonal entre compadres adopta siempre, *in abstracto*, el respetuoso *usted*. Representa la inversión radical y brusca del caso anterior. Tenemos numerosos testimonios en que el voseo ha desaparecido en una fecha determinada, después de muchos años de uso constante, al transformarse la mera relación amistosa en relación de compadrazgo, como una prueba de respeto basada en la toma de conciencia.

cia del significado de los ritos religiosos, especialmente los ritos cristianos de bautismo y confirmación. En su investigación titulada “Panchimalco”, Marroquín, al estudiar las relaciones interpersonales originadas entre los habitantes de dicha comunidad, dice lo siguiente que confirma el aserto: “3º El compadrazgo descansa sobre la base del respeto mutuo; es frecuente que los compadres dejen de tratarse de vos y usen el tratamiento de usted, a fin de no cometer imprudencias en su trato...”⁵

11º *Mezcla de tratos (fórmula anormal): a los santos, a Dios...* El uso del vos, frecuentísimo para dirigir la palabra a Dios y a los santos y a personas de mucha autoridad, es una supervivencia del antiguo uso de los casos del pronombre personal de segunda persona del plural en el género masculino o en el femenino, cuando esta voz se emplea como tratamiento. Obedece a las mismas razones que obligan a su uso en ciertos documentos oficiales, en la poesía o en lo que ha dado en llamarse prosa elevada. No obstante, las razones para su uso entre nuestros campesinos no son las mismas culterana y protocolar del literato, del jurista o del político; el campesino nuestro usa el vos en sus fórmulas de tratamiento para dirigirse a Dios o a personas de mucha autoridad, por complejas razones de orden psicológico y porque es todavía costumbre aun en países donde no pueden aplicarse consideraciones de carácter cultural, costumbre que entre nosotros es todavía más fuerte y ha sufrido pocas alteraciones gracias a la isla idiomática en que vivimos. Es

bueno hacer notar, sin embargo, que su uso en las dos clases sociales indicadas —campesinos y profesionales— es distinto desde el punto de vista gramatical, pues el vos lleva preposición en los casos oblicuos y pide verbo en plural, pero concierta en singular con el adjetivo aplicado a la persona a la cual uno se dirige; el campesino centroamericano ignora y, naturalmente, no aplica esas reglas, cosa que no ocurre con los profesionales.

Estas once direcciones que sigue el uso del vos en los personajes de Salarrué, quedan a su vez reclasificadas, ya dentro de las tres grandes corrientes que hemos señalado (más la *anormal*, en cuyo funcionamiento no es posible establecer más pauta que la ya dicha referente a que, en general, la dirección en que se mueve el vos es similar a cualquiera de las tres grandes corrientes), en la forma que sigue:

- 1º CORRIENTE DESCENDENTE:
 - a) De padre a hijo o a parientes de menor edad.
 - b) De superior a inferior.
 - c) De mayor a menor.
- 2º CORRIENTE ASCENDENTE:
 - a) De hijo a padres, o a parientes de mayor edad.
 - b) De inferior a superior.
- 3º CORRIENTE HORIZONTAL:
 - a) Entre iguales.
 - b) Entre conocidos con poca confianza o con mucho respeto mutuo.
 - c) Entre compadres.

FORMULAS ANORMALES:

- a) Entre desconocidos.
- b) De ser a cosa; de personas a animales.
- c) Mezcla de tratos: a los santos, a Dios...

En algunas de estas once direcciones, el *vos* está prácticamente excluido, como ocurre en las relaciones interpersonales de compadres.

EJEMPLOS DEL USO DEL VOS EN CUENTOS DE BARRO

Veamos ahora algunos ejemplos de las tres corrientes y de parte de las once direcciones clasificadas por nosotros.

1 DE PADRES A HIJOS O A PARIENTES DE MENOR EDAD

El primer cuento del libro que sirve para nuestra investigación, *La Botija*, nos proporciona el ejemplo de esta dirección en sus líneas iniciales. Veamos:

“José Pashaca era un cuerpo tirado en un cuero; el cuero era un cuero tirado en un rancho; el rancho era un rancho tirado en una ladera.

Petrona Pulunto era la *nana* de aquella boca:

—¡Hijo: abrí los ojos; ya hasta la color de que los tenés se me olvidó!

José Pashaca pujaba, y a lo mucho encogía la pata.

—¿Qué quiere mama?”

(Página 9).

Se ve, pues, claramente, que la madre aun cuando no emplea en el fragmento citado sino elípticamente el

vos, conjuga los verbos con el pronombre personal arcaico que estudiamos: *abrí* y *tenés* son, el primero, el imperativo del verbo abrir para el pronombre de la segunda persona singular, con la deformación típica para el *vos* de acuerdo al uso de siglos (*abrí vos*); y *tenés*, el presente de indicativo de la segunda persona singular, también con la deformación a que obliga el *vos* (*vos tenés*). En ninguna de esas dos conjugaciones anormales es posible el uso del tú (tú *tenés*), y tampoco del usted (usted *tenés*, *abrí* usted), de acuerdo a la modalidad salvadoreña. Mas en Guatemala, donde la integración étnica se encuentra sumamente atrasada, existiendo hoy en día grandes comunidades indígenas con dialectos propios y con escaso o nulo conocimiento del castellano, la fórmula híbrida (llamémosla así) es fácilmente observable, pues el indígena guatemalteco dice “*usté tenés*”, mientras que el campesino salvadoreño, ya mestizado, dice *vos tenés*, como hemos visto. La forma guatemalteca también se puede observar en El Salvador en algunos viejos miembros de la inmigración árabe.

Aquel ejemplo está tomado de la página nueve de la edición publicada en Lima, Perú; en la página 15, el segundo cuento, *La Honra*, proporciona ejemplo parecido; en la página 17, el tercer cuento, *Semos malos*, da otro más; etc. Esa dirección del empleo del *vos* es una de las más representadas, especialmente en los primeros cuentos del volumen, siendo una de las causas principales para su incidencia —si no la única— el hecho de que gran parte de los personajes de los

cuentos y relatos de Salarrué son padres e hijos.

2 DE HIJO A PADRES, O A PARIENTES DE MAYOR EDAD

También la cita anterior nos sirve para dar el ejemplo de la segunda fórmula de dirección del voseo, al mismo tiempo que es ejemplo de la corriente ascendente: cuando Petrona Pulunto ordena a su hijo José Pashaca que cese en su *dolce farniente* y que aplique en algo útil su juventud y su fuerza, el campesino parásito le responde a su madre:

“—¿Qué quiere mama?”

América una zona marginal de la cultura hispano-parlante, no ha llegado todavía a tener validez universal en las zonas del voseo, como ocurre indudablemente con el pronombre personal para la primera persona singular, el *tú*.

Pero la cita no la trajimos a cuento para dar esa explicación, sino para señalar que el hijo, con todo y ser un lechugino inútil, es decir una persona moralmente degradada, no se atreve a vosear a su madre: “—¿Qué quiere mama?” lleva implícito el pronombre usted (¿Qué quiere usted mama?), ya que la claridad de ese verbo, *quiere*, indica absolutamente la imposibilidad



Esa frase poseería una completa corrección si no fuera por la ausencia del acento ortográfico en la segunda sílaba de “mama”, forma arcaica de llamar el hijo a la mamá que, por lo demás, posee una acentuación aguda relativamente reciente que el español tomó en préstamo del francés, y que, por el hecho mismo de ser Centro

de que se emplee el *tú* (imposible de encontrar de todas maneras por la clase cultural, etc. de los personajes que dialogan) o el *vos*.

Necesariamente la fórmula esta se encuentra representada tantas veces como la anterior (de padre a hijo), y la vemos en la página 16 (“La Honra”), en la 18 (“Semos malos”), en la

68 (“La Petaca”), etc., y necesariamente impera también en los mismos cuentos que la fórmula anterior.

3 DE SUPERIOR A INFERIOR

En los “Cuentos de Barro” (y más aún en “Cuentos de Cipotes”), pocos son los hombres “superiores”: todos los personajes parecen haber sido medidos con el mismo rasero, y las diferencias se encuentran en otra cosa que no es cultura, dinero o clase social, sino pasión, dramatismo, sufrimiento, maldad, bondad, picardía, estoicismo, etc. De allí que la corriente sea relativa: ignoramos hasta qué punto un agente de la Policía de Hacienda pueda ser efectivamente *superior* al campesino que ha ido a coger con su contrabando de aguardiente clandestino; mas ese agente —cuya igualdad, dada ciertas condiciones, ya no su superioridad, es de ponerse en duda— se siente con suficientes derechos para vosear al campesino detenido, y hace valer ese derecho porque tiene, en posición de disparar, un Máuser 7 mm., razón última de superioridad que pocos se atreverían en el agro centroamericano a poner en duda. El capturado, en cambio, no osaría tratar de *vos* a su captor —que éste interpretaría como ofensa a su autoridad— aunque bien sabemos que en su interior no sólo maldice su suerte sino insulta al agente.

Por esa razón, porque el estamento de donde Salarrué extrae sus personajes es el mismo rural, analfabeto y sacrificado, los ejemplos de esta tercera dirección no son frecuentes, aunque sí son ricas las excepciones. Así, en

la página 32, en el cuento “Bajo Luna”.

“El cabo López se acercó amigable a Miguel y le dijo:

—Esa ña Pabla Portillo de que me hablaba usted, joven, ¿ónde vive?”

El cabo tiene una sospecha desconcertante, y trata de obtener, con buenas maneras, una información que le aclare su enigma; siente que no debe, por tanto, vosear a su preso, pues de hacerlo correría el riesgo de no saber nada, y no saber nada significaría condenar a prisión y a maltratos a su propio primo carnal, con quien en ese momento, sin saberlo bien a las claras, conversa. Lo trata, así, de *usted*; pero cuando la sospecha se confirma, el cabo López se siente autorizado, en virtud del parentesco, para usar el *vos*: “—Me vuá quedar con vos atrás, y te golvés...”

En la página 44, en el cuento “Noche Buena”, el ejemplo es todavía más evidente: Ulalia, mujer campesina, ha llegado al pueblo, llevando a sus hijos, para obtener un juguete gratuito en la Iglesia parroquial. Ulalia logra por fin, entre el maremagnum de una multitud pueblerina que pretende lo mismo que ella, acercarse al señor cura, quien no la reconoce como una de las asiduas feligresas de la población, con las que pretende quedar bien en las festividades navideñas repartiendo juguetes baratos a los niños. El cura, por eso, pregunta a Ulalia:

«—¿Y vos? ¿Vos no sos del pueblo, verdá?”

—No, padre-cura; soy del valle...

—Hum, hum!... Tus cipotes no han venido a la doctrina, verdá?”

—No, señor: tamos lejos...

—Hum, hum!... Para vos nuay; para vos nuay... ¿Entendiste? Para vos nuay... pase lotra, pase, pase...»

En la página 49, en el cuento “Esencia de Azar”, una viejecita tendera siente un dolor que intuye mortal, y llama a la pequeña que, por la diferencia de edades, no puede ser sino una hija adoptiva que cumple menesteres de sirvienta, o viceversa:

—¡Toya!...

—Mande!...

—Andá onde Lino, que te venda un cuis de esencia de azar; llevá el bote. Miá güelto el dolor...”

Cuando Toya, hija de crianza, regresa, ya no tiene ama.

El cuento “Hasta el Cacho” nos ofrece, en la página 164, otro ejemplo: el maestro albañil, en agonía, hace llamar a Pedro, hombre este que carece de un oficio y que ocupa, por tanto, un *status* inferior al del moribundo:

«—Que me dejen solo con Pedro...

—pidió, con temblorosa voz, el viejo—. Arrimáte, hermano; óime tantito, antes dirme...

Salieron todos. Pedrón se sentó, jallando un taburete. El viejo empezó a llorar sobre su estertor.

—¡Perdonáme, hermano!...

—Agüen!... ¿Y yo de qué?... No siazareye, que liace daño.

—Tengo un pecado feyo, que no quiero dirme sin confesar...

—Si quiere, le llamo al padre.

—No. Es con vos, Pedro; porque a vos te se jue hecha la ofensa.»

En la página 68, cuento “La Petaca”, la superioridad de uno de los personajes sobre el otro reside en que aquél es de profesión parchero o curandero (que equivale a médico, casi brujo),

mientras que éste es simplemente un cliente campesino. Así, pues, aquél vosea a éste:

“—Lei traido para ver si usté le quita la puya. Pueda ser que una sobada...

—Hay que hacer perimentos difíciles, vos, pero si me la dejás unos ocho días, te la sano todo lo posible.”

Meses después, la jiba ha desplazado su polo del norte al sur, de retaguardia a vanguardia, y la deformidad deja de ser definitivamente problema cuando, nueve meses después de los *diffíciles* experimentos, muere de parto.

En “La Siguanaba” (pág. 71), el personaje, Pedro, tiene un ayudante:

“Era el *cipote* de Natividad.

—¡Oyó... tréme la bolsal!”

Pero ese ayudante, con todo y ser un trabajador supeditado a la autoridad de Pedro y contar con menor edad que éste, posee también un elemento que le permite vosear a su patrono: la familiaridad como consecuencia del trato continuado y de la convivencia en los apartados rincones de los riachuelos donde pescan el diario sustento; esto viene a configurar un tanto la fórmula direccional número 8 (el trato entre iguales). Así, pues, el *cipote* ayudante vosea a Pedro:

“—¿Y vos créis en la Sigua, o?”

—Yo no, ¿y vos?”

—Yo no creyo! Si querés, vamos a ver que jue eso.

—Andá vos, aquí tespero.”

Dar ejemplos de cada una de las direcciones haría muy extenso este trabajo y sería inoficioso, tanto más cuanto que nuestra finalidad no es

agotar el análisis del libro de Salarrué, sino indicar la existencia de vías hasta hoy inéditas para acercarse a la obra de nuestros autores, al mismo tiempo que aprendemos a conocer al pueblo centroamericano. El tema es muy interesante y nos atrajo desde el momento en que comenzamos a viajar por la zona mesoamericana, incluyendo la región Sur Este de México (Estado de Chiapas, donde también superviven, aunque en menor escala, formas arcaicas del voseo). Por desgracia, nuestro trabajo de campo fue hecho en un momento en que carecíamos de toda capacidad para enfrentarlo. Pero con base en lo apuntado hasta hoy, más lo que logremos en el futuro, intenta-

remos escribir un ensayo sobre el habla en Mesoamérica, desde Chiapas hasta Colombia, país este último donde el voseo adquiere, en ciertas zonas, casi igual intensidad que en Centro América. En dicho ensayo trataremos de probar que la supervivencia del voseo en la región mencionada obedece a múltiples causas, siendo las principales las mencionadas al principio de este trabajo: históricas, geográficas, filológicas, culturales, sociales y económicas... Paradójicamente, las mismas que han permitido que el español de la meseta central mexicana o Perú, para ejemplo, no recurra al *vos*.



NOTAS

1 Con todo y que el término *Mesoamérica* nos parece a nosotros apropiado para designar la zona geográfica en que sobrevive el voseo y que tiene por centro un punto entre las repúblicas de El Salvador y Nicaragua (véase el mapa del voseo elaborado por Tiscornia y Henriques Ureña), no faltan investigadores, en esta y en otras ramas de la cultura, que se opongan a su uso. "*Mesoamerica* —dice Victor W. von Hagen— is the hybrid word now used by many to designate that portion of the world wherein the Maya kingdom lay. It lacks as much meaning as that other hybrid "*Amerindian*". Middle America is designated as that land that lies roughly between the Rocky Mountain system of Mexico and the Andean Mountain system of South America. This also little meaning, since Panama, reaching to the border of Costa Rica, is historically, linguistically, and biologically South American. But if the specialists wish to speak of "*Meso-America*", this terminology must then be extended. North America would be "*Proto-America*" and South America, "*Meta-America*". This reductio ad absurdum is enough to show how un-descriptive the term "*Meso-America*" really is". Victor

W. von Hagen, "*World of the Maya*", Mentor Books, New York, 1962, pág. 19.

- 2 En todo caso, no queremos que las amargas palabras de Américo Castro nos golpeen a nosotros: "A nadie le calienta la pluma ni la cabeza el que hablen de vos en Honduras o Guatemala, aunque debiera preocuparnos". Américo Castro, *La peculiaridad Lingüística Rioplatense y su Sentido Histórico*, Editorial Losada, 1941, pág. 75.
- 3 Debemos aclarar que fue el propio Salarrué quien nos confesó el origen de esa influencia en su obra, y que señalarla no tiene en nuestro caso nada de peyorativo.
- 4 "Cuentos de Barro", de Salarrué, se encuentra en las siguientes ediciones: 1ª, Talleres Gráficos Cisneros, San Salvador, 1933; 2ª, Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1943; 3ª, Editorial Latinoamericana, S. A., Lima, Perú, 195 (87); y 4ª, Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación, San Salvador, El Salvador, 1962.
- 5 Alejandro Dagoberto Marroquín, *Panchimalco*, pág. 305; Editorial Universitaria, San Salvador, 1959.

La Poesía Mágica de los Nahuas

Por Pedro GEOFFROY RIVAS

Pueblos extraordinarios, aquellos pueblos nahuas que a partir del siglo VII de la Era Cristiana se desbordaron sobre la América Media en sucesivas oleadas. Pueblos de un empuje vital no superado hasta ahora por ningún otro pueblo de la Tierra. Pueblos imagineros, de alto pensamiento mágico, que recorrieron la mitad del Continente, a lo largo y a lo ancho, poblando de sueños el ambiente, transformando en vívido misterio el cotidiano acontecer. Pueblos de salteadores magníficos, de ladrones y depredadores geniales que caminaron desde el corazón de la América Arida hasta el istmo de Panamá, apoderándose de dioses y de piedras, haciendo suyas mujeres y leyendas, enriqueciendo su acervo material y espiritual con joyeles de jades y esmeraldas, con mantos y penachos de plumas prodigiosas, con mágicos ritos y cantos y poemas de asombro.

La primera oleada nahua apareció en Mesoamérica caminando por la costa meridional hasta el actual Puerto de Acapulco, subió al altiplano por el Estado de Morelos, escaló las cumbres de la Sierra de Puebla, se desbordó sobre las fértiles llanuras de Veracruz como manada de coyotes hambrientos, recorrió las intrincadas selvas de Oaxaca y de Chiapas y se tendió sobre el mundo de los mayas desde los altos Cuchumatanes hasta el estrecho paso de Darién. Una segunda oleada viajó sobre las crestas de la Sierra Madre, entre nubes y cóndores, saqueó la cultura purépecha en la Tierra de los Peces Dorados, aprendió a tejer multicolores filigranas en el sueño huichol y tradujo a su lengua

sonora y armoniosa los cantos religiosos y los lánguidos poemas-otomíes. Guiados por el genio guerrero de Mixcoatl, La Serpiente de Nubes, los toltecas se instalaron en las márgenes encantadas del lago mexicano, organizaron el formidable Imperio de Colhuacan y nos legaron los fantásticos tesoros estatuarios de Tula, el ejemplo civilizador de Topiltzin Náxítl Ce Acatl y las rutas laterales de la Piedra del Sol. Los últimos en aparecer fueron los aztecas, los terribles espartanos de América, el más alto ejemplo de humana resistencia, de capacidad para el sacrificio, de despiadada decisión de triunfar. Desde el inhóspito islote adonde fueron arrojados por los iracundos vecinos, cansados de sus robos y de sus injustificados asaltos, de sus traiciones y de sus engaños, en escasos dos siglos supieron imponerse a los poderosos Imperios de Azcapotzalco, Colhuacan, Xaltocan y Coatlinchan, construyeron la fantástica ciudad sobre el lago que llenó de asombro los ojos de Cortés, poblaron de flotantes jardines la laguna de Xochimilco y llevaron el señorío y la conquista a todos los rincones de la vasta cornucopia mesoamericana.

Con el tiempo, debido al predominio azteca, los orígenes se mezclan y confunden. Ritos y leyendas, propios y ajenos, son envueltos en un solo misterio, elevados al mundo de la magia con inigualado esplendor. Dioses antiguos y nuevos, autóctonos y adoptados, guerreros y sacerdotes deificados al morir, se agrupan y escalonan en un inmenso panteón lleno de vida y movimiento. Las divinidades nahuas no son lejanísimos seres erigidos en jueces que premian o castigan los actos de los hombres, no son los habitantes de un mundo inaccesible. Son espíritus cercanos, familiares y proteicos, que participan de toda la vida del pueblo escogido. Presiden y determinan la siembra y la cosecha, deciden las acciones cotidianas, desde las más elevadas a las más triviales, gobiernan los hogares, guían a las multitudes, establecen la paz y la guerra, señalan los deberes, reclaman el exacto cumplimiento de las obligaciones, constituyen las supremas y fundamentales razones del Estado. Capaces de adoptar las más inesperadas formas, se aparecen como seres y como cosas. Son unas veces hombre y otras veces mujer. Encarnan en la bestia que los simboliza. Se manifiestan en la piedra que los representa.

La vida religiosa de los nahuas no se encierra, pues, en los templos. No se concreta a las ceremonias. Vivir, simplemente vivir, comer, dormir, trabajar, es ya practicar la religión, es ya integrarse en la divinidad. Así, si todo el hombre ha de ir en la religión, si a ella pertenece por entero todo lo que es humano, que no es por cierto la inteligencia pura sino la emoción, el anhelo, la pasión, el dolor y el entusiasmo, nada de extraño tiene que la religión esté totalmente impregnada de intensa y exaltada poesía. Poesía llena de mágicas invocaciones, sujeta a la técnica del ruego, que insiste y se repite incansablemente, apurando a las fuerzas de la naturaleza, cercando a la deidad con tupidos y veloces dardos verbales, empujándola hacia la realización de los intentos. La poesía deviene así un producto colectivo. Se trata de una poesía multitudinaria, entonada en las grandes festividades por quince o veinte mil voces, rítmica y

cadenciosa, conducida por el sordo golpeteo de los teponaxtles, enhebrada en el hilo cristalino de las chirimías. Poesía para acompañar danzas o el imponente desfile de los sacerdotes. Poesía de altos gritos, hecha para acallar el coro de lamentos de las víctimas despedazadas en el ara de los sacrificios. Poesía de simetrías perfectas, de formas geométricas, que se adapta a la piedra monumental de las estatuas, refleja su adusta majestad, le presta voz y movimiento y traduce en armoniosas palabras toda la excelsitud de los símbolos.

* * *

Honda impresión debe haber causado a los primeros españoles que se adentraron en el conocimiento de la lengua nahua, tropezarse con un idioma de perfecciones similares a las del griego clásico, con una construcción tan ceñida a la lógica gramatical como la del alemán moderno, Fray Toribio de Motolinía, Fray Pedro de Gante, Fray Andrés de Olmos, pero muy especialmente Fray Bernardino de Sahagún, el genial agustino que consagró sesenta años de su vida a recopilar y traducir la historia, las leyendas, los cantos religiosos de los aztecas, salvaron para la posteridad las asombrosas producciones literarias de nuestros antepasados indígenas.

A lo largo de los últimos cuatrocientos años, a partir de Sahagún, la literatura nahua ha sido estudiada, recopilada y vertida a diversos idiomas, interpretada y explicada en muy diversos sentidos. Tradiciones toltecas originadas en Tula, cantos religiosos aztecas, leyendas de Texcoco, historia chichimeca, interpretación de códices y pinturas, han llegado hasta nosotros gracias al fervor admirado de los misioneros españoles y al amoroso cuidado de muchos investigadores modernos. En Centro América, desgraciadamente, casi nada pipil se ha conservado, fuera de los claros indicios de muchos cuentos y leyendas campesinos, nombres de lugares, e innumerables giros y palabras que han tomado carta de naturaleza en el español que hablamos, hasta el punto de que la mayoría de los centroamericanos ignoran su origen y su primitivo significado.

En los "Cantares Mexicanos"¹ se encuentran distintas versiones de los mismos poemas, con variantes propias de cada región donde la versión fue recogida. Se entremezclan en esta recopilación los cantos religiosos con traducciones del otomí, cantos terrenales, lamentos y poemas de amor. Las traducciones al español adolecen de innumerables defectos. El mágico sentido poético se pierde totalmente en las versiones literales de Sahagún, las cuales, si bien dan el sentido exacto del contenido, destruyen el encanto rítmico y destrozan las metáforas desconcertantes.

En el siglo pasado, algunos investigadores cometieron el sacrilegio de encuadrar sus traducciones en cuartetas, octavas, décimas, todas ellas bien medidas y rimadas, conforme a la moda poética de entonces.

¹ Cantares Mexicanos. Manuscrito en Nahuatl de la Biblioteca Nacional de México. Formado por varios legajos de poemas, de los que la fecha más antigua es la de 1532 y la más tardía 1597. Contiene abundante producción auténtica de todos los rumbos de habla nahuatl. Edición facsímil de Peñafiel, 1904-1906.

En los últimos años, diversos estudiosos del nahuatl han ofrecido versiones, unas literales y destructoras, otras más apegadas a los ritmos originales, destacándose entre estas últimas las del eminente Canónigo mexicano don Angel María Garibay K., autor de una “Historia de la Literatura Nahuatl”.

Transcribo a continuación dos cantos religiosos en el idioma original y las respectivas versiones.

Huitznahuac Yautl Icuic

Ahuía Oholopa telipuchtla,
ihuiyoc in nomalli,
ye nimahuía, ye nimahuía,
ihuiyoc in nomalli.
Ahuía Huitznahuac telipochtla,
ihuiyoc in nomalli,
ye nimahuía, ye nimahuía,
ihuiyoc in nomalli.
Ahuía Itzicotla telipochtla,
ihuiyoc in nomalli,
ye nimahuía, ye nimahuía,
ihuiyoc in nomalli.
Huitznahuac tehuaqui machiyotla tetemoya.
Ahuía oyatonac, ahuíá oyatonac,
ya machiyotla tetemoya.
Tocuilitla tehuaqui,
machiyotla tetemoya,
ahuíá oyatonac, ahuíá oyatonac,
ahuíá machiyotla tetemoya.

Canto del Guerrero en la Casa del Sur

Entre los donceles de Oholopan
emplumado fué mi cautivo.
Tengo miedo, tengo miedo:
emplumado fué mi cautivo.
Entre los donceles de Huitznahuac
emplumado fué mi cautivo.
Tengo miedo, tengo miedo:
emplumado fué mi cautivo.
Entre los donceles de Tzicotlan
emplumado fué mi cautivo.

Tengo miedo, tengo miedo:
emplumado fué mi cautivo.

Levántate, ven, sé enviado.
Levántate, ven, niño nuevo.
Levántate, ven.

Levántate, ven, sé enviado.
Levántate, ven, niño joyel.
Levántate, ven.

(Versión del Canónigo Angel María Garibay K.)

Xippe Totec Icuic

Yohualli tlahuana, iztleican timonenequía
xiyaquimitlatía teocuitlaquemitl
ximoquintiquetlohuía.
Yohualli tlahuana, ti Xippe Totec.
Tleica in timonenxequi, in timozuma,
in timotlatía, tleica in amoquiahui,
teocuitlaquemitl xicmoquenti.
Maquiahui mahualauh in atl.
Notehua chalchimama tlacoapana itemoaya.
Ay quetzalahuehuetl, ay quetzalxihuicoatl,
nechiya iquinocauhquetl, ohuía.
In tinoteuh, otemoc in mauh, ohuala in mauh.
Ay quetzalahuehuetl, yetlaquetzalpatía,
yetlaxoxohuía, yexopantla.
Ca yeotechcauh in mayanalistli.
Maniyahuía niahuía polihuis.
Niyoatzin achalchiuhtla noyollo,
a teocuitlatl nocoyaitas.
Noyolzehuitzquin tlacatl achtoquetl
tlacuahuaya otlacatqui
yautlatoquetl ohuía.
Notehua centleco xayailihuis
tzonoa iypatzin motepeyochpa
mitzhualitta motehua,
noyolzehuitzquin tlacatl achtoquetl
tlacuahuaya otlacatqui
yaxuatlaxtoaquetl ohuía.

Invocación a Xipe Totec

Ponte la túnica de oro,
oh Bebedor Nocturno!

Que descienda a la Tierra
tu agua de piedras preciosas.
Que el ciprés de la ofrenda
se convierta en quetzal.
Que baje hasta nosotros
la Serpiente de Fuego.
Que la tierna planta del maíz
no sea quemada y destruida.

Verde es mi corazón
como el jade precioso.
Verde es mi corazón,
pero he de ver el oro
cuajando en la mazorca.
Verde es mi corazón
que tiembla jubiloso
esperando que nazca
el Caudillo de Guerra.

Ponte la túnica de oro,
ob Bebedor Nocturno!

Que el maíz fructifique
y el oro de los granos abunde.
Yo me inclino ante ti,
oh Bebedor de la Noche!
Me arrodillo y te invoco
frente a la montaña
que guarda tu esmeralda.

Grito tu nombre
hasta alcanzar los astros.

Xipe Totec! Xipe Totec!

Ha nacido el Caudillo de la Guerra!

(Versión de Pedro Geoffroy Rivas)



Stephen Crane o la Psicología del Combatiente

(Apuntes acerca de un novelista y glosario de una novela norteamericana)

Conferencia de Rolando VELASQUEZ



ROLANDO VELASQUEZ

Norte América en el cuento y la novela

La literatura norteamericana es relativamente joven como lo es, en la suma total, la vida, historia y cultura del pueblo norteamericano.

No obstante, en el campo literario como en el de otras tantas disciplinas humanas que han conquistado para los Estados Unidos el liderato mundial, sobresalen numerosas figuras significativas cuyo aporte ha sido decisivo a la cultura universal.

Sin la antigüedad de la literatura española o la literatura británica, la literatura norteamericana presenta, no obstante, un panorama sumamente atractivo, en el que se destacan poetas, dramaturgos, cuentistas y novelistas.

El extremo más próximo de la tradición poética lo encontraremos en Walt Whitman y Edgard Allan Poe, dos figuras imponentes que se destacan, el primero por las complejidades de su espíritu, su clamorosa y ardiente fanta-

sía, y el segundo por el contenido humano de su obra, la vibrante inquietud de su alma y la actitud mesiánica, inmortal y esplendorosa. En las avanzadas del drama hallamos la tradición teatral encarnada en O'Neill, el más profundo explorador del mundo clásico, y mucho más adelante se destaca, indiscutible, la imponente y poderosa figura de Tennessee Williams, el dramaturgo popularizado por el cine, y cuya trayectoria dramática, salvo las variantes de tiempo y de modalidades culturales, es tan acentuada, perfecta y vigorosa como la del propio Shakespeare. Nadie que haya disfrutado y se haya estremecido ante la intensidad del drama de Williams, y nadie que conozca más o menos cercanamente la aventura dramática podrá negar la enorme capacidad del dramaturgo norteamericano: su técnica dramática perfecta, con rudo tono clásico; su infatigable posibilidad para internarse en las profundidades del alma humana, y el abismal conocimiento del hombre y de sus distintas reacciones psicológicas frente a la vida y los hechos cotidianos, mínimos o tremendos, impetuosos o sosegados. Los cuentistas norteamericanos son también numerosos, teniendo en el ya citado Poe uno de los más fuertes representativos. En esta rama de la literatura norteamericana existe una peculiaridad que, por lo menos para nosotros, con escasos elementos de juicio, no permite hacer una evaluación integral de la cuentística en el vecino país del Norte. La relativa facilidad para la elaboración del cuento, o la novela breve, más bien —como se le llama en correcto lenguaje hispánico—, junto a la enorme demanda que hay por parte de los sindicatos publicitarios y empresas editoras de esta clase de material, hacen que muchas personas, sin ser cuentistas o tener verdadera vocación de cuentistas, escriban cuentos, algunos de ellos magníficos, otros simplemente desastrosos, pero el conocimiento de los autores a través de los

suplementos dominicales, los periódicos y los magazines, no permite hacer una apreciación correcta del panorama literario. Habrá entonces que ceñirse a la apreciación de lo ya conocido y consagrado, es decir aquello que ha logrado sobrevivir a la fugacidad de la publicación periódica, pero no sin dejar constancia del hecho de que aun cuentistas como O'Henry han tenido que ver disminuido su prestigio en razón de este abuso de publicidad y esta incontrarrestable solicitud de las publicaciones periódicas.

Por lo que respecta a la novelística ésta ofrece un campo más pródigo y amplio. Hay allí una extensión donde formular apreciaciones si no convincentemente cuantitativas, al menos fructuosamente cualitativas. Desde los lejanos días de "La Cabaña del Tío Tom", la novelística se extiende en afortunados avances, marcando en cada período histórico un signo memorable. Verdaderas constelaciones aparecen sucesivamente dando a la novelística norteamericana un sentido propio y significativo. La producción es tanto espléndida como integral. El sueño y la poesía se entremezclan a la cruda realidad en todas las etapas de la literatura. Y así tenemos que la novelística norteamericana abarca todas las modalidades y actúa bajo las diversas técnicas, desde los primeros días de la historia del país, incluyendo, para contar únicamente lo más actual, desde el verismo singular de John Dos Passos, la sonriente ironía de Mark Twain, el humorismo clásico de John Erskine, la pluralidad brutal y dramática de Steinbeck. Desde la novela de mera imaginación y fantasía hasta la siempre discutida novela policíaca, desde la aventura hasta el más insinuante realismo, todo cabe y todo está realizado dentro de ese campo pletórico de inteligencia, sensibilidad y sobre todo sencillez.

Uno de los méritos literarios del norteamericano es la simpleza, la carencia

de artificios, el miedo a la postura retórica que a la larga no hace más que dejar en el lector un vacío angustiioso; la facilidad para explicar en palabras llanas los temas más complejos y las situaciones más difíciles.

No se trata aquí de una simple cuestión idiomática, ya que el inglés es rico en matices y de una flexibilidad también propicia, como el español, a las concepciones alucinantes y engañosas. Los alambicados escritores españoles, los retóricos a deshora y todos aquellos que acostumbran hacer malabarismos imposibles con el castellano, encontrarían en el inglés un material igualmente propicio, para sus entretenimientos. Por eso digo que la sencillez y la simpleza constituyen, más bien, una cuestión espiritual. El norteamericano, parco en palabras, es más reconcentrado, doblemente perceptivo que el europeo afable o el latinoamericano parlanchín, que se dedican diariamente a dilapidar sus fuerzas mentales en el parloteo inútil. La actitud espiritual del norteamericano, es, aun en esto, práctica y ahorrativa. Su capacidad de concentración es mayor, y por consiguiente resulta más sutil para captar los hechos y expresarlos. Por eso cuando se coloca sobre el campo de la fantasía y el sueño se aprecia su actitud como más fructífera y espontánea, y la fantasía se desborda, irrumpe en explosiones asombrosas sobre todo por la particularidad de que, a más de tratarse de una fantasía y una capacidad de soñar enteramente vírgenes, están más saturadas de realidad, hasta hacer casi imperceptible la línea que separa la verdad de la ficción. Esto es como admitir que ningún sueño es propiamente sueño, sino que se produce al influjo de una realidad potencial, latente, presta a mostrarse como tal. De esta capacidad nace, indudablemente, una posibilidad intuitiva mayor, más próxima a la profecía y al cálculo casi riguroso de los hechos, que convierte en verdadera leyenda la intuición o la capacidad de-

ductiva del latinoamericano, a quien tanto acostumbramos ponderar por el buen uso que hace de la intuición y la facilidad con que recorre el camino del empirismo y de la conjetura hacia la realidad y las verdades incontrovertibles de la ciencia.

Crane y una novela intuitiva

Es, precisamente, de un hombre y de un novelista particularmente intuitivo, de quien me propongo hablar, expresando algunas ideas en torno a uno de los novelistas norteamericanos de mayor alcance espiritual, calor humano, capacidad de percepción y videncia sutil, que lo hace concebir, empleando nada más la fantasía y la imaginación, una de las novelas de mayor brillo y plenitud realista que, a decir verdad, y para hablar en términos un tanto paradójales, dejó atrás, con admirable anticipación en el tiempo, a todas las novelas sobre la guerra que pudieron haberse escrito aun después de los dos últimos conflictos armados que ha vivido la humanidad. Positivamente ni el viejo Tolstoy, para retroceder en el tiempo, ni Zola, con quien se ha comparado el autor a quien nos referimos, ni Remarque después, ni Blasco Ibáñez, ni la plácida baronesa Suttner, que describía la guerra como quien traza dibujos para empapelado de un cuarto de adolescente, pudieron haber dado jamás una descripción tan precisa, dramática, apasionada y conflictiva de la guerra como la contenida, a base de expresión sencilla, a ratos iluminada y poética, en la novela que vamos a comentar, y cuyo autor es Stephen Crane, nacido en Newark (Nueva Jersey), en 1871, y muerto en Baden, Alemania, en 1900. Situado en la confluencia de dos siglos, en calidad de escritor tuvo la singularidad de no ceñirse a las corrientes del pasado sino que más bien trató de proyectarse hacia el futuro dando por resultado su esfuerzo la condición de que la mejor de sus obras,

La Insignia Roja del Valor, pueda insertarse sin ningún desdoro dentro de la más exigente actualidad. La obra es de un contenido humano tan profundo, tan perfecta su técnica y sus ideas tan precisas que a pesar del enorme cambio sufrido en cuanto a los campos de desarrollo de la guerra, los móviles que la impulsan, los recursos de que dispone el guerrero, y las distintas maneras de combatir, el sentido predominante, el espíritu de la guerra, podríamos decir, se mantiene vivo y fuerte en esas páginas impregnadas de diversos sentimientos y experiencias entre los que se destacan el impulso hacia lo heroico, el descenso violento hacia el fracaso y la frustración, la cólera, el miedo y el horror, y, en fin, todas las sensaciones y los sentimientos que agitan al hombre colocado en el campo de batalla, ya sea fortuitamente, ya porque lo haya llevado hasta la disyuntiva de matar o morir algún noble interés patriótico, algún generoso ímpetu nacido en su intimidad.

Estudiante en el colegio de Lafayette y la Universidad de Siracusa, sucesivamente, Crane osciló entre distintas vocaciones. Tomó por último la decisión del periodismo, una disciplina dentro de la cual el hombre que la adopta tiene la oportunidad de convertirse en el escritor integral, en un experto que, aun cuando sin campo propio y definido, puede resumir todas las experiencias y todos los conocimientos. El aprendizaje periodístico bien aprovechado tiende a crear lo que el gran educador Alain denominaba "el técnico de las ideas generales", ese hombre que es a manera de un mapa que representa en una misma superficie diversos paisajes, diversos climas, diversas latitudes, sin ser, en realidad, ninguna. Un periodista ejercitado puede saltar sin dificultad de un tema a otro, pasando sobre las diversas complejidades de materias que conoce aun cuando no haya profundizado en ninguna de ellas. Otra de las ventajas del periodismo es

que ayuda al escritor a no fugarse nunca de la realidad, a estar siempre bajo el dominio o con el dominio del hecho actual, del suceso cotidiano, de la realidad vital, simple y desnuda. Afina, además, la capacidad de percepción y la aptitud para el análisis de los hechos presentes que otorga facilidad para formular pronósticos o por lo menos conjeturas sobre los hechos por venir. Otorga, por último, capacidad inagotable para las reacciones mentales rapidísimas.

Su capacidad de periodista, acostumbrado de tal manera a relacionarse con los sucesos hasta el grado de poder describir hechos y situaciones imaginándolos simplemente, sin perder por esto la exactitud y la veracidad límpida en las descripciones, está plenamente revelada en la novela que tratamos de comentar. Al escribirla, en 1896, Crane no había presenciado jamás una batalla. Tuvo oportunidad de estar en los teatros de guerra hasta más tarde, en calidad de corresponsal, y cuando fue destacado en distintas ocasiones para difundir los episodios de una invasión filibustera a Cuba, la guerra greco-turca, y la guerra americano-española. El mismo se sorprendió entonces cuando advirtió que había acertado, y que la guerra, lo mismo los sentimientos que despierta en los hombres que participan en ella, eran tal y como los había descrito en su novela. Por eso Crane viene a resultar un verdadero fenómeno literario: el del novelista intuitivo por excelencia.

Como poeta y como novelista; confrontaciones y realidades

Crane escribió poesía romántica. Su capacidad lírica, tal como se advierte en el curso de *La Insignia Roja del Valor* era inagotable. Esta novela está llena de metáforas apasionantes y sugestivas, de desbordante imaginación, de brillantes figuras que revelan integralmente al poeta que había en el

autor, imperturbable frente al correr violento de los acontecimientos. Su primera novela, "Maggie, la Chica de las Calles", la escribió en 1891. Con un tomo de poesías por intermedio, dio a la luz *La Insignia Roja del Valor*. Escribió además cuentos breves, algunos también sobre motivos de guerra. En 1925-26 el editor Wilson Follet publicó doce volúmenes con sus obras, abundantes sobre todo si se toma en cuenta que apenas vivió 29 años. Su novela realmente vivida fue *The Open Boat*, en que relata su aventura marítima a bordo de un bote tras la incursión filibustera a Cuba. Esta aventura fue la causa directa de su muerte ya que su enfermedad consuntiva se agravó después del dramático incidente. La novela, a pesar de su realismo, no alcanzó nunca el prestigio y la gloria de *La Insignia Roja del Valor*. Esta es la obra que más ha ocupado la atención de críticos y literatos de diversas épocas y lugares. Fue escrita en 1896, cuando Crane tenía la edad de veinticinco años: el momento en que otros están realizando propiamente tanteos literarios. Pero la obra del poeta-novelisto constituye un producto de entera madurez, de contornos definidos y definitivos, capaces de crear la gloria perenne de un autor.

Mucho se ha escrito acerca de este libro, y la tendencia predominante ha sido la de compararlo con *La Debacle* de Zola. Pero vistas las cosas con más detenimiento, sin ninguna ligereza crítica, ambas obras se parecen únicamente en dos extremos: en que realzan el realismo naturalista y en que tratan un tema común. Ambas desarrollan el tema de la guerra y describen múltiples incidencias de ella. Pero la actitud espiritual en Crane y Zola son totalmente distintas. Paisajes, situaciones, conflictos espirituales de los personajes, no tienen tampoco similitud desde luego que ellos reaccionan de distinta manera ante un hecho idéntico. Por otra parte Zola es brumoso, exagerado, abusa de

las situaciones crueles o monstruosas. Carece por entero de aptitud poética, y de toda clase de reservas. Es simplemente cálido y brutal. Crane en cambio es espontáneo, diáfano, y en su relato las peores atrocidades están referidas en un tono tan sencillo y natural, tan alejado del propósito de impresionar, que esta simpleza la torna de hecho doblemente abrumadoras. En realidad, acerca de la guerra se ha escrito desde los tiempos inmemoriales de Homero, pero esto no es motivo suficiente para establecer dogmáticamente el hecho de que todas las obras de ficción acerca de la guerra tengan que parecerse, máxime cuando invariablemente la mentalidad y el espíritu de los personajes tienen que cambiar fundamentalmente en relación con el tiempo, los motivos que originan la guerra, los objetivos inmediatos o lejanos que se persiguen y las demás circunstancias y contingencias que dan el contorno integral a las luchas humanas. No debe olvidarse, además, que Zola es terrible y hasta perniciosamente tendencioso. Crane en cambio, carece de toda tendencia. Es nada más, normalmente objetivo y normalmente subjetivo. En su obra la masa aparece como masa y el individuo como individuo, ambos dentro de líneas y trazos perfectamente definidos. Su tendencia única en caso de tenerla podría haber sido la del individualismo robusto que ha guiado los pasos de la civilización norteamericana. Zola en cambio tiende hacia la confusión y el gregarismo, mantiene rectilíneo el propósito de masificarlo todo, de interpretar los hechos y situaciones a través de un criterio colectivo, como corresponde a un discípulo de la escuela socialista. En realidad, Crane no condena ni justifica la guerra, pese a los altos ideales que en medio de ella se debaten. Expone simplemente su crueldad, sus incidentes espantosos, sus modalidades terribles. Su criterio real acerca de la violencia como medio de realización ideológica queda

tácito a lo largo de su obra. Esta falta de opinión y de tendencia lo hace aparecer, por momentos, escéptico en cuanto a los resultados positivos de la lucha sobre el campo ideológico. Da la impresión, a ratos, de ironizar graciosamente en torno del heroísmo y la capacidad de sacrificio de los combatientes. Esta búsqueda de la gloria y el honor es lo único que aparece como realidad vital en el ánimo de los personajes.

Pero de entre los dos autores, pese a lo que se supone un acentuado individualismo, es Crane quien mejor describe el conflicto de la multitud. Tienen que ser inolvidables las páginas en que pinta el terror animal que, sobrepuesto a cualquier otro sentimiento, sacude a los ejércitos en la derrota y en la retirada oscura y sin gloria. En esas situaciones, de sus líneas se desprende a veces hasta el peculiar olor de la manada fugitiva, tal es la fuerza con que revela el miedo exasperado, el pánico de la multitud, desbordada, lacerada y estremecida, dispersada por la influencia del "monstruo complejo" que disuelve ejércitos y hace huir al hombre como pacífica vaca perseguida por los perros, según la propia expresión del autor.

Por lo demás, vista con detenimiento, la novela de Crane no tiene, como la de Zola, una ubicación precisa. Parece ser, como se ha dicho por parte de la generalidad y como se proclama con justificado orgullo patriótico, que Crane emprendió la tarea, olvidada por otros novelistas y escritores, de magnificar uno de los hechos más resplandecientes y memorables de la historia norteamericana y a la vez de la historia de la humanidad, la Guerra Civil. Pero los hechos que relata pudieron haber ocurrido en cualquier otro campo de batalla, y esto imprime a la obra un carácter novedoso de imperecedera universalidad. El teatro de la guerra pudo ser Appomattox, pero pudo ser también Marengo o Austerlitz.

La mentalidad que preside la guerra, "el dios rojo y sangriento" es la misma en todas partes, en todos los momentos históricos. De tener la obra una ubicación precisa, indudable, perfectamente definida, Crane no podía haberse sustraído al conflicto de la técnica militar y de la historia, y tendría que haberse visto precisado a citar fechas, hechos estrictamente históricos, técnicas y métodos y haber convertido la fluidez de su novela en los extremos de una engorrosa y pesada narración histórica. Esto ocurrió precisamente, más adelante, a Margaret Mitchel, quien escribió una copiosa, abigarrada novela sobre algunos hechos de la Guerra Civil. Sólo el cine pudo salvar esta obra del desastre total del fastidio y el aburrimiento.

Es por eso que la ubicación del drama viene a ser en Crane una mera incidencia. Es tan leve el trazo del terreno y la descripción del paisaje, y hay tanta parquedad en la cita de los nombres gloriosos, igual que hay, no desconocimiento, sino estudiado abandono de las técnicas guerreras.

Pero ¿cómo es posible, se dirá entonces, que la elucidación táctica no figure en el contexto de una novela de guerra y ésta resulte tan completa que aparezca como historia verdadera? El fenómeno tiene que atribuirse, invariablemente, al hecho ya apuntado, de que Crane, como todo poeta legítimo, era un formidable intuitivo. La intuición no es, positivamente, ajena a las realizaciones científicas y técnicas, y en la historia hay otro caso parecido al de Crane; el prusiano Carl von Clausewitz, el inmenso teórico de la guerra, todavía de actualidad en la enseñanza de los métodos bélicos. Sus teorías, que aproximan la estrategia y la táctica a la realidad de la exactitud matemática, no fueron elaboradas sobre el campo de batalla. El prusiano y padre espiritual del prusianismo asistió a alguna batalla en forma meramente incidental. Sus ideas sobre la

conducción de la guerra fueron, por el contrario, concebidas en la adormecedora calma burocrática, entre pesados oficios administrativos. Su trabajo es a manera de compensación de actos heroicos acaso soñados pero nunca realizados. No obstante, hay una perfecta validez en sus principios, como hay validez perfecta en el relato de Crane, que resiste indudablemente el experimentado análisis militar en lo que se refiere al aspecto psicológico de la guerra.

Crane y la Psicología del combatiente

Se ha dado en llamar a la obra de Crane, contrapuesta y alternativamente, ensayo sobre la psicología del valor, o ensayo sobre la psicología del miedo. Pero raramente el combatiente, de acuerdo con la exacta descripción de Crane, permanece bajo la influencia de alguno de esos dos elementos morales. Podría decirse mejor la psicología del combate, o la psicología del combatiente, ya que éste confronta movi­lidades, cambios, alternativas, que van sorpresivamente de un estado de ánimo a otro. Existe el momento de curiosidad inquisitiva, de lírico sueño heroico, que impulsa al hombre a participar en las luchas armadas. Viene después el momento de expectativa, ansiedad y premonición, en que no se sabe pero se ansía ardientemente saber qué es lo que va a ocurrir, qué es lo que puede suceder. El soldado está como cohibido, anhelante, “sintiendo el peso de responsabilidades no bien especificadas”. Cruzan por su espíritu corrientes de valor exasperado y de miedo inexorable; un pavor difícil de atenuar. Esas corrientes se entrelazan hasta formar una mezcla compleja y oscura. El ejército en marcha constante es una incógnita dura y fría, para el simple espectador, hiriente y mortal para el soldado que camina. Este no piensa entonces sino en la solución de la incógnita, no importa que ésta sea la muerte. Se indigna ante

el retardarse de los hechos inevitables. Su inquietud crece a medida que aumenta el cansancio de la inútil caminata. “No comprendo, dice un soldado en la obra de Crane, víctima de esta rara desesperación, qué provecho les acarrea el acabar con nuestras piernas inútilmente”. Su valor acrecentado por la espera lo hace decir más adelante: “Lo que yo quiero es pelear. Si sólo hubiera querido andar, me hubiera quedado en casa dando vueltas alrededor del pajar”. Viene entonces el momento decisivo: el soldado entra en combate, y el valor exaltado, acaso simplemente ficticio y momentáneo, va trocándose en miedo a medida que la realidad se muestra más precisa. El estallido se produce y sobreviene algo que parece valor temerario y heroísmo, pero no es otra cosa que la actitud paroxística del miedo, en medio de la cual el héroe piensa, tras “el alud demencial de la metralla”, “que las manos poderosas del cielo hubieran sido impotentes para mantenerlo quieto en su lugar, en el caso de que él pudiera gobernar sus piernas”. Llega después, violentamente, la furia incontenible del combate. El protagonista de Crane la siente, viva y mordiente: “Estaba encolerizado con el rifle, que sólo podía utilizarse contra una vida cada vez. Quería abalanzarse y estrangular con las manos. Anhelaba poseer la fuerza de hacer un ademán que arrasara al mundo y los hiciera retroceder. Se dio cuenta de su impotencia, y su ira se convirtió en la de una bestia perseguida”. Todo esto ocurre después de que el héroe ha experimentado “un sudor que producía ampollas, una sensación de que sus ojos iban a estallar como piedras calientes”.

Hay contradicción, pues, en estas actitudes e incidencias, y nada que esté tan lejos, como esta realidad, de las optimistas y convencionales definiciones del miedo y el valor, de la cobardía y el heroísmo. Se ha dicho que el valor no es otra cosa que un elevado impulso del espíritu, o, en otro caso, una natural

y obligada reacción ante el peligro y las circunstancias. Lo primero lo dicta el espíritu cívico, complacido en gratos y sutiles engaños. Lo segundo tendría que tomarse como reacción instintiva. Pero Crane demuestra que ninguna de estas circunstancias es posible dentro de la realidad. Descubre líricamente lo que hay de error en estas definiciones con las que a ratos parecen deslumbrarnos los patriotas y teóricos militares henchidos de un falso sentido psicológico. Crane establece que se trata más bien de un estado neutro del espíritu, de una paralización de la conciencia, de una inhibición de los recursos morales propicia para la filtración de los más diversos sentimientos, ya sea el terror o el valor heroico. En este punto el ligero escepticismo del principio se vuelve más agudo y sensible. El heroísmo queda reducido a una mera circunstancia, y puede originarse en el miedo, de la misma manera que la conciencia heroica más firme puede derrumbarse al contacto del terror. El heroísmo interpretado como casualidad y el miedo como hecho contingencial, quizá sea uno de los rasgos más originales en la obra de Crane. La definición de los valores morales en la guerra parece ser esencial, indispensable. Pero dentro de una terrible experiencia Crane establece la imposibilidad de esa definición precisa. El propio Clausewitz pareció conocer esta imposibilidad al insistir tanto en el examen de los factores morales que rodean los fenómenos de la lucha: "toda teoría militar debe enseñar el cálculo de los factores morales: la posibilidad de los errores del enemigo, la impresión creada por una acción indecisa, y aun todavía, NUESTRA PROPIA DESESPERACION". Es esta última en la que se basa, realmente, toda la técnica de Crane y hace que todo esto llegue a ser, en sustancia, eminentemente paradójico, creando la posibilidad de un héroe cobarde o de un cobarde exaltado sorpresivamente a los planos de la heroicidad.

La maestría espiritual, la capacidad de penetración psicológica de Crane se vuelven más precisas y hermosas en la continuación del esquema de las reacciones morales del héroe o el desertor en potencia. Luego que el miedo inicial del combate ha descrito su curva más alta, llegando a ser terror, sobrevienen un estado de adaptación al miedo, un frío automatismo que no es todavía la imagen del valor consciente pero que aproxima al hombre, ciego y desolado, a los linderos del heroísmo. Rápidamente, la conciencia parece retornar. La idea de la muerte y el peligro han desaparecido. También el sentimiento humanitario deja de existir. Pese a que el soldado dispara todavía presa de un indefinible automatismo, sobre su conciencia se define un inmenso sentimiento del deber, que lo hace sentirse confortado. Veamos cómo describe Crane este fenómeno al dar la reacción psicológica del personaje en lo más terrible del combate: "Olvidó completamente el amenazante destino. Se convirtió en un miembro más que en un hombre. Sintió que algo de lo que formaba parte —un regimiento, un ejército, una causa o un país— estaba en peligro. Se encontraba fundido a una responsabilidad común dominada por un solo deseo". Sus responsabilidades no bien especificadas al principio ahora se perfilan definitivamente. Surge la noción precisa de lo que en milicia se llama deber, y el soldado está ahora firme en su puesto, alejado del temor a la muerte y el peligro, repitiendo lo que ya antes ha pensado: "Tenía los férreos reglamentos de la tradición y de la ley rodeándolo por los cuatro costados".

Mensaje y enseñanza final de la novela

La novela de Crane es en su trama bastante simple. Su grandeza estriba fundamentalmente en la alucinante fantasía con que logra dar inmensidad al escenario de la guerra, el cual supera

enormemente la extensión real del campo de la Guerra Civil; y en la extensa capacidad de reacción psicológica del personaje central, el joven llamado Henry, con la cabeza y el corazón llenos de ideas y sentimientos heroicos. Ha meditado largamente en la historia. Lo seducen las grandes batallas históricas, el heroísmo clásico, a la manera griega. Ha asistido imaginariamente a grandes batallas y en medio del ardor de la Guerra Civil decide, un día de tantos, incorporarse al ejército. La madre, que revive en su actitud tranquila y práctica el escepticismo tenaz de la mujer de Job, acoge primero los propósitos del hijo con irónico desdén. "Haces más falta acá, para ordeñar la vaca pinta, le dice, que plantado en el campo de batalla". Pero frente a la decisión irreductible del hijo, tiene al fin una voz de conformidad: Hágase la voluntad del Señor. Henry ha esperado otra cosa. Por lo menos una explosión de patriotismo romántica y sentimental a la manera helénica: "Vuelve con el escudo o sobre el escudo". Por eso la actitud de la madre lo desilusiona, hierre profundamente su sentimiento heroico.

En las filas, la fantasía heroica del joven continúa ardiendo, y esto atrae burlas de los camaradas. Comienza el desconcierto de Henry, que ha creído más fácil la marcha en pos de la gloria y la condición de héroe, la búsqueda de por lo menos una herida gloriosa, que sea a manera de un reconocimiento, de una insignia roja dedicada al valor. La marcha penosa a través de un campo de batalla que parece dilatarse enormemente, más allá de la propia geografía de la patria, agrava su incipiente desconcierto. El deseo de pelear, de resolver cuanto antes el conflicto entre el miedo y el valor temerario y heroico, se acentúa cada día; la demoralización de la tropa fatigada por la inactividad, lo alcanza. El fenómeno psicológico de la deserción por inacción parece va a presentarse. Piensa en

la fuga, pero se siente atado por deberes y responsabilidades insuperables. Llega, al fin, el momento de la batalla, desastrosa para las filas en que combate Henry. Pero tras de la primera prueba, la primera sacudida, se comienza a sentir más tranquilo, más aplomado. El monstruo complejo del miedo no ha deshecho las líneas, y acaso hasta parece insinuarse una victoria. Pero repentinamente, en nuevos ataques la situación cambia. Las líneas son rotas en un punto dado por el enemigo, que se ha hecho más fuerte sobre él. Cada quien en el regimiento pelea como si estuviese decidiendo por sí mismo el destino de toda la guerra, pero el esfuerzo heroico es inútil. Henry cede al terror y escapa con la multitud, se pierde en el camino de la retaguardia, contempla escenas espantosas, cuadros desgarrantes de abandono y dolor y viene al fin a ser condecorado con la roja insignia del valor en la forma más extraña y poco deseable: otro soldado fugitivo lanza el fusil sobre su cabeza. El conflicto del personaje se hace entonces más intenso. El miedo lo empuja hacia la retaguardia. El deber lo obliga a regresar a la línea de combate en donde sus compañeros luchan aún. Su herida, sin embargo, le da el pretexto deseado para volver aparentemente honorable pero lleno de íntima vergüenza, hacia la retaguardia en donde los camaradas cariñosos lo protegen y lo curan. Pero el conflicto íntimo prosigue. Quiere seguir viendo el desarrollo de la guerra. Su curiosidad por los resultados de aquella sobrecogedora violencia es insaciable y luego retorna, como hipnotizado, al campo de batalla. Tras de una lucha bastante larga, aquello que parecía una pesadilla se desvanece de pronto. De la zona oscura de la guerra el joven Henry se ve transportado, de repente, entre una procesión de soldados cansados, hacia un paisaje de tréboles y de tranquilidad. La lucha por la conquista de la gloria, el honor y el título heroico ha terminado. En la larga

búsqueda, el joven no ha encontrado sino la realidad tremenda de la muerte. Contrapuesto al destino final de Hans Castorp, el sugestivo soldado de *La Montaña Mágica*, que es impulsado suavemente hacia el campo de la guerra, el destino de Henry lo empuja de nuevo hacia la paz, hacia la convicción de que soñar y pensar heroicamente, no es acaso, otra cosa que eso: soñar y pensar.

Este descenso violento de la esperanza a la frustración es una de las partes más memorables e imperecederas de la obra. El infortunado Henry "Sintió la hombría silenciosa del que no busca imponerse sobre los demás, sino que es fuerza y resistencia en la sangre. Sabía que sus guías ya no le infundirían temor, y que caminaría sin importarle a

dónde se dirigieran. Había estado cerca de la gran muerte, y había descubierto que, después de todo, sólo es la gran muerte. Era un hombre".

Triste final sin duda, y desoladora la manera de un joven para convertirse en hombre. Pero pese a esta decepción quemante, mientras sobreviva en el hombre la capacidad para soñar y en el joven la posibilidad de los grandes sueños heroicos, la búsqueda de los primeros momentos de inquietud del joven Henry, continuará por los siglos de los siglos. Y la novela de Crane seguirá siendo inspirada lección para los hombres de todos los pueblos y de todos los tiempos, empeñados en buscar el contenido final de la violencia y el noble sentido heroico, la razón suprema y final de la existencia humana.

Rolando Velázquez

Orígenes del Hombre en América

Por Jorge LARDE Y LARIN



JORGE LARDE Y LARIN

DIVERSAS HIPOTESIS. Para la ciencia todavía es un enigma impenetrable el apareamiento del *Homo sapiens* u hombre moderno sobre la faz del continente americano.

Este problema, sin embargo, ha obsesionado a los occidentales desde el siglo XVI y dado origen a las más disímiles y contradictorias hipótesis; y aunque ninguna de ellas convence plenamente, las principales pueden agruparse así: 1—*Tradicionalistas*, 2—*Autoctonistas* y 3—*Modernas*.

HIPOTESIS TRADICIONALISTAS. Se llaman así porque tienen su fundamento en la tradición bíblica contenida en el *Génesis*.

En 1537 el Papa *Paulo III*¹ calificó de verdaderos hombres, no de bestias, a los indígenas del nuevo Mundo, y por consiguiente

de personas susceptibles de ser convertidas del paganismo al cristianismo.

¹ PAULO III. Natural de Roma. Gobernó en el Vaticano de 1534 a 1549. Ocupó el 224 lugar en la sucesión papal.

Si tales aborígenes eran hombres, forzosamente tenían que descender de la pareja única: *Adán* y *Eva*, que Dios puso en el Paraíso terrenal según las tradiciones hebreas o judías.

Ahora bien: como la Biblia permite fijar el Edén en la Baja Mesopotamia, los primeros hombres debieron llegar a América por la ruta de más fácil acceso: el estrecho de Behring², tal vez entonces un istmo o bien un sólido puente de hielos.

Según tal hipótesis, los americanos serían la posteridad de las tribus perdidas de Israel; pero no siendo mencionados en las Sagradas Escrituras resultó imposible, a los expositores y partidarios del tradicionalismo, precisar si dichos aborígenes descendían de *Sem*, *Cam* o *Jafet*.

Otros tratadistas, por su parte, creen que fueron monjes budistas y no hebreos los primeros hombres que, con procedencia del Asia, pisaron el suelo de América en lejanas edades de la Prehistoria.

Estas hipótesis fundadas principalmente en el *monogenismo* u origen único de las especies, han caído en completa desgracia.

HIPOTESIS AUTOCTONISTAS. Sostienen que el hombre americano es originario del Nuevo Mundo y que esto confirma plenamente el *poligenismo* u origen múltiple de las especies.

Si América produjo su flora y su fauna propias, aducen los expositores del autoctonismo, debió producir igualmente su tipo de *Homo sapiens*.

En efecto: Europa es la cuna del hombre blanco, Asia del amarillo, Africa del negro y Oceanía del malayo, no obstante la proximidad y fácil comunicación entre esos cuatro continentes. América con mayor razón, separada de aquellos por tres grandes océanos, es cuna del hombre cobrizo.

Plantas y animales como maíz, frijol, papa, camote, yuca, cacao, hule, quina, papaya, *chompipe* o pavo común, llama, quetzal, etc., no eran conocidos por los habitantes del Antiguo Mundo.

En sentido inverso, plantas y animales como trigo, avena, arroz, centeno, cebada, piña, caña dulce, gallinas, buey, vaca, caballo, perro, oveja, etc., no eran conocidos por los habitantes del Nuevo Continente.

En abono del autoctonismo del hombre cobrizo se ha aducido el siguiente hecho: por lo menos América del Sur, con Sur Africa, Madagascar, India, Malaya e Islas de la Sonda (Indonesia), formó parte del *continente de Gondwana*, la cuna indudable de los primates superiores: gorila, chimpancé, gibón, orangután y entre los cuales biológicamente figura el hombre³.

A fines del siglo pasado, el paleontólogo *Florentino Ameghino*⁴ anunció al mundo científico la existencia del "Hombre de Monte Hermoso", cuyos res-

2 BEHRING, VITUS. Navegante dinamarqués que descubrió en 1728 el estrecho que lleva su nombre, el cual separa el Asia de América y une los océanos Pacífico y Glacial Ártico.

3 MONOS ANTROPOMORFOS O ANTROPOIDES. Monos sin cola y los más parecidos al hombre. *Gorila*: viene desde el río Congo hasta Nigeria y en la región volcánica del NE. del Congo; mide: 1.92 m. *Chimpancé*: vive en el África ecuatorial; mide: 1.50 m. y es el más inteligente de todos. *Orangután*: vive en Borneo y Sumatra; mide: 1.20. *Gibón*: vive en India y Malaya; mide: 1.00 m. y es el único antropoide que anda en posición vertical, pero el menos parecido al hombre.

4 AMEGHINO, FLORENTINO. (1854-1911). Sabio argentino, autor de notables trabajos sobre Paleontología.

tos fósiles había hallado en los lodos miocenos de las pampas. Un fémur y la última vértebra cervical sirvieron al sabio para formular la teoría del *Tetraprotohomio argentinus*, de 1.10 m. de altura, erecto, en plena evolución hacia el hombre y anterior al *Pithecanthropus erectus* encontrado en terrenos pliocenos de la aldea de Trinil (Java, Indonesia) por el médico francés Dubois, en 1891. Hoy, en día, la teoría de Ameghino está en descrédito científico.

El sabio salvadoreño Jorge Lardé⁵ se pronuncia por el autoctonismo de la raza americana. “La raza americana —dice— no ha existido en la época precolombina más que en América y, por lo tanto, sus caracteres distintivos han sido adquiridos aquí, en América; de modo que aunque los antepasados antropomorfos humanos de los que proviene la raza americana hayan venido tal vez de otras partes, la raza se formó aquí, y es autóctona”⁶.

HIPOTESIS MODERNAS. En la actualidad se enseña que hace unos 20.000 años, o quizás menos, los antecesores de los aborígenes de América atravesaron el estrecho de Behring, de Siberia a Alaska, ya sea aprovechando un istmo hoy en parte sumergido o bien un puente de hielo intercontinental.

Estos emigrantes —contemporáneos del mamut y de otras especies zoológicas hace siglos extinguidas—, avanzaron hacia el sur por la ruta del Océano Pacífico, internándose en el corazón de la tierra hemisférica a través de hermosos valles, ríos y desfiladeros.

Tales hordas nómadas pertenecían a la raza de los *turanios* o *mongoloides*, que aún en la actualidad ocupan la mayor parte del mundo habitado por el hombre: chinos, mongoles, manchúes, japoneses, malayos, esquimales, hunos, turcos, magiars (húngaros), finlandeses y amerindas⁷ o indios americanos.

Estos turanios emigrantes al pasar del Asia a la América lo hicieron provistos únicamente de útiles prehistóricos (armas de piedra y calota craneana) y su mentalidad era la que caracterizó en el Viejo Mundo a la gente del paleolítico.

Ahora bien: si el hombre primitivo de América tuvo el mismo origen que el primitivo del Antiguo Continente, la separación de éstos, según la hipótesis del profesor Jorge Lardé, debió verificarse ciertamente en los tiempos prehistóricos, “antes” de que los amerindas conocieran y cultivaran el maíz y la papa y domesticaran el pavo común y la llama; “antes” de que los habitantes euroasiáticos y africanos cultivaran el trigo y el arroz y domesticaran bueyes, ovejas y caballos. De lo contrario, los cultivos y animales domesticados, inseparables de los pueblos una vez conocidos, se hubieran intercambiado entre ambos mundos: las relaciones entre los pueblos asiáticos y americanos quedaron pues, interrumpidas, desde los más remotos tiempos de la prehistoria.

Ahora bien: indudables similitudes somáticas entre asiáticos y amerindas,

5 LARDE, JORGE (1891-1928). Sabio salvadoreño especializado en Ciencias Naturales y principalmente en Sismología. Su tumba fue declarada en 1948 Monumento de la República.

6 “La Población de El Salvador: su origen y distribución geográfica” (1921). Estudio incluido en la obra “La Población Salvadoreña”, por el Ing. Pedro S. Fonseca.

7 AMERINDA. Término inventado en el siglo pasado para diferenciar a los indios americanos de los nativos de la India. Proviene de América e India.

tales como cabellos estirados como cerda, poco pelo en el resto del cuerpo, barba y bigote ralos y escasos, caras redondas, nariz achatada, ojos oblicuos e inclinados hacia los lados, pómulos salientes, etc. y sobre todo el hecho biológico de que sólo en los niños de este grupo racial aparece “el parche o mancha mongólica”, se han invocado como pruebas de que los indios americanos provienen, en cierto modo, del ancestral tronco étnico de los turanios.

Más recientemente, el sabio francés *Paul Rivet*⁸ ha explanado la hipótesis de que no sólo mongoloides o turanios asiáticos llegaron al Nuevo Mundo por la ruta del Behring, sino que también arribaron a este hemisferio, concretamente a Sudamérica, errabundos malayos arrastrados en piraguas por las corrientes marinas del Gran Océano.

Las relaciones idiomáticas y artísticas entre malayos y sudamericanos de la vertiente pacífica, se invocan en pro de esta hipótesis.

Finalmente, no han faltado quienes suponen que pueblos africanos llegaron en canoas de las costas de Guinea y cabo de la Buena Esperanza a las costas de las Guayanas y el Brasil. Uno de los más brillantes expositores de esta hipótesis es el sabio salvadoreño doctor *Santiago I. Barberena*⁹, quien consideraba a los mayas como originarios del Africa.



⁸ RIVET, PAUL. Sabio antropólogo francés fundador del “Museo del Hombre” en París. América le debe importantes trabajos científicos.

⁹ BARBERENA, SANTIAGO IGNACIO (1851-1916). Sabio salvadoreño de gran nombradía, considerado como el primer enciclopedista de Centro América. Escribió notables obras.

Ascensión al Volcán de Izalco

Por Jorge LARDE

Al descender por la rápida pendiente que limita hacia el sur la meseta de Las Brumas, se encuentra con el *teshcal*, o sea con lava del volcán de Izalco, al pie boreal de éste.

Ese punto, por el cual abordamos al Izalco, se encuentra a 144 m. más abajo que la casa de Las Brumas y a 1.677 m. sobre el nivel del mar, según mis propias medidas. El doctor Barberena afirma que ese punto está a 1.574 m. sobre el mar y los geólogos franceses le asignan 1.541 m.

Para empezar el ascenso sobre el cono es preciso atravesar cerca de 150 ó 200 m. de lavas oscuras, basálticas, escorificadas por encima, angulosas, fuertemente fracturadas en grandes y pequeños compartimientos, con cristales feldespáticos, puntos irisados que parecen micas o peridot ferruginoso, con un poco de óxido magnético en algunos bloques, que por su acción sobre la brújula se ve que están polarizados. Esas lavas no son el producto de una

sola erupción, como se ha dicho varias veces, sino una inextricable mezcla de numerosas coladas.

Tanto desde Las Brumas, como del lugar en que estamos, lo que más llama la atención en el Volcán de Izalco es un inmenso cráter que tiene casi en su cima y que está de tal modo que parece ser (aunque no es) *el cráter central del volcán*, el de la propia cima: es el que llamaré *cráter boreal de la cima* o *cráter de 1912*, por haberse formado en este año.

Abajo de ese cráter se ve uno menor y en la misma línea, al pie del volcán, en medio de la lava, se ven cuatro o cinco depresiones que en otro tiempo (1902) fueron centros de explosiones volcánicas. Esa línea de cráteres sigue una dirección N. o NNE.

Para distinguir esos cráteres llamaré al grande de la cima "cráter de 1912", pues se formó ese año, o "cráter boreal de la cima"; al siguiente "cráter boreal de flanco" y a los de la lava "cen-

tros eruptivos de la base boreal'. De estos últimos, hacia arriba (S), se encuentra un saliente de rocas masivas, en donde en otro tiempo existió una fumarola, que ya no existe.

Siguiendo en línea casi recta hasta el "cráter de 1912" se encuentran varios puntos en que salen rocas inmuebles, en donde podíamos reposar un poco, pues casi todo el cono del volcán está formado de bloques de lava de un tamaño medio entre el de una naranja y un coco, con cantos afilados de fractura concoide, en pendiente de 32°, 37° y hasta 40°, por lo que ruedan con mucha facilidad a los abismos, golpeándonos con frecuencia y arrastrándonos a veces con gran peligro de nuestra integridad física y aun de la vida. Para disminuir esos peligros seguimos el reborde en que están los cráteres boreales, por los salientes de rocas masivas inmuebles que presenta, porque allí la pendiente del volcán es menor que en el reborde que presenta en el resto de sus faldas.

La primera fumarola a que llegamos se encuentra a 1.738 m. sobre el nivel del mar, a poco menos de un tercio de la base boreal a la base de la cima. Está formada de vapores blanquecinos; no dan reacción ácida ni básica notables, el vidrio de la brújula se cubre de gotitas de agua y el acetato de plomo no se altera.

La vida empezaba a manifestarse en ella: una muy pobre vegetación criptogámica, formada de pequeños helechos y musgos, comienza a conquistar las rocas, viviendo gracias al vapor de agua de las fumarolas.

Un poco más arriba encontramos los representantes de la fauna del Izalco: artrópodos únicamente, representados por unas arañas, con grandes telas, un coleóptero verde y algunos mosquitos arrastrados por el viento a esos lugares desiertos.

En la cima del volcán

Más arriba llegamos al borde boreal

del "gran cráter de 1912", que hasta ese momento habíamos tomado como el cráter central del volcán; pero más arriba vimos a éste separado del de 1912 únicamente por el reborde en que estábamos. Este borde austral del "cráter de 1912" o boreal del "cráter del centro", es una pared de separación entre ellos, de pocos metros de espesor, pero de mayor consistencia que el filo por el que habíamos pasado, pues ya las cenizas han consolidado las materias muebles. El punto más elevado de esa pared está a 1.861 m. sobre el nivel del mar.

El cráter central de la cima tiene una forma casi circular, ligeramente alargada de NE. a SW. Su borde presenta varios puntos eminentes, entre ellos los siguientes: el realzamiento N° 1, o sea el más elevado de todos, el punto más elevado del volcán, situado en el reborde occidental del cráter central y a 1.869 m. sobre el nivel del mar; el realzamiento N° 2, que es el punto más elevado de la pared boreal del cráter, al N. 42° E. y a 40 m. del pico N° 1 y, como se dijo, a 1.861 m. sobre dicho nivel; el pico N° 3, situado en el borde oriental del cráter, al S. 83° E., a 90 m. del pico N° 1 y a 1.857 m. sobre el nivel del mar; y el pico N° 4 en el borde austral del cráter, al S. 43° E., a 80 m. del pico N° 1 y a 1.854 m. sobre dicho nivel.

El fondo del cráter central está a 1.845 m. sobre el nivel del mar y presenta tres puntos orientados de NE. a SW. que parecen haber sido centros de erupciones en otros tiempos, pues actualmente están absolutamente inactivos y más o menos recubiertos por los productos arrancados por las aguas fluviales de las paredes cratéricas.

Ni en el fondo del cráter central ni en la parte interior de sus paredes existen fumarolas, pero en la cara externa de ellas el número de fumarolas es grande, especialmente en sus flancos oriental y austral y en una ligera meseta situada entre los cráteres izalque-

ño y armeniano; pero esas fumarolas no son muy calientes, pues se soporta muy bien colocar la mano para recibir sus productos. En la pared que separa el cráter boreal de la cima y el cráter central, también existen algunas fumarolas.

Hacia el S. 21° W del pico N° 1 y a 75 m. de distancia, se encuentra el cráter izalqueño, a 1.833 m. sobre el nivel del mar; y hacia el S. 78° W., a 90 m. del mismo pico, está el cráter nahuizalqueño, a 1.825 m. sobre dicho nivel. El cráter izalqueño es una ligera depresión irregular formado de lava basáltica muy porosa; de él salen por las grietas unas nubecillas blanquecinas, inodoras, que dejan gotitas de agua sobre el vidrio de la brújula; de ese cráter parte hacia abajo un resaltamiento de lavas en gran parte fragmentarias y que presenta algunos puntos en que parecen haber sido centros de explosiones volcánicas. El cráter nahuizalqueño es del todo semejante, y de él parte igualmente un resaltamiento hasta el pie del cono.

Hacia el E. del cráter central y más bajo que él, se encuentra a 1.828 m. sobre el nivel del mar el cráter oriental de la cima o cráter armeniano, semejante a los que acabo de describir, aunque un poco mayor, de forma elíptica alargada de N. a S. y que presenta dos depresiones focales, que parecen corresponder a dos centros explosivos. De ese cráter parte hacia la base un resaltamiento de lavas y productos piroclásticos, que desciende hasta la propia base, en donde existen los cráteres orientales de la base, entre ellos, el nuevo cono (cráter de 1920).

Es interesante observar que por los cuatro realzamientos que presenta en los flancos de su cono, siguiendo sus generatrices, los productos eruptivos han buscado casi exclusivamente su salida por varios puntos de ellos; es decir, *esos cuatro realzamientos constituyen las líneas de menor resistencia del volcán* y en vano he buscado crá-

teres o fisuras de emisión de lava fuera de esas cuatro líneas.

También es interesante observar que, aunque se encuentran coladas desde los cráteres coronales de la cima, la lava en esa forma es poco abundante hacia arriba, sucediendo abajo lo contrario, siendo notable que hacia arriba predominan los centros explosivos y hacia abajo los emisivos. En la erupción de 1912 se vio que el cráter boreal de la cima sólo arrojaba productos fragmentarios, mientras que abajo se abrieron las fisuras por las que salió la correntada de lava. Lo mismo observé en la erupción de 1920 (cráter nuevo) e igual cosa observé en el volcán de San Salvador en 1917.

Más observaciones

Debo agregar que en las cercanías del cráter de 1912 (el boreal de la cima), encontré fragmentos de cantos rodados y uno entero, iguales a los que constituyen el conglomerado porfídico antes citado, lo que pone de manifiesto que con esa erupción (1912) fue ensanchada la chimenea que atraviesa a esos conglomerados.

Hay otra cosa interesante que notar, y es que ni en las cercanías del cono, ni en el cono mismo, no he podido encontrar ninguna bomba, es decir, ninguna materia que hubiera sido lanzada en estado pastoso y después solidificada. En el volcán de San Salvador pude observar que de los cráteres boreales de la cima (Boqueroncitos de Pinar), salieron bombas más o menos fusiformes unas, otras en forma de raíces, con una corteza agrietada, y otras en forma de excremento de ganado vacuno (además de los fragmentos de piedra solidificados y triturados antes de ser lanzados); pero en el Izalco no he podido encontrar ninguna de esas clases de bombas.

Respecto a la composición de las rocas eruptivas del Izalco —las cuales todas son básicas— no puedo menos que remitir al lector a lo dicho por

los geólogos franceses Dollfus y de Mont-Serrat (*Voyage géologique dans les Républiques de Guatemala et du Salvador*), pues la descripción de ellos corresponde perfectamente a las rocas que allí hay, y no me encuentro capacitado para hacer un estudio detenido de ellas.

Y en cuanto a los detalles topográficos, debo agregar una observación: que la descripción que hicieron esos geólogos de la cima del volcán no corresponde del todo al estado en que hoy se encuentra, lo que indica que ha sufrido importantes cambios desde 1866 en que ellos pasaron, hasta nuestros días, de tal modo que ya no sólo hay más cráteres que los que ellos observaron, sino que los dos pequeños cráteres que indicaron a los lados del cráter central, situados los tres en una línea dirigida de E. 35° N. a W. 35° S., sólo con un poco de atrevimiento se pueden identificar con los cráteres armeniano e izalqueño, siendo de notarse, no obstante, que el cráter central ha sufrido poca alteración, pues la posición de los picos o realzamientos del borde, es semejante a la que ellos indican, y es probable que esa semejanza sería completa si la destrucción o modificación profunda de los pequeños cráteres no se hubiera operado. Otra diferencia entre el estado del volcán en 1866 y el de ahora, es que antes, en el fondo del cráter del centro, había una chimenea

completamente abierta y ahora esa chimenea está completamente cerrada y ni siquiera hay fumarolas en el interior de ese cráter y sólo se ven tres cicatrices de centros eruptivos, formados posteriormente a 1866, que por un momento estuve tentado a considerarlas como restos de los tres cráteres descritos por dichos geólogos.

A nuestro regreso nos detuvimos a observar una grieta orientada de E. a W. y situada cerca y al N. del cráter boreal de la cima, grieta que en parte tenía siete centímetros de ancho con una dislocación de los labios, indicando un ligero hundimiento del labio boreal, porción boreal que con ese movimiento tiende a tomar una posición menos inclinada. El caso es semejante al movimiento verificado alrededor del cráter de 1920, lo que tal vez indique un principio o preparación para una nueva erupción por el flanco boreal.

Cuando llegamos a la ciudad de Izalco, fui a casa de las señoritas Barrientos, propietarias de la hacienda de "Las Lajas", cuyos títulos de propiedad tenía necesidad de conocer para resolver un problema histórico referente al Izalco; y debo aquí manifestar a ellas mis agradecimientos por haberme mostrado dichos títulos y haberme dado datos acerca de la actividad del Izalco en los últimos tiempos.

(Tomado de "Obras Completas" del mismo autor).



En el Centenario de un Nefelibata Criollo:

JOAQUIN V. GONZALEZ

Por César TIEMPO

Las fechas no son meros accidentes en la historia de los hombres. El flujo y reflujo de la humanidad obedece a un orden pitagórico y los números no sólo son sus fuerzas constitutivas sino las razones de su acontecer. De haber llegado antes al mundo Joaquín V. González pudo haber integrado la galería de santos de Jacobo de la Vorágine, pudo haberse codeado con los conductores de Macaulay, con los hombres representativos de Emerson. Pero no hubiera sido Joaquín V. González, el misionero y el humanista de su generosa capacidad germinativa, el maestro, el civilizador, el poeta y el profeta criollo cuyo monte Nebo fue su Famatina natal. Para cumplir una misión intransferible surgió González en el momento oportuno sobre el paisaje de su provincia, esa Rioja, al decir de Lugones, lenta y dulce como el andar del tiempo en los parrales añosos.

Joaquín Víctor González nació en Nonogasta, un pueblo soñoliento del



CESAR TIEMPO

departamento de Chilecito, en la provincia argentina de La Rioja, en 1863. La Rioja es el lugar de la tierra que más se parece a la Palestina bíblica, con su vegetación espinosa, áspera y ascética, las breas de brazos retorcidos,

los candelabros verdes de los cactus gigantes, los cardones apeñuscados cubiertos de flores maravillosas, sicomoros y dátiles, casas de adobe, un cielo re-matadamente azul y un silencio que, como todos los silencios, no hace ruido, pero que en La Rioja hace menos ruido que en ninguna otra parte. Por el mar amarillo de sus jarillales, entre algarrobos y quebrachos había pasado pocos años atrás el vendaval sangriento de las montoneras, las hordas de Juan Facundo y el Chacho Peñaloza.

González descendía de familias de larguísimo arraigo en la provincia. Uno de sus bisabuelos fue el coronel Nicolás Dávila, nervio del municipio riojano cuando el cabildo regía la ciudad y sus lejanos términos, guerrero, estadista y mártir cuando la barbarie levantó lanzas y sables para devastar y ahogar en embrión, sin lograrlo, la obra de la independencia. Joaquín González alcanzó a conocerlo, erguido aún en la lúcida plenitud de sus cien años, celoso de su estirpe y su familia, sentencioso y disertó. El niño aprendió a leer en su casa de El Huaco, a cielo descubierto como aprenden a volar y cantar las calandrias, ebrias de azul y de libertad. Una hermana mayor le enseñó las primeras letras. Un maestro rural completó sus conocimientos elementales. El mismo González nos referirá su temprana pasión por el libro. Cuando llegaron a sus manos la historia argentina, la geografía y la gramática, se contaba dichoso, desbordante de alegría y de amor propio halagado. Devoraba literalmente los textos todas las tardes sobre la tapia de la viña, recorriéndola de punta a cabo; y era raro el caso de que hubiera ido y vuelto las tres cuadras sin tener bien sabido de memoria el párrafo más estirado. Ese era su gabinete de estudio y la hora del crepúsculo. En todo lo largo de la pared de tierra apisonada, seguía por entre una avenida de rosales que derramaban sus flores en su camino, estimulando su imaginación y su inteligencia

con ese aroma suave de las rosas comunes que servían de ropaje a la tapia. Allí meditó más de una vez sobre el misterio de la naturaleza. ¿Quién da cuerda a los pájaros? ¿Quién perfuma las rosas y las arma de espinas? En medio de la tibia embriaguez del jardín González dialogaba con sus rosas, esas rosas selladas por el dolor, quemadas por las fiebres más extrañas, esas rosas con blefaritis que más tarde, muy lejos de allí, cantaría Rilke, otro enamorado de su gracia y de su pura contradicción, de la voluptuosidad de no ser el sueño de nadie bajo tantos párpados. Los libros y el jardín constituían la mayor felicidad del rapaz. Pero no todos los libros. "Siento no poder contar iguales proezas de la aritmética, confesaba: toda mi vida fue ella el nudo de donde no pasé, y la causa de las sombras que cayeron muchas veces sobre mi reputación de estudiante. Así hay organizaciones refractarias al número, y la mía es de esas, no lo puedo negar; en cambio mi espíritu vuela cuando sale de esas marañas de fórmulas y de signos, hechos para que unos sumen y multipliquen, y otros resten y dividan. Así es la ley humana del trabajo, de la acumulación y de la herencia. Tal vez fue providencial, agregaba, mi aversión a las cuatro reglas originarias de las ciencias exactas, porque nunca tuve en qué aplicarlas, y cuando he podido mostrar mis conocimientos matemáticos, no hallé elementos ni para la operación más simple. ¡Bendito sea Dios que no me puso esa afición de sumar y multiplicar, porque me ha librado en este mundo de impulsiones irresistibles que tantas felicidades procuran a los mortales!"

De sus montañas natales bajó a Córdoba para cursar sus estudios secundarios en el histórico colegio de Monserrat. En la capital de la provincia constelada de cúpulas pinceladas de azul, donde la vida del espíritu encuentra cauce propicio en la serenidad de un ambiente casi colonial y en la

bondad de sus gentes, Joaquín V. González completó su formación intelectual y sintió madurar su vocación de poeta. Lector precoz, durante las felices vacaciones en la finca de los abuelos, el chiquillo había hecho largas inmersiones en las fuentes de la literatura clásica española, en la abundante biblioteca del género, dejada allí por un estudioso de la familia. Antes de cumplir los once años tenía bien leídos a Calderón, Lope, Moreto, Moratín, Hartzensbusch, Zorrilla, sobre todo éste que le tenía sorbido el seso con la música peliblandida de sus *Cantos del Trovador* y su *Poema de Granada*. También por ese entonces descubrió en otro anaquel un ejemplar de *El genio del Cristianismo* que solía leerle a la madre durante los ocasos de oro del Famatina. Lo que no se atrevió a leer nunca en voz alta fue "María", la romántica novela de Jorge Isaacs que hacía estragos en las juventudes de América. Otros tiempos, otros pudores. Pero esa es otra historia. Joaquín está ahora en Córdoba, lleno de bríos y con más sueños que nunca.

El prefecto de estudios del Colegio de Monserrat, luego profesor y rector del mismo, era don Javier Lezcano Colodrero, un maestro amable, pulcro, juicioso, exponente de ese tipo de educación, tan propio e inconfundible de la noble y venerable ciudad universitaria, en cuyas calles modernas y en cuyos salones novísimos, del abolengo o de la cultura, parece circular un cierto perfume ancestral, como si allí se concentrase toda esa unción de antigüedad desaparecida o desconocida de las otras ciudades de la República. Don Javier Lezcano Colodrero sorprendió cierta mañana al joven rojiano escandiendo versos a escondidas y en lugar de poner el grito en el cielo, se hizo su cómplice. Le confesó que él también escribía, estimuló la vocación literaria del muchacho, lo trató como a un par, le prestó libros, le dio normas, lo puso en contacto con esas verdades que salen de la inteligencia calentadas por

el corazón, verdades que dejarán una huella imborrable en el hombre público de mañana que, según propia confesión, al contrario de muchos de sus colegas que hacían de la literatura escala para llegar a la política, pudo hacer de la política escala para subir hasta la literatura. Más tarde, hombre hecho y derecho, será González quien estimule la inclinación de Lezcano, le abra las puertas de los grandes diarios de la capital, le obtenga editor para sus ensayos.

Terminado el bachillerato ingresa a la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales de Córdoba. E inicia su carrera docente en la Escuela Normal de Maestras de la misma ciudad donde desempeña cátedras de historia, geografía y francés. Se había hecho de una sólida cultura humanista, dominaba a fondo cuatro o cinco idiomas, podía escribir en inglés e italiano y hablar en latín con la misma soltura que su propia lengua. Dante y Shakespeare fueron sus ídolos y Quintiliano su mentor. Este le enseñó ante todo que es el corazón el que hace a los elocuentes. Y, además, a ser hombre de juicio, sin cálculos y sin taimada prudencia. Ser juicioso es saber comparar y juzgar; ser dueño de un entendimiento que opera con un natural sentido examinante; que discierne y valora. Quintiliano, abogado y retórico, preparaba sus defensas con un rigor lógico inflexible. Sabía lo que iba a decir, cómo lo diría y por qué. Huyó siempre de la elocuencia baldía y estigmatizó a la oratoria que brilla sin convencer. No improvisó nunca. Joaquín V. González inscribe su vocación en esa pauta. El carácter de su elocuencia modela su destino. El hombre que no sabe hablar no sabe ser libre. Y González lo fue siempre. El también nos enseñará, como el maestro de Calahorra, que toda empresa humana es superable si hay voluntad sincera de superarla; que la virtud está a nuestro alcance, porque la naturaleza nos ha construido para la virtud; que el es-

tudio no ha de recluirse en estéril soledad, sino derramar sus tesoros en la media calle; que la majestad del arte oral lleva su compensación en sí misma.

González creyó siempre en el valor parenético de la palabra. Un niño mudo es un ser sin paisaje. No fue amigo de la verbosidad; tampoco creyó en los que llegan a la función pública sin un bagaje sólido de sentimientos y de conocimientos, si bien en una época en que había que recurrir a los mejores para confiarles las tareas de mayor responsabilidad, sus comprovincianos lo enviaron a la Cámara de Diputados de la Nación cuando tenía apenas 23 años. Y cuatro más tarde era Gobernador de su provincia. De haber necesitado defenderse pudo decir que el vino que mejor resiste nunca salió maduro de los lagares. Todo se andará. Hablando o escribiendo, que es una manera de hablar corrigiéndose para evitar que lo corrijan los demás. Uno de los más altos poetas de este país, que tantos puntos de contacto tuvo con nuestro compatriota, nos dirá que el silencio es el tesoro de los humildes. Pero estar callado no es ser un afásico. El silencio nos reintegra a nosotros mismos; la palabra nos devuelve a los demás. Nos restituye el paisaje, nos inclina sobre los vastos enigmas o sobre las aguas que pasan sin llevarse nuestra imagen, temblorosa e inmóvil.

Joaquín V. González, a quien es imposible despojar de cierto optimismo socrático, afirmaba que los malos no saben hablar. Por supuesto que Caín no fue un elocuente. Pero los caínes que le sucedieron a lo largo de la historia, supieron utilizar la elocuencia, esa música aviesa con que los Orfeos de todos los tiempos pretenden conducir y subyugar a las masas. Claro está que la palabra puesta al servicio de la ambición y de la iniquidad no es digna de un maestro que cree en la elocuencia suprema de los sentimientos.

Porque González, que ocupó los más

altos cargos a que puede aspirar un ciudadano en su país, menos el de Presidente de la República, fue ante todo y sobre todo un poeta.

—*Los tiempos no están para músicas, doctor*, le dijo en cierta ocasión Cayetano Ganghi, un agente electoral rotundamente analfabeto, ducho en socaliñas, traficante de libretas de enrolamiento y de votos, que trataba de convencerlo que visitara el comité del partido y transara con ciertas exigencias de la estrategia política. Déjese de perder el tiempo con esos libracos...!

A lo que don Joaquín, conociendo los alcances del truhán, se limitó a contestarle sin perder los estribos:

—¿Quiere decirme qué hora es, señor Ganghi?

—*Sírvase a su gusto, doctor*, le respondió el visitante acercándole el pingüe reloj de cadena.

—Cuando aprenda a leer por lo menos la hora en el reloj, vuelva a verme. Hablaremos del tiempo y de sus músicas...

Y le abrió la puerta que daba a la calle.

Joaquín V. González fue ante todo y sobre todo un poeta. La poesía es la religión inconfesada de todas las almas, decía. Se inició formalmente en su culto, a los 18 años, con el libro *Armonías Silvestres*, al que siguieron *Oscar, canto del invierno*, *El genio*, a la muerte de Andrade, *Rimas*, *La visión de la montaña* y *Canto a la Rioja y Catamarca*, todos publicados en Córdoba.

—¿Por qué pierde el tiempo haciendo versos?, le preguntó un compañero de estudios que llegó a ser jefe de policía e intervino en represiones sonadas contra manifestantes obreros.

González callaba y sonreía. Los poetas, mal que nos pese, desempeñan alguna función en este pícaro mundo. Y la permanencia, la perennidad de la poesía, deriva del hecho de ser una necesidad vital del lenguaje. Sin los poetas todavía estaríamos comunicándonos con la digitolalia de los sordo-

mudos. Por otra parte, sentir es una prueba mayor de vitalidad que comprender. Homero, cantor sin modestia, decía que los dioses disponen de los destinos y deciden el triunfo o la caída de los hombres con el fin de que las generaciones futuras puedan componer poemas o himnos. Un gran país como Alemania, por ejemplo, no se perpetuará en la memoria de los hombres por los muñecos de Nüremberg, ni por la mostaza de Düsseldorf, ni por la cerveza de Múnich, ni por las ferias de Leipzig, ni por los profesores de Bonn, ni por las fábricas de acero de Essen, ni por la febril vida nocturna de sus puertos, sino por la inmortal llama lírica de unos señores que se llamaron Goethe, Heine, Schiller, Stefan George o Hugo Von Hoffmannsthal que llevaban un contrabando de claras y fulgurantes melodías en la cabeza y cuyos mensajes cruzaron airosa y luminosamente todas las fronteras del mundo. La poesía es un país de eterna juventud. Y es natural que la frecuenten individuos de todas las extracciones, que han enriquecido un planeta en el que la gente muere por pasiones que no siente y por seres que no ama. La memoria de los sentimientos siempre tendrá más fuerza que la memoria de los hechos. Y si bien es cierto, como decía el oblicuo visitante de don Joaquín, que los tiempos no están para músicas, los poetas siguen cantando a despecho del señor Quenocomprendenada, como aquel personaje del holandés Multatuli que se preguntaba insidiosamente si su matrimonio sería menos feliz que el de los insensatos que se vuelven tísicos o calvos por el amor, o si estaría su hogar mejor ordenado si antes hubiera dicho en verso a su prometida que aspiraba a casarse con ella. Chaplin dijo alguna vez que había intentado leer a Shelley y a Keats y que no había podido continuar. "Puedo apreciar la poesía que existe paseándome en coche, pero cantar odas a los pájaros me parece presunción", concluía. Lo que el cómi-

co genial no terminaba de comprender era que él mismo es una creación poética y sintiendo el mundo como lo siente, nunca dejó de ser un poeta. No le exigiremos poemas mejores o peores que los de Shelley o Keats para reconocerlo. Su verbo está compuesto de imágenes, de silenciosas imágenes. Y una imagen, como dicen los chinos, vale por diez mil palabras. Por otra parte no son poetas solamente los que escanden versos terminados en punta como los buenos cuchillos. Un pastor iletrado que cuida su rebaño, un hombre que persigue a través del telescopio el tránsito de una estrella fugaz, un contador que siente la armonía recóndita de los números, un estadista que realiza fervorosamente una obra de bien público, un ingeniero que alza la maravilla de un puente sobre las aguas insomnes de un río, un inventor, un ser pasible aunque no amase ese lodo lento, oscuro y genesiaco que se llama poesía, también son poetas. La poesía es un estado en el cual se está aunque no se quiera ni se pueda estar.

Joaquín V. González fue un alto poeta que dejó de escribir versos en plena adolescencia. Y sin embargo toda su obra es un río de limpia poesía, no uno de esos ríos montañeses que corren rompiéndose entre las piedras, sino un caudal manantío de incesante fluir y fecundar, trascendido de lirismo y de lecciones de supremo desprendimiento. Consubstanciado con su tierra elogió la serenidad y la belleza del lugar nativo y retomó la dirección de su canto, un canto sin música y sin retórica, tallado en la piedra solariega, persuadido de que no morimos del todo mientras nos defiende la vida de los demás. La naturaleza dejó de ser para él un mundo ideal para revelarse en sus límites reales, capaz de florecer y frutecer. Fue un poeta que quiso conocer lo que cantaba, uno de los pocos que por el camino del conocimiento pudo llegar a la gracia. La poesía es la armonía de la historia, afirmó el mismo

González. Y las tradiciones populares son las flores silvestres con que los pueblos adornan a esa reina de las artes. Un pueblo sin poesía es un cuerpo sin alma, subrayó.

El poeta pertenecía a la raza de los grandes profetas de la nacionalidad (no existe poesía sin profecía, y viceversa), y sólo así pudo decir hace más de cincuenta años que “nuestro pueblo se halla trabajado por gravísimos males, por peligrosos enemigos interiores, que lo arrastran sin apercibirse, hacia objetivos contrarios a su bienestar, a su seguridad y al destino que le marcaron los autores de su independencia y de sus libres instituciones escritas”. Y esos gravísimos males y enemigos peligrosos que nos amenazaban (y nos siguen amenazando) o que nos afectan, los percibió González en el desarrollo alarmante y en la persistencia de los odios ancestrales y de los odios domésticos; en que nadie combate por “la salud de la patria” sino por el exterminio del adversario; en que la propaganda que da más éxito, es la que está inspirada en la ferocidad con que se adoptan todos los medios para ejercitar la afrenta, la calumnia y la injuria más extremas; y en que, cualquier obra individual suscita la contradicción envenenada contra su autor y el deseo de anular aquélla en vez de mejorarla. He aquí señalada por González, una de las causas esenciales de la perturbación humana actual, contra la que él ha luchado con su voluntad de redentor y su fe luminosa de profeta. Y lo que prueba su ejemplo, es que el único medio eficaz de superar esta crisis del espíritu humano —que no es sólo nacional— consiste en que los obreros del saber se hagan capaces, como él, de encarnar el genio de la voluntad, transformándose así, en apóstoles y realizadores de esta inconcusa verdad, enunciada por el maestro cuya memoria hoy celebramos: “La ciencia sin alma es un instrumento en manos de un autómata; la ciencia animada de un ideal

es la verdadera expresión del Verbo Supremo”. Pero retomemos el rumbo.

El joven poeta que estudia derecho en la vieja casa de Trejo y Sanabria, pronuncia el 11 de octubre de 1882 —tiene poco más de 19 años—, en la Sociedad Tipográfica de Córdoba, una conferencia sobre *La Revolución* que, en realidad debió llamarse “sobre las Revoluciones”, conferencia que servirá de base para la tesis que escribirá tres años más tarde, en tres meses, para optar al grado de doctor en jurisprudencia. Este trabajo, que consta de once capítulos, densos de doctrina y de pensamiento, puede leerse aun hoy con provecho. Es una obra que revela la enorme ilustración del joven estudioso, su madurez de pensamiento y la prosa viva y expresiva que González supo modular sabiamente sin confundir el color con la luz, huyendo por igual de las reverberaciones trémulas y los cromatismos chillones, mientras el adjetivo preciso afirma su fuerza con esa infalible seguridad con que el diapason da el la natural. José Enrique Rodó, maestro de estilistas, escribió su admiración en la “Revista Nacional”, de Montevideo. Un profesor de la Universidad de Madrid dicta un curso tomando como base el estudio de González y al escribirle para darle cuenta del éxito logrado lo llama “mi venerado maestro”, lejos de sospechar la extrema juventud del riojano cuyo temprano madurar no participa del milagro de Rimbaud o de Hoffmansthal, nacidos a la perfección en la adolescencia, sino que tiene esa plenitud ordenada y armoniosa de Renán, otro de sus guías, quien a los 24 años pudo publicar su admirable *Historia Comparada de las Lenguas Semíticas* y dar aquella memorable lección sobre la Providencia en la Cátedra de Filosofía que conmovió a todo París intelectual.

“Como pocos trabajos finales de la carrera jurídica, *La Revolución*, de Joaquín V. González, afirma el historiador Ricardo Levene, es la demostra-

ción de que aparecía un talento original para la ciencia y un carácter abierto para la patria. Ese libro es revelador de cualidades que asomaron en su edad juvenil y se desplegaron después en la extensión de su luminosa vida". La paz interna, he ahí el anhelo nacional por excelencia, proclama González en 1885, y mientras ella no se consiga, nuestras leyes serán tan volubles, inciertas y débiles como las oleadas de anarquía que nos amenazan. Los pueblos jóvenes como el nuestro, dice sagazmente, padecen de la efervescencia de sus sentimientos; como en todo despertar del espíritu, quieren ahogarse en su propia libertad y forjan revoluciones sin número que les van llevando a una decadencia inevitable, especie de fiebre de soberanía que como todas las fiebres agudizadas casi siempre produce la pérdida del conocimiento...

La revolución se funda en algo más grande que las pasiones de un círculo y las ambiciones de una casta, escribía González hace ochenta años; ella es un crimen enorme cuando no es la manifestación de la voluntad de la gran mayoría de la nación, porque en caso contrario puede decirse muy bien, que el pueblo autoriza con su silencio los actos del poder que se pretende refrenar. Chateaubriand se expresa cayefóricamente en el capítulo IX de su *Ensayo sobre las revoluciones antiguas*: "No puede existir democracia donde haya una fuerza militar en servicio activo gravitando abierta o solapadamente sobre los poderes públicos", como podemos convencernos recordando el gobierno de los emperadores romanos. Las fracciones armadas que en nombre del pueblo se levantan contra la autoridad constituida, sin causa justificada y sin preceder los medios legales marcados por la Constitución, cometen un grave delito contra las leyes naturales y contra los derechos del verdadero pueblo y de la humanidad. Si las revoluciones justas y legítimas producen un mal inmediato, porque retardan la

marcha progresiva de la sociedad, con tanta mayor razón deben ser abominables los disturbios intestinos producidos casi siempre por fracciones políticas, impotentes y desenfrenadas, no proponiéndose más que la venganza de un círculo o los intereses particulares de los apóstoles". No fue don Joaquín un reaccionario o un pusilánime. Excecro las mal llamadas revoluciones, las revueltas sin principios, los cuartelazos escuálidos, los motines sangrientos. Arremetió contra los solapados o declarados defensores de la brutalidad y la ignorancia que confunden la violencia con el vigor y no perciben la diferencia entre derrumbar y abrir, cortar y desatar, arrastrar y conducir. Recuérdese que cuando le reprocharon a González su frecuentación de los textos de Maquiavelo, el riojano aclaraba —porque podía hacerlo— porque si un tratadista tenía escritos diez libros él no se conformaba con leer cuatro sino que los leía todos, González, repetimos, aclaraba sin perder los estribos: Es verdad que Maquiavelo enseñó a los tiranos cómo se conquista el poder, pero también enseñó a los pueblos cómo se derroca a los tiranos.

El 26 de mayo de 1886 obtiene el título de doctor en jurisprudencia. Dos meses más tarde es elegido diputado nacional por su provincia, incorporándose a la Cámara el 27 de agosto, cuando aún estaba lejos de tener la edad constitucional.

"Quién lo creyera!, nos lo recordará él mismo. El joven estudiante del claustro cordobés es ya diputado y viene a sentarse al lado de Goyena, de Estrada, de Gallo, de Alcorta, de Tejedor, de tantos ya convertidos en sombras, y cuya palabra vibrante o escrito profundo o lección sabia, había recibido de lejos, y recitado y meditado en las bulliciosas mañanas del claustro universitario; y lo que es aún más jubiloso, esos grandes nos acogen como camaradas y, sin saber por qué, nos vemos sentados o puestos en su compañía como

iguales, en las comisiones de codificación o legislación, y nos apercebimos de que lo leído y aprendido no son disparates, y que ellos no se ríen de nuestra inexperiencia o timidez, sino al contrario, nos animan, nos estimulan, “nos hacen más gente” de lo que creemos ser, en esa incurable cortedad de pueblo chico, que tanto tardamos en perder”.

“Y bien, agregaba; yo tuve una suerte inaudita: caí en la Cámara sin pensarlo, casi al caso, en un grupo selecto, formado por Estrada, Goyena, Alcorta, Bermejo, un poco más allá Carballido, Delfín Gallo, Mansilla... y me trataron como a un buen estudiante, y luego como a un amigo. Algunos habían oído decir que yo escribía y sabía algo, y en suma, que no era tan provinciano... Goyena, sobre todo, tan burlón y tan cáustico, me inspiraba miedo; y Estrada un cierto temor religioso, como un sacerdote rígido, como un San Ambrosio para el inquieto Agustín de aquella primera peregrinación a Roma”.

Desempeñó su mandato hasta el 30 de abril de 1888. Recién entonces alcanzó sus primeros 25 años. Vestía de gris, usaba chaleco bordado a la Monteaigudo, bombín, cuello alto de celuloide, polainas y corbata de moño. Dicen que no miraba a las mujeres. Los que decían eso no sabían que González las veía sin necesidad de mirarlas. Siempre vio todo lo que quiso, aunque nunca quiso todo lo que vio. Ese mismo año el gobierno de su provincia le encarga la redacción de la nueva Constitución para La Rioja. Cumple brillantemente con el cometido, regresa a Buenos Aires e ingresa a la redacción del diario “La Prensa. Paralelamente a sus tareas de poeta, de escritor, de político, de educador, de hombre de gobierno, siempre será periodista, siempre se comunicará de un modo directo y asiduo con el prójimo, sin usar la frase evasiva y gris del medio luto de la mediocridad, sino un idioma

claro, directo, sanguíneo, de anatomía casi oral, constelado de imágenes con esa difícil facilidad que es el privilegio de los elegidos. Ese mismo año de 1888 publica *La tradición nacional*. El general Bartolomé Mitre, presidente de la República e historiador magistral, celebra la aparición del libro y se dirige a su joven autor como a un par. González recuerda en su libro que San Martín, cuyo pensamiento democrático tarda todavía en volverse conciencia y esencial moral de nuestros pueblos, ha dejado a todo soldado —y todo ciudadano lo es en su hora—, el lema imperecedero de nuestra bandera ideal: “no desnudar jamás la espada contra la libertad de ningún pueblo, ni en lucha fratricida contra los pueblos de América, ni para impedir desde el poder la libre expresión de la voluntad soberana para darse sus instituciones y sus gobernantes”. El año 20 en el Plata, el 18 en Chile y el 22 en el Perú, marcan el triple clímax ascensional de ese gran espíritu, en cuyo molde debieran fundirse como el bronce, el ideal y los destinos de las democracias latinas de América. El concepto de patria, como noción filosófica anterior y superior a todas las demás virtudes o síntesis de todas ellas —honradez, abnegación, justicia, amor al prójimo— ha sido estudiado por González como pocos, no sólo entre nosotros sino entre los mayores publicistas contemporáneos. González había descubierto con amargura que el odio suele ser el motor de las acciones humanas. Por eso siente y auspicia el amor como único camino para llegar a la justicia. El odio destruye. Sólo el amor construye. ¿Cómo habríamos de consolarnos nosotros, los hermanos, los hijos de una misma madre, los miembros de una sola comunidad —al quererla indestructible y eterna—, si admitiéramos la posibilidad de luchas domésticas y de empresas mortíferas por la sed de predominio y de poder exclusivos y personales? El que arrebató a otro su libertad, crea en él un derecho a la independencia; y

así es más culpable el que la usurpa con propósito egoísta, que los que buscan reivindicarla en los combates para devolverla a la comunidad, porque es su patrimonio.

El 8 de mayo de 1888 reingresa a la cámara. Ese mismo año el ministro Eduardo Wilde, que luego sería tan amigo suyo, demostrando su respeto por las autonomías provinciales, cuando el gobierno de Córdoba solicita la intervención federal por hallarse sometido a juicio político el gobernador titular, Wilde, al estudiar los antecedentes, no cree que haya méritos para intervenir y sólo nombra un comisionado que investigue los hechos e informe. González lo acompaña en el sentimiento. Wilde invita al joven diputado a compartir una copa en su club. González busca un pretexto y no va. No era un cuáquero ni un misógino. Pero huía de la promiscuidad y del boato. Sobre su mesa de trabajo, en su banca, en su mesa de luz siempre había un libro esperándolo. "Mi señor ministro, le escribí a Wilde, no se me enoje. ¿Por qué en lugar de vernos en el club no nos encontramos en mi provincia, al pie del Famatina? El aire es más sano, podremos conversar más tranquilamente y veremos pasar los cóndores".

El 12 de junio de 1889 renuncia la banca para ocupar el gobierno de su provincia. 26 años apenas tiene el flamante gobernador llamado a realizar obra memorable. Por otra parte los gobernadores también se casan. El 9 de julio de ese mismo año contrae enlace con la señorita Amalia Luna Olmos. El riojano tímido, de hablar soñoliento, consagrado a sus libros y sus ajetreos políticos, tuvo que reintegrarse a la paz de su provincia y ocupar la más alta magistratura, para formalizar su romance. Siempre fue un nefelibata, un hombre que andaba por las nubes.

Desde entonces su vida se reparte entre el hogar, su bufete de abogado, la literatura, la docencia y sus obligaciones oficiales. González pertenece a

esa generación de argentinos que encontró su orden en la dispersión. Pero siempre tuvo en Amalia Luna, a su Egéria, rumbo de sus vigalias y bálsamo de sus zozobras. La actividad del gran argentino, no obstante su inclinación al silencio, a la quietud y al ensueño, fue de una intensidad y una diversidad extraordinarias. Digamos para sintetizarla que fue diputado nacional durante cuatro períodos, vocal del Consejo Nacional de Educación, Prof. de Legislación de Minas en la Facultad de Derecho, autor del Código de Minería, co-fundador de la Facultad de Filosofía y Letras, autor del Manual de la Constitución Argentina, libro de poderoso influjo educador no obstante la modestia de su título, Convencional por Córdoba para la reforma de la Constitución Nacional, Ministro del Interior, de Justicia e Instrucción Pública y de Relaciones Exteriores, cargo en el que evita la guerra con Chile y suscribe los pactos de Mayo, fundador de la Universidad Nacional de la Plata, Presidente de la misma, autor de la reforma de la ley de elecciones vigente —que sustituye por el sistema de escrutinio uninominal que permitió la entrada al congreso, por primera vez en toda América, de un representante socialista, Senador de la Nación, miembro de la Corte Permanente de Arbitraje de La Haya, miembro del Instituto Americano de Derecho Internacional. Todo esto sin abandonar nunca su fecunda y trascendente labor de publicista que forma un total de 51 títulos. Como un homenaje de la nación y a iniciativa del senador Alfredo L. Palacios el Congreso Nacional sanciona el 22 de junio de 1934 el proyecto de ley de edición de las obras completas de Joaquín V. González, por cuenta del Estado.

"Toda la obra de González, expresó aquél al fundar su iniciativa, es una mansa corriente, vasta y profunda, semejante a la del Río de la Plata, que no se encrespa ni ruge, pero cuyo impulso es avasallador. Del constante

fluir de esa corriente se desprende un lirismo poderoso y oculto, apagado pero trascendente, que es como la esencia misma de nuestra argentinidad. Así se cumple en su obra, admirablemente, aquello que dijo él mismo de los poetas que son, en realidad, los depositarios, sacerdotes y vigías del ideal nacional: "son como los viejos ídolos tenidos ocultos en los secretos rincones del alma y que sólo aparecen iluminados cuando los grandes peligros anuncian a los pueblos el momento de apelar a las fuerzas supremas, reservadas, del espíritu colectivo".

En esta época de angustia, desorientación e incertidumbre, difundamos la palabra inspiradora de González, a la vez sabio y poeta, legislador y filósofo, arquitecto y constructor del alma de los pueblos. Leamos ante todo *Mis Montañas*, su libro definitivo. En éste las cumbres nativas, la existencia de los bosques, las ruinas de viejas edades dispersas sobre la tierra fragosa, las costumbres típicas de su provincia, adquieren relieve, colorido y profundidad pocas veces igualados. Tiene 30 años el riojano cuando publica el libro perdurable que lo señalará como a uno de los grandes escritores del Continente. Marcel Carayon, que tradujo *Mis Montañas* al francés, lo ubica en la línea de Chateaubriand, de Lamartine, de Fabre, de Mistral. Después de *Recuerdos de Provincia* de Sarmiento, *Mis Montañas* señala una fecha capital en la historia de las letras argentinas. Y es que el pensador, el filósofo, el prosista, el poeta supieron fundirse en el viajero emocionado que regresa a los manantiales de la estirpe y descubre el rostro iluminado de la raza bajo el sol que reverbera en las cimas y en las quebradas. González sabe mucho, siente mucho, ve lejos. La patria, la tierra, la raza, los dioses tutelares le hablan al oído. En el silencio de sus montañas recoge el paisaje y el mensaje que ha de ofrecer a las generaciones que lo sigan.

Es imposible ser huéspedes absolutos de los lugares que no nos reclaman. El paisaje sufre una especie de intolerancia física, de aversión, de pudor ofendido contra el viajero que lo utiliza como telón de fondo para sus expansiones carnales. Nuestros antepasados de las cavernas, impulsados por el hambre o por el calor erraban sin rumbo a través de selvas y llanuras. Nuestros contemporáneos, impulsados por el hastío, erran por el mundo en busca de sensaciones nuevas capaces de devolverles el buen humor. Pero la naturaleza tiene el estado de ánimo de quien la contempla. Además no quiere ser reducida a tarjeta postal, ser asaltada en malón por los turistas, sufrir el tiroteo de las cámaras fotográficas, compartir el espanto topográfico de los que se pierden en un recodo, agitarse, llenarse de ruidos, desasosegarse, padecer. En química, todos los elementos que no trabajan se llaman nobles. El paisaje no quiere trabajar porque no quiere perder su nobleza... De ahí su irritante y desconcertante educación contra el intruso. Joaquín V. González nunca fue un intruso, un turista. Fue un romero en incesante peregrinación a las fuentes, un buscador implacable de la eterna belleza, un enamorado de la luz y de su inocencia, de la poesía de los límites, de la fecundidad del silencio. Todo protagonista implica un antagonista. El alma de González denunciaba la lucha incesante entre los territorios que definían su mundo, uno de los cuales —el literario— estaba abandonado a las contingencias. Debíó haber escrito más libros, haberse consagrado más intensamente al quehacer literario, pero el país requería su concurso de organizador, de educador, de civilista. Eduardo Wilde, ese otro gran escritor argentino que también tuvo que distraer su vocación esencial para dispersarse en la función pública, le escribió en cierta ocasión a González desde esta misma ciudad de Bruselas: "Hacer un buen discurso, estudiar

una cuestión, desarrollar un problema, escribir un libro sobre ciencias jurídicas, plantear y desarrollar una doctrina, todo ello puede hacerse teniendo inteligencia e instrucción. Pero hacer *sentir* escribiendo, *conmover*, dejar esa angustia del deleite en el lector que acaba de recorrer una página, eso no puede hacerlo cualquiera”. Wilde lamentaba que González no hubiera seguido por la senda iniciada con *Mis Montañas*, teniendo como tenía “el poder de obligar a sus lectores a evocar las dulces melancolías de su vida, sus memorias de angustioso deleite, sus horas felices o amargas, que cuando vienen en forma de recuerdos tienen la suavidad de los paisajes reflejados en la luna de un espejo”.

Rafael Obligado, el enorme poeta de Santos Vega, que luego de leer y conocer a Joaquín V. González estrechó con el autor de *Mis Montañas* una amistad que duró hasta su muerte, estudió las excelencias del libro en una carta memorable, llamándolo a su autor el Echeverría de los Andes que ornaba con su flor del aire los cabellos de la Cautiva... “Como conozco sus montañas, le diré, como en compañía de usted mismo se me agigantó el alma y se me asustaron los ojos en presencia del Famatina, pintado en su libro con opulencia digna del coloso; como en rápido viaje he visitado esas serranías, doy fe que la obra de usted es sincera, de que sus bellezas no son atavíos retóricos, sino verdad verdadera, ofrecida por primera vez a la admiración de los hijos de la llanura”. Según Obligado, ni Sarmiento ni Andrade han llevado la montaña a la literatura. El primero, porque su genio es esencialmente político, es el luchador para quien el paisaje es apenas accesorio o porque prefirió los llanos donde se desarrollaron las escenas dramáticas de *Civilización y Barbarie*; y el segundo porque no es su emoción sino su imaginación y su fantasía la que canta cuando invoca la majestad de los An-

des como condición épica esencial para las proezas de los héroes, como escenario de las grandes gestas.

Su comprovinciano y discípulo Arturo Marasso nos contaba que en cierta ocasión el maestro le había dicho con cierta amargura: “Dicen que escribo bien porque soy ministro...” Pero es que González no sólo desempeñó tres carteras en el transcurso de una presidencia histórica, sino que fue ministro de la historia y del pensamiento y una encarnación del alma argentina arrancada de las piedras de La Rioja y nutrida de lo universal de la cultura humana. Sabía de casi todas las ciencias. Y escuchaba la flauta del indio, el canto de la calandria, el temblor del trébol, las plegarias del viento y creía oír en esas modulaciones el alma de la tierra; sintió la voz del universo animado como la oyó Fabre en la página sorprendente que dedica a la cigarra nocturna. En su libro *Música y Danzas Nativas*, en sus ensayos sobre Tagore, en el prólogo de los Cien Poemas de Kabir —que tradujo— y en tantas otras páginas de confesiones íntimas, González se acerca a nosotros como un inspirado; como si le hubieran comunicado una taumaturgia latente. Ya no es sólo el profesor, el estadista, el constructor incansable, el González aún no encanecido, que tiene en la mano el último libro del sabio, del pedagogo, del jurisconsulto, que escribe discursos de amplia y equilibrada visión de la cultura moderna; el poeta y el filólogo de la *Tradicción Nacional* y de *Mis Montañas* ha renacido sin perder el caudal de la experiencia y la extensa erudición; pero la esencia antigua se ha impregnado de otras esencias. Aquella mirada que penetraba en una lejanía soñadora: en un horizonte de montañas, de mar, o se detenía en un friso griego, en una adivinación de perspectivas de la patria futura de la que él era un obrero, había vislumbrado nuevos espacios. Y una voz conocida, un acento entrañable, reproducen en él la

fe hallada, las voces de la tierra, la inextinguible bondad de la sabiduría antigua, el secreto de santuarios brahmánicos y búdicos, la espiritualidad y el panteísmo; entonces habla del “universo invisible”, “de la consubstanciación del alma universal con el alma vasta, difusa y real del universo”, “de la divinidad oculta, soñada, entrevista o contemplada” y dilata el *non omnis moriar* de Horacio, con su confesión: *no creo en la muerte absoluta*.

En mayo de 1902 —tiene 39 años— es designado Ministro de Relaciones Exteriores en reemplazo del doctor Amancio Alcorta, que acaba de fallecer. Le toca intervenir en el arreglo de paz con Chile y la correspondiente discusión, en ambas Cámaras del Congreso. Tenía, como subraya Levene, el alma henchida de anhelos humanitarios y de amor a la paz. Para luchar por la paz se situó primero en los planos del derecho y de la ciencia, pero aquel amor lo elevó hasta la esfera superior de la religión. Esta transmutación de su espíritu fue un proceso que González vivió y sufrió dramáticamente.

Le correspondió el honor insigne de actuar en algunos episodios al lado del presidente Julio Roca, sobre todo en la cristalización de los pactos de mayo de 1902, sin duda alguna el hecho más trascendental de América, en lo que va de este siglo. Recuerdos diplomáticos de esa actuación y la crónica internacional sobre sucesos contemporáneos de la política americana van jalonando su labor por la paz y el imperio del arbitraje entre América y Europa para defender la paz universal.

Son admirables los puntos de vista de González en política internacional. En el Senado de la Nación, tratando los Pactos con Chile, llamaba la atención de que desde los albores de nuestra independencia la influencia europea se manifestaba preponderante en nuestras relaciones exteriores y decía: ¿Por qué hemos de vivir encerrados en esta perpetua red de rencores y de animo-

sidades sudamericanas? Hay que cimentar la paz, hay que desvanecer el fantasma secular de la guerra con Chile que ha venido ofuscando el criterio y destruyendo las fuerzas, *es necesario que echemos abajo esa cordillera!*

Testigo actor de aquellos episodios históricos Joaquín González recuerda cómo colocado el Presidente argentino en la ruda alternativa de optar entre la guerra y la paz, no vaciló mucho tiempo. Y más que la sangrienta gloria de la matanza y la miseria de dos grandes naciones, lo decidió la gloria más duradera y positiva de la paz, cuyas consecuencias no ha dejado ya de gozar el pueblo argentino desde 1902 a 1913, en que los rumores de la guerra, como los de las grandes crecientes se anuncian a largas distancias.

Al informar más tarde en la alta Cámara en el tratado de arbitraje entre Argentina y Brasil, González hizo exposición de ideas sobre la fórmula argentina del arbitraje amplio. Tal fórmula se encuentra consignada en el proyecto de tratado de Italia y dispone —como se sabe— que las controversias sometidas al arbitraje no versen sobre cuestiones que afecten a la soberanía e independencia de los países. La misma doctrina se contiene en los tratados con el Paraguay, Uruguay, Chile, y luego con el Brasil. La República Argentina ha estado a la cabeza del progreso jurídico en materia de arbitraje hasta llegar a la fórmula amplia y obligatoria de La Haya, y ante cierta tentativa de regresión al arbitraje con inclusión de la cláusula de excepción “de los intereses vitales, la independencia y la honra de los Estados contratantes”, fue el entonces diputado Carlos Saavedra Lamas —más tarde Premio Nobel de la Paz— quien expuso y sostuvo, con tal elevación y energía la doctrina argentina, que ésta se salvó una vez más de los zarpazos de la novelería y la impremeditación.

Quienes vieron actuar por aquel entonces a Joaquín González en el mun-

do de las relaciones exteriores, en el mundo de la diplomacia, en el mundo de los embajadores, recuerdan que el joven canceller hizo el efecto de conducirse en él con un gran dominio de todos los resortes, una gran sencillez de procedimientos y de maneras y una ausencia absoluta de solemnidad. Como alguien se lo hiciera notar, el doctor González le observó: —¿Temía usted acaso, que yo me condujera con el criterio de madame Bovary, ensayando una vida diplomática como la que pintaron Balzac y George Sand, entre espejos y terciopelos y suspiros? La diplomacia de las novelas ha pasado, en efecto, aunque González conoció bien de cerca apocrisarios que hubieran dado su alma al diablo por vestirse como en las cortes escenográficas de Catalina de Rusia o Luis XIV. Ya era hora de que imperasen la sencillez y la lealtad. A la caída de Napoleón, ya había dicho Chateaubriand, coincidiendo con Metternich: “La novela terminó; estamos entrando en la historia”.

No obstante su amplia versación en derecho internacional, su estupendo don de gentes, su vasto dominio intelectual, su poliglofilia y las grandes figuras de América y Europa con quienes se carteaba y a quienes le hubiera sido grato tratar de cerca, todas las veces que se le ofreció representar a su país en el extranjero —fuera de una participación eventual, en 1906, en la Tercera Conferencia Internacional Americana reunida en Río de Janeiro—, el doctor González no aceptó nunca un cargo en el exterior. Alegaba riendo: “los diplomáticos son unos caballeros irreprochables a quienes se envía a mentir en el extranjero en beneficio de su país. Y yo no he aprendido a hacerlo. Jamás le he mentado a nadie. Ni a mi propia mujer...”

Y aclaraba: “Aunque nunca en diplomacia se puede decir toda la verdad, no hay necesidad de mentir, pues se puede decir una parte de la verdad, así como la luna no deja de ser luna

porque sólo muestra un cuarto creciente o menguante en su disco luminoso”.

La guerra del 14 lo sacudió profundamente.

González señaló el hecho sintomático de que la guerra había estallado en las más altas cabezas de la civilización, en las dos razas y núcleos directivos de la humanidad contemporánea, la guerra de siempre, de matanza y aniquilamiento, “bajo cuyos escombros, escribía, renacerán más que las mieses, los nuevos odios destinados a renovar otras guerras en el futuro”.

El primer beneficio de la labor docente debe ser la fundación de la paz social. La paz es una educación como lo es la libertad, afirmaba parafraseando a Alberdi. La guerra no es más que una preparación, un entrenamiento transitorio, porque la guerra no es un estado permanente de la humanidad. La alta misión humana de la educación y de la cultura, es la elaboración progresiva de las conciencias pacíficas, por la comprensión de los principios de la vida del mundo. La obra de la ciencia universitaria, difundida entre las naciones por la creciente cooperación e interdependencia va creando poco a poco la gran universidad mundial, única, por la vasta armonía de sus finalidades morales y múltiple por la infinita diferenciación de sus métodos para llegar al descubrimiento de las verdades.

González creía en la conciliación de la religión y la ciencia. Afirmaba el valor incuestionable del factor religioso en el plan curativo que ha de conducir al restablecimiento de la paz social pues su influencia ha sido decisiva en las crisis históricas de la humanidad.

Este amor por la paz de los hombres es ahora más necesario que nunca. Ha explotado un nuevo espíritu de disconformidad y mala voluntad. Es imposible no darse cuenta de la reventazón de este fenómeno psicológico inesperado, que es causa y no resultante de

las pasiones políticas desatadas y de la agudización de la competencia económica. González vio claro y caló hondo. Inteligencia comprensiva, lúcida, pasible, atenta, era una energía mansa pero fuerte cuyo mensaje luminoso niega su ausencia definitiva.

Tuvimos el honor de conocer a Joaquín V. González en el crepúsculo de su generosa existencia. Por ese entonces hacíamos nuestros pinitos de periodista en un diario de la mañana, un diario que no obstante discrepar fundamentalmente con sus ideas en materia de legislación social, nunca dejó de tratarlo con respetuosa deferencia. Estábamos en los últimos tramos del bachillerato. Uno de nuestros profesores, escritor notable a la vez, el sanjuanino Juan Pablo Echagüe nos acercó al autor de *Mis Montañas*. El doctor González ya estaba de vuelta de muchas convicciones y fatamorganas, había abandonado la presidencia de la Universidad Nacional de La Plata, obra de su genio y paradigma de las más prestigiosas universidades del Continente y consagraba sus ocios a leer y traducir a Kabir y Omar Khayyam. Fuimos a verlo para que nos diera su opinión sobre un presidente de la Nación cuyo mandato se extinguía en esos días, con cuya política González nunca pudo ponerse de acuerdo. Nos había concedido media hora corta, impedido por sus achaques de prolongar más tiempo la entrevista. Nos quedamos toda la tarde y nos habló de todo menos del presidente de marras.

El maestro nos recibió en su despacho, limpio como el hielo. Su mesa de trabajo tenía el orden y la pulcritud de una conciencia en paz consigo misma. Su biblioteca investía un despliegue geométrico riguroso. Los libros parecían no haber sido tocados, esos libros que González leía hasta los redaños en sus inacabables vigiliadas. En las paredes óleos, reproducciones, pergaminos, fotografías dedicadas. Recordamos los retratos de sus padres, de fray Marmerto Esquiú, el gran predicador ca-

tamarqueño a quien cantó Rubén Darío y a quien González oyó deslumbrado en su juventud, una foto berlinesa del general Roca, las cabezas de Aristóbulo del Valle, de Carlos Vega Belgrano, de Adolfo Posada, la de Rabindranath Tagore y el óleo del general San Martín pintado por Antonio Alice, su amigo, y un busto de bronce de Sarmiento a quien González alcanzó a conocer y tratar. Las alfombras completaban el escenario y hablaban del amor al silencio de su dueño. Franqueada su confianza nos mostró un libro de Rabindranath Tagore, que acababa de llegarle, filadélficamente dedicado. ¡Quién nos diría que muchos años más tarde, nos sería dado ver en Shantiniketan, en el almandarache de Tagore, un ejemplar de *Mis Montañas*!, pero ya no pertenecían a este mundo ni el poeta de "Gitanjali" ni el nefelibata de Samay Huasi. Anotemos de paso que Samay Huasi en quíchua tiene el mismo significado que Shantiniketan en bengalí. Es sabido que Tagore fundó en ese maravilloso valle de Bengala —en Bolpur— un centro internacional de estudios donde sus discípulos extranjeros de Europa y de Asia Menor, permanecían largas temporadas. Desde allí la influencia de Tagore, apóstol de la paz, centelleaba y resplandecía mucho más allá de la India. De haber viajado a alguna parte, fuera del país, González lo habría hecho a Shantiniketan —la morada de la paz— para escuchar la voz cantante, fluida y grave, voz de montaña, del poeta de *El Jardinero*. Pero no pudo ser.

El doctor González cuya imagen conocíamos a través de fotos y caricaturas y, sobre todo, por un admirable retrato a pluma de Aarón Bilis, se nos mostró superior a los cuadros que lo representaban, incluso el de Alice, tan noble, no obstante la asombrosa fidelidad con que los artistas habían reproducido sus rasgos, más atentos a la verdad esencial del dibujo que a la verdad esencial del modelo. Tenía el riojano

una cara de planos regulares y tónicos, la tez pálida del hombre sometido a constantes vigilias, lejos del sol bienhechor de la tierra natal, los ojos grandes de desmayado fulgor bajo los párpados azulinos, la barba plateada, los bigotes llovidos, las manos de un blanco mate, surcadas por gruesas venas, la voz cálida, la sonrisa afectuosa, y era bastante decididor cuando se pulsaba el manantial de los temas que lo apasionaban. Tenía aire de nefelibata, es decir de hombre que camina en las nubes, y es que trabajaba implacablemente en el silencio de la noche y durante el día andaba como dormido, pero no dormía, pues aquella cabeza tan ricamente dotada se hallaba en constante ignición y a los muchachos que lo admirábamos nos sorprendía no ver brotar de ella fuego y humo como a un dios de la mitología vichnú. También era un modo suyo de defenderse pues cuando el interlocutor o los interlocutores lo fastidiaban con su cháchara les dejaba la cara, según lección del general Roca, y se iba a vagar o divagar por sus mundos interiores. Pero a González no se le escapaba detalle. Observaba todo entre sus párpados semicerrados. Y tenía el don de ver sin mirar, cuando quería, lo que le permitía captar las reacciones más recónditas de sus adversarios políticos, que los tuvo, y bien calificados, durante su larga actuación pública.

Hombre importante, no le daba importancia a su importancia, rechazaba la solemnidad y el envaramiento, y con su aire de provinciano inocente solía captar el perfil grotesco de ciertas actitudes. También era amigo de bromas, no exentas de sarcasmo cuando la ocasión se presentaba, pero siempre como reacción a la torpeza o la malicia del prójimo.

Cuando fue elegido diputado nacional por tercera o cuarta vez, un comprovinciano tan cargoso como pedante empezó a acribillarlo a requerimientos.

—Joaquincito, le decía, tú eres un hombre influyente, se te escucha, una

palabra tuya puede resolver muchas situaciones, tienes que conseguirme un puesto importante, pero muy importante, en la capital. No aguanto más este agujero. Estoy harto de vegetar entre beocios.

El autocandidato tenía muy pocas cualidades y el Dr. González no sólo no podía hacer nada por él, ya que no se conformaba con poco, sino que apenas volvía a su provincia el porfiado no perdía un minuto en volver a la carga, rompiéndole la paciencia y echándole a perder los días que don Joaquín quería pasar en paz entre los suyos.

—¿Qué clase de diputado eres que no puedes conseguirme una sincura y nada menos que a mí? No me obligues a pensar que eres un mal comprovinciano y un desagradecido. (Aunque González no tenía nada que agradecerle y no era él precisamente quien desacreditaba a la provincia).

Y cuando González regresaba a la capital era inexorablemente torpedeado a cartas por el botarate que le recordaba su "compromiso".

Hasta que un día don Joaquín resolvió demostrarle su buena voluntad. Hizo una averiguación y le envió un telegrama:

—¿Te interesa la dirección de la Biblioteca Nacional?

—Encantado, le respondió el otro.

Y allá fue el segundo telegrama de González:

—Calle México 560, Buenos Aires.

El empedernido postulante no se lo perdonó nunca... Hasta que González le obtuvo un cargo en la Defensa Agrícola como destructor de langostas...

Otra vez, estudiante universitario, asistía González a un acto cultural que tenía como protagonista a un escritor norteño difundido y fachendoso. Este escritor ofrecía a su desconcertado auditorio una serie de fábulas y apólogos cuyo héroe principal era el zorro. González mismo conocía y había escrito muchísimas historias zorrunas y no de-

jaba de traslucir su perplejidad al advertir, al socaire de la lectura, que el zorro de las consejas que escuchaba era siempre vencido por sus adversarios. No pudo reprimir su curiosidad y al terminar el acto, en un aparte con el empingorotado visitante, lo embistió:

—¿Cómo es eso, señor, que en sus fábulas el zorro que es siempre el símbolo de la astucia y de la picardía resulta siempre vencido? Todos pueden con él: las gallinas, las mulas, los corderos, las palomas, los bueyes; todos terminan vencíendolo. ¿Qué clase de zorro es el suyo?

—¿Qué quiere, amiguito, le contestó el autor de las fábulas, los zorros que yo he conocido son así. He recogido las historias de sus andanzas de labios de mis abuelos, de los campesinos viejos, de las gentes con más experiencias del lugar e incluso viéndolos actuar yo mismo en mi terruño...

—Quiere decir, se permitió acotar González, con el aire más inocente del mundo, quiere decir que en su provincia hasta los zorros son zonzos...

Hombre de inclinación fácil y pronta para el bien, Joaquín V. González tuvo muchos amigos, a buena parte de los cuales no vio nunca como que se comunicaba con ellos por escrito en un intercambio fecundo de ideas, de planes y de sentimientos. Tenía un verdadero culto de la amistad, ese amor sin alas como la llamó lord Byron. Fue amigo fraternal de Eduardo Wilde, tan notable médico como escritor, que se extinguió en esta ciudad hace cincuenta años. Fue desde aquí que le escribió en cierta ocasión a su amable corresponsal: “¿Usted cree en el triunfo definitivo del libre pensamiento? La conciencia humana, añadió contestando a su propia pregunta, es como una balanza. Si echa usted peso en un platillo el otro se levanta. Yo creo en algo más positivo: en el flujo y reflujo de la ciencia social. Si tapa usted un agujero en Europa, el error, como los ratones,

abre su cueva en América, en Asia, en Africa”. Lo estamos comprobando. Fue amigo de Agustín Alvarez, el brillante sociólogo mendocino, que compartió con él una banca en el Congreso. “Recuerdo su primer discurso, nos refería González, recibido siempre con la curiosidad del que se prepara al goce de una caída. Pero, desde luego, se advirtió en el tono confiado, irónico, desparpajado del orador, que no traía miedo bajo la cota de malla, y en cambio venía henchido de “cosas por decir” y de resolución de afrontarlas. Mi mano, agregó, fue una de las primeras en estrechar la suya. Nuestras manos no se han separado nunca más, sino cuando la muerte lo ha querido”. Fue amigo de Adán Quiroga, el poeta y el arqueólogo, que había nacido en San Juan el mismo día que él y cuyos libros evocan páginas imborrables de la civilización quíchua en nuestro país. Fue amigo de Rafael Obligado, el poeta de *Santos Vega*, de Rodolfo Rivarola, maestro de maestros, de Marcos M. Avellaneda, político fuera de serie, del sabio naturalista ruso Carlos Berg, que tanto hizo por la ciencia en el Río de la Plata. Del notable cirujano y escritor belga Alfredo Segers, que estudió por primera vez las enfermedades de los indios onas en Tierra del Fuego, en 1889. Amaba a los naturalistas, poetas como él, capaces de descifrar el mensaje recóndito de la hierba y del pájaro, no a los que matan el prodigio del ser para embalsamarlo en sus museos. Ama a los hombres de ciencia que no confundían el espíritu con las fosilizaciones del espíritu. Amaba a los creadores que anunciaban al hombre presente y futuro, a los invisibles mensajeros del infinito. Solía ir al Observatorio Astronómico de La Plata para que le presentaran estrellas nuevas. Desde La Plata mantuvo correspondencia con altos valores del Continente. Con Guillermo Valencia, por ejemplo, el poeta de Popayán de voz plenipotente que, como González, fue electo diputado na-

cional a los 23 años y prestigió por igual las letras y la acción pública. Guillermo Valencia es el padre del actual presidente de Colombia. Fue corresponsal entusiasta del venezolano Gabriel Muñoz, médico, poeta y periodista político, que axaltó las glorias del general José Gregorio Monagas, redentor de los esclavos; y de Felipe Tejera, el autor imborrable de los *Perfiles Venezolanos*, una obra maestra en el terreno de la crítica literaria, y que trató, vanamente, de atraer a Joaquín González a Caracas, invitándolo a dictar un curso en la Universidad. También fue amigo de los uruguayos Zorrilla de San Martín y Carlos Vaz Ferreira, un poeta y un filósofo. Del autor de *Moral para intelectuales* recordaba siempre su aserto de que “la razón no es todo; la razón completada por el sentimiento y la imaginación, pero nunca forzada, ni deteriorada, ni despreciada”. Cultivó la amistad del ecuatoriano Gonzalo Zalumbide, del guatemalteco Rafael Arévalo Martínez, del mejicano López Velarde, el altísimo poeta de “La suave patria”, del crítico chileno Pedro Nolasco y del gran novelista Alberto Blest Gana, del hondo poeta mejicano Amado Nervo, de los maestros brasileños José Verissimo y Alencar Araripe, del peruano Ricardo Palma, treinta años mayor que Joaquín González cuyas historias demetéricas le entusiasmaron al punto de escribirle sugiriéndole afrontara la tarea de escribir unas Tradiciones Riojanas, grato y persuadido de encontrar a un hombre de talento capaz de emular sus *Tradiciones Peruanas*, talladas para siempre en el mármol de la más prístina solera colonial. Lástima que la actividad pública lo distrajo de su vocación esencial.

Trabajador formidable sus cuartillas se acumulaban incesantemente sobre su escritorio y no obstante su facilidad y su dominio del idioma, sometía su prosa a un constante trabajo de revisión y perfeccionamiento. Recordaba a Tolstoi que recopiló siete veces los siete tomos

de *La guerra y la paz* para ajustar el ritmo interior de la novela, pero estaba lejos de parecerse a Flaubert que se esforzaba tres meses seguidos gritando y blasfemando para producir cinco páginas musicales. González tenía mucho que decir, urgencia por decirlo y aceptaba, como Spinoza, el orden inflexible del mundo.

En 1922 enfermó gravemente. Se ahogaba encerrado en su residencia porteña. “Es triste morir entre cuatro paredes, dijo entonces. Querría irme a Chilecito para tirarme bajo un árbol o morir en la montaña. El alma ha de volar mejor a su luz, bajo el cielo”.

Don Joaquín tenía a dos kilómetros de Chilecito, cerca de la aldea San Miguel, su tebaida, en un oasis constelado de árboles y flores, escondido detrás del cerro que él llamaba “casero” porque parte de él está dentro de la finca. La llamó Samay Huasi. Antes de pertenecer al eminente argentino, la propiedad fue de un súbdito británico, William Treloar, muy amigo y admirador de González, radicado en Chilecito en la época del florecimiento minero. Treloar, agradecido por unas gestiones eficientes de don Joaquín en su favor, cuando sus primeros contactos con la región, transfirió a su ilustre amigo la finca, que se llamaba entonces “La Carrera”. González la transformó embelleciéndola de jardines y de construcciones anexas, que le dieron su actual carácter de Shantiniketan riojano. Tuve la satisfacción de visitar Samay Huasi, en compañía de mi esposa, años atrás, en emocionado peregrinaje a la legendaria residencia donde don Joaquín pasó largas temporadas de trabajo y meditación y donde escribió sus *Fábulas Nativas*, tradujo a Omar Khayyam y a Tagore y los *Cien Poemas de Kabir*, y que por decisión del maestro se ha convertido en casa de reposo para los escritores y artistas de todo el país. Extensos parrones, senderos entre monolitos, rumor de acequias. Dentro de la casa su dormitorio habitual, una celda

sombría y austera de cenobita con su cama desnuda, donde el místico de los últimos años descansaba de sus trabajos de plantador y de pedrero a que se entregaba durante las vacaciones. Uno recuerda, frente a la pobreza franciscana de las habitaciones, la exclamación de Octavio Amadeo en la finca sanjuanina de Sarmiento: “¡Qué grandes son las casas de los chicos y qué chicas son las casas de los grandes!”

Súbdito de los más altos sueños Joaquín V. González se encaminaba hacia los rosales de su finca anegado en su propia luz. No padecía la anosmia de Maeterlinck, que trataba desdeñosamente a Paracelso por haber intentado una clasificación de las flores por su aroma. Cualquier perfume, tímido o violento, lo desvelaba, y empujaba sus meditaciones como una creciente. Entrecerraba los párpados y caminaba por las estrechas callejuelas de tierra apisonada, guiado únicamente por las voces sutilísimas de las flores, como si en realidad oyese el reclamo de su perfume melodioso. A ciertas horas se detenía en el jardín, atraído por la crepitación sostenida —como la de la sal arrojada al fuego— de las flores que altercaban. A veces el mismo viento que hacía balancear los tallos de retama, le llevaban el mensaje de la tierra y la montaña. El rostro alargado del soñador, bajo el fastigio de alta frente surcada de finísimos pliegues se inclinaba sobre las flores de un carmín subido, regadas por la buena sangre de los crepúsculos riojanos. Los ha contemplado muchas veces y ha perseguido el dibujo armonioso de sus pétalos jaspeados. Los rosales hablan a su emoción con poderosa elocuencia. Sólo por ellos habría permanecido toda la vida en Chilecito, entre los tallos ramosos cubiertos de aguijones, sobrenadando en su atmósfera balsámica. Pero no pudo ser. El país reclama siempre a sus hijos mejores y es necesario cumplir con más altas exigencias, a despecho

de renunciamientos y desgarramientos. Joaquín V. González, el cenobita de Samay Huasi, realizó una obra singular y ciclópea. Fue un hombre ejemplar, un maestro de esos que raramente nacen y que honran en la vida y en la muerte la dignidad de la conciencia humana.

Murió en Buenos Aires el 21 de diciembre de 1923, a los 60 años. Por voluntad del Gobierno de la Nación y a pedido del gobierno y el pueblo de La Rioja sus restos fueron trasladados a Chilecito. La ambición del autor de *Mis Montañas* fue cumplida. Descansa a la sombra de un aguaribay que él mismo había plantado años atrás.

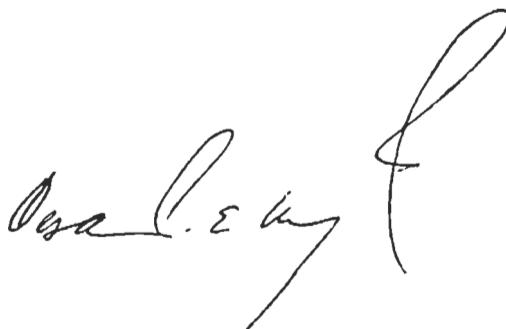
Su obra completa se compone de veinticinco volúmenes. Pero bastarán tanto como su vida, su ejemplo y sus libros, las pocas líneas de su declaración de fe para hacerlo inmortal:

“Yo no soy un pesimista, ni un desencantado, ni un vencido, ni un amargado por derrota alguna, afirmó. A mí no me ha derrotado nadie y aunque así hubiera sido, la derrota sólo habría conseguido hacerme más fuerte, más optimista, más idealista; porque los únicos derrotados en este mundo son los que no creen en nada, los que no conciben un ideal, los que no ven más camino que el de su casa o su negocio, y se desesperan y reniegan de sí mismos, de su patria y de su dios, si lo tienen, cada vez que les sale mal algún cálculo financiero o político de la matemática de su egoísmo. Trabajo va a tener el enemigo para desalojarme a mí del campo de batalla! El territorio de mi estrategia es infinito, y puede fatigar, desconcertar, desarmar y aniquilar al adversario, obligándole a recorrer distancias inmensurables, a combatir sin comer, ni beber, ni tomar aliento, la vida entera, y cuando se acabe la tierra, a cabalgar por los aires sobre corceles alados, si quiere perseguirme por los campos de la imaginación y el ensueño. Y después, el enemigo no puede renovar su gente, por la fuerza o por el in-

terés, que no resisten mucho tiempo; y entonces, o se queda solo, o se pasa al amor, y es mi conquista, y se rinde con armas y bagajes a mi ejército invisible e invencible”.

Este es el hombre que nació hace cien años en un rincón argentino para honor de la especie.

Bruselas, 1963.



Exposición de Carlos G. Cañas en la Galería Forma (*)

Por Alfonso ORANTES

La obra de arte no se impone como objeto de gozo o conocimiento sino que se ofrece al espíritu como interrogación y hasta como duda. Desde que encuentra una mirada, atrae irresistiblemente a la conciencia crítica por ser un hecho, una realidad nueva que se revela en el hacer y si el artista tiene el valor de crear frente a la incomprensión y al olvido, y aun frente a la muerte, dice Picón, es porque, sabiéndolo o ignorándolo, lo habita el sueño tenaz de que hombres desconocidos, descubrirán un día su obra. Lo esencial para un pintor es su pensamiento, no los rasgos de su pintura. Si no tiene algo que decir, su problema es el mismo que el de los demás pintores. Pero el artista verdadero no de-



ALFONSO ORANTES

sea aplausos, sólo quiere la existencia de su obra: intercambiarla con una

* Esta Exposición fue inaugurada el miércoles 12 de febrero de 1964.

actividad y un objeto, porque de las obras de arte se puede afirmar lo que los filósofos idealistas dicen de los objetos: son representaciones. Ser un objeto no basta a la existencia de la obra: le es necesario también ser objeto de conciencia.

Define al artista la pasión que consagra a su arte: de ningún modo la ilusión de una verdad absoluta. La crítica sabe que el arte es un constante cambio. Por eso la creación artística no emana enteramente de un acto misterioso e irreductible. El creador apela a fuerzas enigmáticas.

Es así como frente a la obra de un pintor sentimos, muchas veces, desconcierto. El artista es un creador de formas. Forma e imagen son cosas distintas. La iniciativa de la forma conduce al estilo. El trabajar la forma renueva el estilo. Por lo mismo, la pintura como espectáculo de los valores plásticos impresiona a quienes no tienen idea de la pintura. Pero la pintura como sistema orgánico, congruente y consciente, es la única vía que conduce a la solución de esos valores por la pintura misma. Sin estos postulados previos no es posible ingresar y comprender al arte actual.

“La pintura llamada abstracta no es abstracta en el sentido de una ruptura con el hombre y con la vida”, ha dicho Guillermo Baumeister. Las sensaciones del artista son del todo naturales y también ciertas formas naturales, como la superficie del agua, las ondas, y la arena, la corteza del árbol, las formaciones geológicas, los ramales y todo lo que es visible, en tanto que constituyen la estructura o modu-

laciones en la naturaleza, no son extrañas a la pintura actual. El arte abstracto, mejor dicho, informal, es un arte de síntesis. Sugiere la esencia de las cosas. El artista que realiza un arte así, revela “el espíritu del fuego”, el “espíritu de la tierra”, el “espíritu del cosmos”, no la tierra, el fuego o el cosmos. Por eso se nos descubren mundos extraños en la exigencia de esa síntesis; pero sin excluir el lirismo y la rigurosa construcción. “Fotografías tomadas con el micrografo electrónico (óxido de carbono, fibra, metal, etc.) ofrecen similitudes sorprendentes con ciertos pintores abstractos”, ha dicho alguien. Los poderosos microscopios presentan igualmente mundos ayer invisibles que fueran pintados antes de su descubrimiento por Kandinsky. Por eso cabía preguntarse: ¿es el arte abstracto un engaño? La respuesta fue evidentemente negativa. Los artistas informales, son tan concretos y realistas, dentro de su expresión, como cualquiera otro. De esto no hay duda alguna.

El arte abstracto, lo que ahora se denomina informalismo en la pintura, no es llamado así por no ajustarse a circunstancias prevenidas, por no tener seriedad o no estar en su punto definitivo, sino por la ausencia de forma convencional que tampoco hay que confundir con lo informe. El informalismo es un movimiento de insospechada e inconmensurable amplitud.

Se ha dicho que el arte debe ser hoy “estupefaciente”; pero no como la droga que debilite o suspenda la actividad cerebral, sino como su incitante, como algo que nos asombre y

trasponga a otros mundos y nos haga experimentar nuevas sensaciones. “Lo excepcional, el paroxismo, la magia, el éxtasis total”, es la ambición del arte no figurativo al pedir de Tapié y hace cuatro siglos, Leonardo da Vinci dijo: “Si observamos las manchas de algunos muros o la mezcla extraña de colores de ciertas paredes jaspeadas, podrán advertirse inventos y representaciones de diversos paisajes, confusiones de batallas, actitudes espirituales, posturas de cabezas o figuras extrañas, vestimentas caprichosas e infinidad de otras cosas, porque la mente y el espíritu se excitan en medio de esta confusión y descubren en ella cosas nuevas.” He aquí en germen, el postulado, la clave de lo informal, de lo abstracto; “porque la mente y el espíritu se excitan en medio de esta confusión y descubren en ella cosas nuevas”, es que el pintor auténtico las descubre y las revela.

Y vayamos a la pintura de Cañas. Pintura difícil, porque él mismo se pone dificultades para vencerlas. Pintura atrevida y equilibrada al mismo tiempo, en donde el utilizamiento de los materiales indica no sólo seguridad en lo que realiza, sino dominio al aplicar elementos ajenos a la materia pintura; pero cuyo recubrimiento con barnices, esmaltes, tinta china, etc. y la talla sobre la misma imprimen, aparte de variedad, vigor, carácter, que, al trascender en su expresividad, ofrecen firmeza como obras conscientes y consistentes.

La pintura de Cañas habla de otras latitudes. Dentro de una colorística complicada y rica, en la que predominan la delicadeza y la fuerza, para ob-

tener una abstracción pura, se advierte depurado gusto, sensibilidad lindante con lo hipersensible. Hay no sólo reminiscencias terrenales desérticas ignotas, desoladas e inhóspitas, sino cariz astral, fantasmagórico y espectral en varios de sus cuadros, de los que tampoco se excluye ni lo mitológico ni lo geológico o lo arqueológico, pese a la voluntad del pintor de no caer en el último aspecto expresivo; es que en él aflora, desde lo ancestral que está en las raíces tróficas de sus antepasados indígenas, a su eclosión creadora, esa riqueza de lo legendario y mítico. Por otra parte hay un lirismo que llega desde lo más hondo del sentido y sentimiento pictóricos, innatos en Cañas, debido a que obedece a su impulso onírico, a su instinto cósmico orientado hacia lo mágico, logrando así realismo auténtico en lo pintado. Al par que finura y delicadeza coexiste en su pintura desgarradora y trascendental dramaticidad porque Cañas mantiene, en algunos de sus cuadros, lo entrañable de la creación, la dificultad para decir su mensaje, no como balbuceo sino como lenguaje que por sí mismo narra su génesis, curso y madurez.

Equilibrado en su audacia, Cañas ofrece la conceptualización personal de su pintura. Los problemas que se plantea, son resueltos a través de su elaboración, mediante soluciones previas y resoluciones finales, valiéndose de una temática o de una problemática difíciles en sus texturas, porque, principiando en un trazo, pueden convertirse en laberinto geométrico que debe ser salvado mediante tonalidades de color, su acentuación o desvanecimien-

to, equilibrando relieves, frisaduras, estampados, tallas en los materiales y elementos no pictóricos que su voluntad o inquietud le piden e imponen. La pintura de Cañas tiene una virtud cardinal y prepotente, no es enfermiza; su vitalidad nos lleva de la revelación terrena a la alucinación cósmica, de la sensación de lo vislumbrado en el mundo circundante a lo imaginado y coexistente en el cosmos donde las dimensiones son ilimitadas.

Hay en muchos de sus cuadros transparencias submarinas en donde anémonas inmovilizadas flotan y diaphanidades aéreas en las que aparecen indicaciones cósmicas como extraños símbolos o signos de lo desconocido pero sentido. Su informalismo va con su voluntad y se expresa mediante lo subconsciente logrado por virtud del hallazgo feliz y rotundo. Sus temas son problemas. Es un pintor que se propone realizar dificultades y vencerlas, en esto radica, sin duda, su fuerza y firmeza, su programa y concepción pictóricos. Esta virtud de Cañas es lo que le insufla vitalidad y resistencia que pocos pintores pueden superar.

En estas treinta y cuatro obras está demostrada la capacidad del trabajo creador de Cañas, su fe en la pintura, su vigor y juventud renovadas, su fantasía y porvenir. Abarcan un período de fines del año 63 y principios del 64. Sólo por sus dimensiones puede advertirse el tamaño de su ambición. Una pintura de grandes proporciones tiene la dificultad y la factibilidad del espacio. Llenar grandes superficies con figuras, paisajes o arquitectura fue siempre desvelo de pintores. Para Ca-

ñas, la dimensión es acicate y estímulo a su necesidad ambiciosa y fantaseadora, a su poder creativo y al poder de trabajo infatigable que le mueve. Esto por sí solo es virtud y definición confiada y segura.

Cañas puede muy bien decir como Solages: "Cuando comienzo un cuadro no sé lo que voy a hacer, aunque lo sepa. Es lo que hago lo que me indica lo que busco. Comprendo lo que busco pintando." Se podrá como lo ha hecho Roberto Rey, ir "contra el arte abstracto", y escribir su diatriba; pero el arte abstracto existe y es una necesidad expresiva de la época. Aparte de las finalidades sociales del Arte, el arte abstracto es la culminación de un movimiento que se inicia en las cavernas y prosigue, encubierto, en todas las tendencias y escuelas; es tan antiguo como el hombre mismo; por eso Malraux ha dicho que "el arte moderno considera la obra menos como un objeto que como una firma." La educación del gusto tiene que pasar por la educación del juicio. Cada obra auténtica exige un esfuerzo nuevo. Es en el contacto con la obra nueva donde la experiencia estética descubre su verdadera naturaleza, sus tanteos, sus interrogaciones, su apelación a los recursos del espíritu y de la cultura, su juego de perspectivas y de confrontaciones, dice Picón con gran acierto.

Han sido a menudo, dice un autor, los literatos quienes han comprendido mejor a los pintores. Pero lo malo es hacer literatura de un arte como la pintura. Y en el caso de Cañas, nunca la literatura estuvo más alejada de la pintura que en su obra y cada vez se aleja de la posibilidad de caer en una

debilidad que la transforme en adrógina. Ya se habla de que las representaciones abstractas derivan de la criptografía y no de la pintura. Si se admite que la figura no es más que un soporte, este soporte resultó insuficiente para la evolución y transformación de la pintura. Los grandes innovadores rompieron el soporte por insoportable y débil y descubrieron que la naturaleza de la pintura está en sí misma, o lo que es igual en el color. El descubrimiento del informalismo consiste en que su expresión es "un estado de alma". Pero hay más todavía, la idea, esa cosa abstracta, es lo más concreto, y el logro de lo figurativo es haberle dado realidad mediante el color y la conformación. Mediante ella el pintor logra provocar estados de ánimo tales como desasosiego y asombro, duda y hasta repulsa e indignación. Lo característico del arte abstracto es que no es nuevo, adviene con el hombre, pero el antropocentrismo lo encubre y anula sin ahogarle.

Quienes van contra el abstracto, afirman que "abre camino a todas las impericias, a todas las facilidades, a todas las presunciones, a todas las impotencias"; pero el hecho de que haya simuladores y farsantes no prejuzga de que lo abstracto, cuando es legítimo, sea dificultad, poder, certeza. Pero es ésta una cuestión que no puede dilucidarse en cuatro líneas. Dejemos su respuesta al futuro.

Volviendo a esta realidad que es Cañas, lo único afirmable frente a su obra es su demasía para El Salvador y para Centroamérica, su ámbito y prueba total definitiva serán ambientes más amplios y si como lo esperamos pasa la prueba del fuego en donde los pintores se acaban o engrandecen, para Cañas, la crítica de afuera será la que le consagre en Nueva York o París, en Washington y Tokio, Buenos Aires o Roma, pero nuestro diagnóstico es que Cañas debe salir de nuestro medio para que podamos apreciar su dimensión y su valía.

A handwritten signature in black ink, consisting of several fluid, connected strokes. The signature is positioned in the lower right quadrant of the page.

Díscurso Pronunciado por el Embajador de El Salvador en París, Dr. Ricardo Gallardo

Señor Presidente y Concejales del Municipio de París,
Señores Embajadores,
Señores Representantes del Gobierno Francés,
Señores y Señoras:

¿Cabe pensar que la vida humana, y sobre todo la de los hombres geniales, consiste en una trama indefinida de hechos más o menos sensacionales, más o menos banales, pero cuya malla no siempre puede notar el común de los mortales?

El acontecimiento que festejamos hoy y que, en suma, consiste en hacer penetrar en vuestra morada el alma y la memoria de un poeta desaparecido, tuvo su origen en San Salvador, en una tarde de verano de 1882.

Por primera vez RUBEN DARIO, a quien en su Patria conocían ya bajo los títulos de “niño prodigio” y de “niño poeta”, y que desde la edad de cinco años sorprendía a sus compatriotas por su inspiración lírica, cruza las fronteras de Nicaragua para establecerse en San Salvador. Fue allí donde, en el curso de los años, se casó por primera vez, en 1890, con una salvadoreña a quien el poeta bautizaría en sus versos con el nombre de *Stella*.

Fue la primera impresión del extranjero —si cabe pronunciar ese nombre bárbaro para designar a los países hermanos de América Central— que el poeta

percibió en su vida, que más tarde debía ser tan agitada para él, ofreciéndole la oportunidad de conocer tantos otros países.

En la ciudad de San Salvador vivía, desde su infancia, un hombre extraño, cuya inspiración poética parecía estar petrificada en los modelos legados por la Mitología griega, la ciencia de los geroglíficos maya-nahuatlés y el ejemplo de la versificación propia de los románticos, de los simbolistas y de los parnasianos franceses.

Francisco Antonio Gavidia (1864-1955) fue el nombre de ese Mentor que debía transformar por completo la mentalidad y encauzar la inspiración de RUBEN DARÍO. Su encuentro tuvo lugar una tarde, mecida suavemente por la brisa del Océano Pacífico e iluminada por la erupción, siempre brillante, del volcán salvadoreño "Izalco".

Caso muy raro de gratitud por parte de un poeta que había ya alcanzado el zenit de la gloria, fue cuando RUBEN DARÍO reconoció, en su *Autobiografía*, que al salvadoreño Gavidia correspondió el insigne honor de haber empleado, el primero en lengua castellana, el alejandrino francés, que se asemeja por la métrica y el ritmo, así como por el número de sílabas, al hexámetro, o sea a la asclepiada griega y latina.

Esta operación de traducción, con el corazón en la mano, podríamos decir, se efectuó sobre los textos de alejandrinos célebres del inmortal Víctor Hugo, cuya vasta obra conocían a fondo los dos poetas centro-americanos.

Con anterioridad al descubrimiento de Gavidia, que en 1882 tan sólo tenía tres años más que DARÍO, el método de versificación consistía en emplear los versos endecasílabos de origen italiano, que los españoles habían utilizado desde el Arcipreste de Hita hasta Iriarte, pasando por Garcilaso.

La más absoluta laboriosidad en la composición del verso, la adopción del alejandrino francés, la riqueza rebosante de su imaginación, la multiplicidad de las fuentes empleadas, el estilo siempre persuasivo y dominante, el repliegue en las más inesperadas situaciones, la perfecta musicalidad de los vocablos, la profundidad para tratar los temas de mayor universalidad y vastedad, he aquí las cualidades que harían de DARÍO el más grande renovador de la lengua española, entre los versificadores que vivieron de 1890 a 1916.

Hay momentos en la historia de la humanidad en que aparecen nuevas formas de acción y de pensamiento, de manera tan brusca e inesperada que más bien pareciera una especie de explosión con carácter científico.

RUBEN DARÍO vino al mundo, como lo confirmó en su crónica necrológica el inmortal clásico uruguayo José Enrique Rodó, en el preciso momento en que la poesía española bregaba por regenerarse, mediante la selección y la delicadeza.

El poeta apareció cuando la lengua de Góngora y de Quevedo urgía por adoptar el movimiento de liberación y de aristocracia artística que había triunfado en la mayoría de las lenguas cultas.

Este sentimiento de renovación radical fue expresado por D. Miguel de Unamuno cuando, en enero de 1903, lanzó contra el purismo esta frase:

“Hay que volver a levantar voz y bandera enfrente y en contra del purismo casticista de esta tendencia que... es, en realidad, solapado instrumento de todo estancamiento espiritual...”

Por su parte Rodó, en América, exclamó, pensando en la acción influyente que DARIO había tenido en la construcción del modernismo castellano:

“La atmósfera y el renombre del simbolismo francés, encontraron en un lejano país de América Central, en Nicaragua, el más industrioso artífice y su exponente más brillante”.

Conforme a la reflexión hecha por el profesor Barbagelata, hoy presente en esta ceremonia, el poder y la garra innovadora fueron tan lejos que por primera vez en España el genio americano fue respetado y aclamado como iniciador.

Fue entonces cuando el gran crítico español D. Juan Valera reconoció, al comentar las páginas del inmortal “AZUL”, de DARIO (1888-1890), que si la mentalidad del autor se inclinaba por los galicismos, su lenguaje, en cambio, hendía sus más profundas raíces en lo más legítimo de la lengua española, la misma que los críticos reconocieron como siendo de la mejor calidad, tal como fue escrita tan sólo por los primitivos y los autores de la Edad Media de España.

Esta vinculación con el fondo más profundo del alma española, debió de ser aceptada por Menéndez y Pelayo en España y por José Enrique Rodó en América. Fue éste uno de los rasgos más atrayentes y de más quilates que caracterizó la cultura del gran DARIO, a quien Emilio Castelar debía calificar un día “el rey de la lengua española”.

En cuanto a la obra literaria de RUBEN DARIO, conviene insistir en que debe saborearse sin ideas preconcebidas. Es erróneo suponer que nuestro poeta puede calificarse de “desarraigado” o de “trasplantado” de América. Pues, si es exacto afirmar que el vate nicaragüense rindió grandes servicios a Francia, en general, y a París, en particular, dando a conocer sus encantos y la “douceur de vivre” típica de estos lugares, hay que admitir que este poeta americano también supo glorificar los personajes de nuestra historia y entonó cantos a las virtudes de las razas aborígenes y al orgullo de las épocas pre-colombinas, ya tan remotas.

Indiscutiblemente, RUBEN DARIO reprodujo, con una maestría sin par, el ejemplo de los grandes coloristas clásicos de la historia, para forjar armazón y fondo de su inextinguible cultura. Fue en el pozo de sabiduría que consiste en afirmar los valores de la universalidad y de la comunión de los

pueblos, antes que nada y antes que todos los países del mundo entero, donde RUBEN DARIO encontró su broquel y su ariete, los más consistentes y los más poderosos. Fue esta fe inmensa que él expresó en todos los pueblos de la tierra, en una forma tan bella y positiva, la que permite considerar a DARIO como uno de los auténticos genios de la humanidad.

Uno de los rasgos más impresionantes del genio poético, es el que le permite pertenecer a todos los pueblos de la tierra, al mismo tiempo que tañer su lira conservando una visión singular de las cosas y de los seres. Tal fue el caso de RUBEN DARIO, cuyo verbo le autorizó a cantar las virtudes de todos los pueblos del planeta en donde él había permanecido, así como la de aquellos cuya vida ignoraba, pero donde su imaginación extraordinaria lograba transportarlo.

Un día exclamó que no había ninguna patria que fuese minúscula como tampoco algunas que fuesen más pequeñas que otras. En el fondo, según el poeta, cada individuo está en capacidad de concebir a su propia Patria y de soñar en ella en la forma que la desea.

Excusadme, si sobre este tema os recuerdo estos versos de DARIO:

“Si pequeña es la Patria, uno grande la sueña
Mis ilusiones y mis deseos y mis esperanzas
Me dicen que no hay Patria pequeña
Y León es hoy a mí como Roma y París.”

El DARIO que esto pronunció fue el mismo que había reconocido que procedía de Grecia, de Italia, de España, de Francia, de cada uno de los países latino-americanos y, bien entendido, de Nicaragua.

La Patria, para RUBEN DARIO, consistió siempre en una Patria selectiva. Sin duda la Patria de DARIO estaba más cerca del mundo latino y de la civilización mediterránea que del ambiente anglosajón, pero no convendría olvidar nunca que para el poeta se trataba de una entidad policolonial, una especie de “Patria Summa”, tal como la concibieron genios como Erasmo, Vives, Pascal y Goethe.

Es muy meritorio, en este mismo orden de ideas, que una de las mejores alumnas de la Facultad de Letras de la Sorbona de París, la señorita Faurie, sintetizase esta misma tendencia de RUBEN DARIO, al afirmar que este insigne buscador de patrias intelectuales fue un docto profesor de mitología clásica, puesto que la HELADE fue para él la tierra preferida, lo que no le impidió otear otras patrias semejantes, que tuviesen para él ese mismo sentimiento de inspiración: la Francia del siglo XVIII, la España medieval, el mundo latino, l’Orbes “AMORIS” super-temporal y super-espacial.

Sin duda, y nunca es demasiado tarde para admitirlo, el poeta cuya memoria ahora conmemoramos fue, en el verdadero sentido de la palabra, un individualista y nunca un gregario, ni un amante de la promiscuidad. Esto último

no contradice lo que antes dijimos de su cultura, de su saber y de sus pasiones, las cuales fueron universales y estaban impregnadas de un espíritu positivamente social.

Rememorando un pensamiento ilustre admirablemente expuesto por el desaparecido Albert Camus, la primera regla en el arte consiste en que éste no debe convertirse en un lujo falaz, y esto, Señoras y Señores, DARIO nunca lo imaginó, ni lo quiso, como tampoco nunca lo vivió.

Nuestro poeta jamás consideró el arte como divisible. Fue por ello que no se alejó de la viva realidad; debemos reconocer, sin embargo, que esta realidad, para el poeta nicaragüense, sobrepasó los límites de las diversiones de un artista solitario o el cuchicheo de los corrillos en los salones de sociedad. Quienes imaginen lo contrario son, en mi opinión, lectores poco asiduos de RUBEN DARIO, o se han limitado a leer su sonatina, sus sonetos, sus frases de amor escritas de su mano en los abanicos de las mujeres. . .

Los temas de su predilección: EROS, CHRONOS, PAX, los desarrolló conforme a la tradición inspirada en su propio arte. Es entonces cuando el poeta nos da la ilusión que ha creado su propia regla, hasta concluir por creerse Dios.

Es cuando traduce los sufrimientos y la dicha de todos en el lenguaje de todos, que DARIO se convierte en un ser de dimensión universal. En verdad, según el pensamiento de Camus, es gracias a la comunicación universal como el artista se convierte en un ser superior.

Ya el filósofo griego Cleantos afirmó que:

“No hay para los hombres ni para los Dioses
más alto privilegio que el de poder cantar
cabal y siempre la ley común para todos.”

El mar, las lluvias, la necesidad, el deseo, la lucha contra la muerte, y por qué no agregar la lucha por la vida, he aquí lo que nos une a todos.

Los sueños cambian según los hombres, pero la realidad del mundo es nuestra patria común.

En la medida que RUBEN DARIO supo glorificar, con una perfección muy humana, las enseñanzas y los sentimientos que otros genios habían expresado, tal vez, en otros países, en otras edades y en otras latitudes, merece nuestra admiración y los dulces recuerdos que ahora expresamos hacia su ilustre memoria.

Porque durante su vida logró identificar la poesía y la verdad, por una parte, y la paz del mundo por otra, tal como lo aconsejó el divino John Keats, cuando dijo:

“Truth is beauty
And beauty is truth

That's all we know
And that's all is worth to know",

es por lo que debemos perseverar conservando en nuestros corazones una ofrenda votiva a ese filósofo, disfrazado bajo los rasgos de un poeta exquisito, cuyo nombre fue RUBEN DARIO.

* * *

Los modestos trabajos que inicié desde hace unos diez años, de carácter privado, primero, y luego como Presidente del Comité pro Rubén Darío, destinado a descubrir, controlar y exponer las fechas de permanencia de RUBEN DARIO en Francia, así como sus residencias parisinas, me han permitido asegurar que habitó en la planta baja de este inmueble, situado en el número 4 de la rue Herschel, desde 1909 a 1912.

Aquí vivió con su "acompañante" española, Francisca Sánchez del Pozo (fallecida hace poco tiempo en un hospital de Madrid, a los 83 años) y con el hijo de ambos, a quien el poeta llamaba Güicho. Durante ciertas estaciones les hacía compañía la hermana de Francisca, llamada María y la doméstica de la familia, cuyo nombre era Genoveva.

Aquí vino a establecerse durante el primer trimestre de 1909, sin por ello abandonar su cargo de Ministro ante su Majestad Católica Alfonso XIII. Desde aquí emprendió dos viajes a América, conservando el apartamento.

Realizó el primero de esos viajes en 1910, y llegó hasta Veracruz, en Méjico, pasando por La Habana, como Delegado del Gobierno de Nicaragua, para conmemorar el primer centenario del "Grito de Dolores".

Mediante su segundo viaje, en 1912, sus ojos se recrearon con el espectáculo de la deslumbrante Bahía de Río de Janeiro y se entrevistó con sus queridos amigos de "La Nación", residentes en Montevideo y en Buenos Aires. Desde la Argentina escribió cómo le hacía falta la calma y la tranquilidad de que solía disfrutar en esta casa parisina y que ya pensaba en el momento en que volvería a ver a los suyos.

A su regreso, que tuvo lugar en diciembre de 1912, el poeta mudó de residencia, siempre en compañía de sus caras gentes, para habitar en el número 133 de la rue Michel Ange, de Auteil.

¿Es indispensable recordar que en aquel entonces el poeta estaba ya en la apoteosis de su gloria mundana? Ya la mayoría de los escritores de la época le habían discernido los más altos cumplidos. El propio "Príncipe de las Letras francesas", Paul Faure, lo consagró durante una cena en el café Voltaire, como si fuese uno de ellos.

Refiriéndome a las obras que publicó cuando habitaba en este apartamento, debo decir que conviene mostrarse particularmente cauto, ya que muchas de ellas no salieron a la luz sino algunos años más tarde.

Aquí redactó indiscutiblemente a la gloria de Méjico el prólogo que hizo a la obra de Carrasquilla Mallarino, poeta colombiano y gran amigo de DARÍO, como también redactó el “CANTO A LA ARGENTINA” para festejar el primer Centenario de la Independencia de aquel país.

“Le Mercure de France” le consagró varias columnas elogiosas y DARÍO aprovechó su permanencia aquí para escribir numerosos artículos destinados a “La Nación”, de Buenos Aires. Con los hermanos Guido, sus amigos de antaño, fundó, en mayo de 1911, la revista ilustrada “Mundial” y “Elegancias”, cuya lectura se convirtió pronto en un verdadero deleite para los espíritus selectos de la época, tanto en Francia como en el extranjero.

Desde este modesto refugio escribió, directamente en francés, su majestuosa Oda intitulada “FRANCIA-AMERICA”, de la que no puedo omitir el citarnos esta magnífica estrofa:

“Marsellesas de bronce y oro que van por el aire,
son para nuestros corazones ardientes el canto de la esperanza.
Oyendo del gallo galo el claro clarín,
se clama: ¡Libertad! Y nosotros traducimos: ¡Francia!”

En 1911 aparece en la Editorial Garnier Hermanos una pequeña recopilación de sus *Cartas*, cuyo sentido filosófico y sabiduría no atrajeron de inmediato la atención ni el aprecio del público.

El 28 de mayo de 1911, el poeta asistió, en el jardín del Luxemburgo

“este rincón de ensueños en el jardín divino,
propicio a las caricias como a las gracias es...”

a la inauguración oficial del busto dedicado a la memoria de Paul Verlaine, “le pauvre, el pobre, Lelian” que él había tanto admirado.

Fue una ocasión para darnos a conocer en el “Mundial”, que él conocía otras obras de arte mejor ejecutadas por Rodin que el busto de Verlaine.

Dos obras poco conocidas salen a la luz en Madrid, en 1910; una de ellas es su “ALFONSO XIII”.

En fin, es aquí donde concibe y publica su obra “POEMAS DE OTOÑO”, dedicados a Mariano Miguel de Val, el poeta español que lo había tantas veces ayudado en Madrid. Los “POEMAS DE OTOÑO” son como el canto del cisne del aedo que presiente ya su muerte, rodeada de las tinieblas que proyecta sobre la humanidad la primera guerra mundial.

Sin duda todavía escribirá algunas obras y algunas poesías, pero nunca volverá a reproducir la virtuosidad y la sabiduría del Salomón del Eclesiastés, ni el refinamiento y hedonismo del Omar Khayyam, que había tan fielmente evocado en sus “POEMAS DE OTOÑO”.

En mi calidad de Presidente del Comité pro Rubén Darío, deseo rendir

mis agradecimientos al Señor Presidente del Concejo Municipal y a Su Excelencia el Señor Embajador de Nicaragua por haber aceptado la presidencia de honor de esta ceremonia.

Expreso estos mismos sentimientos de gratitud a las Autoridades del Gobierno francés, a los señores Concejales de la Municipalidad y con mayor atención a los integrantes de la Interagrupación Latinoamericana y al Señor Cónsul General de Nicaragua, D. Luis Ibarra por la colaboración que han brindado a mi modesta iniciativa.

Nos regocija sobremanera el haber alcanzado la meta que nos fijamos hace diez años, a saber, de poder reunirnos un grupo de amigos, de amigos de Francia y de América, para conmemorar el recuerdo de uno de los mas ilustres, de los más geniales y de los más fervientes admiradores de la belleza de Francia y de las maravillas de París.



Poema de Carlo Antonio Castro

(Salvadoreño)

A COLOMBA Y PATRICIO

Azorafa

I

Leoparda torre
nerviosa,
oteadora atalaya,
eréctil eminencia,
noble catadora
de horizontes
verticales.

Torre inquieta,
erguida piel,
alta cuesta,
golosa gustadora
de las hojas solares.
Rigurosa normal,

85

acromegálica jirafa,
esbelta sin embargo,
paradójica,
vecina del neumático
rino

ceronte . . .

Te asomas por encima
de tu propia torre,
respiras
la acacia del viento,
tu lengua se anima,
vierte matices negros.

Dicen los masai
que la jirafa
primordial
quiso beber el agua
de una nube,
que la nube subía, subía
por los pisos del cielo,
y la intensa azorafa
ya no pudo
contraer su fascinado
cuello;
los tetela aseguran
que la bestia elegante
quiso en tiempos ser árbol
(¡quizá lo haya logrado!)
Serio me da mi dómene
de zoología
unas explicaciones
sin ángel, sin encanto:
el número de vértebras,
por ejemplo, es el mismo
que tú y yo tenemos
en el cuello.

¡Nada raro!

Vértebras del Greco,
ingrávidas.
Enhiesta,
maculada dama,
vida en ristre.
A mí se me ocurre
que en Toledo
deberá sembrarse
un jardín de jirafas.
(Dejo escrita mi idea
para cuando resucite
España).

II

Ha culminado en México,
total,
pródigamente,
un amor de jirafas.
Nace,
con prohibición del tránsito
en el parque,
espectadores fidedignos,
consejos
de africanista,
una elegante torrecilla
animada. Hábilmente
proyecta
sus flexibles patas,
líquido vital resbaladizo
la baña. (Se imaginan
palabras en oromo,
en suahili, en zulú,
y se recuerda una
que otra
en clásico árabe

—zalamerías—
para expresar
albricias, parabienes
a la madre vertical,
alta matrona,
azorafa.)

Señora jirafa del bestiario,
progenitora
de una menor infanta mexicana:
Recibe mi entrañable
adhesión estética,
africana azorafa del bosque
de sacros ahuehuetes.

III

Esta jirafa
del altiplano,
nacida aquí con igual
vocación de torre
que su madre,
por encima de cercas
estirará el paisaje,
cultivará horizontes,
mascará sus memorias
(no escribirá nunca),
sus acacias:
visitantes mayores
la verán sin hondura;
ella,
túrrida,
grave,
gravitará.

Mínima jirafa
de Chapultepec,
te rodea
la admiración de los niños
que me acompañan:
despiertan
magníficas cabezas;
cada uno calcula
tu edificio,
desciende por el cuello
tobogán,
se detiene
en la loma del lomo,
cuenta
las manchas, busca
los pardos trazos
de tu piel pradera;
se ve jinete
—corcel arisco—,
corre ensimismado
paso a paso,
lenta la visión
descubridora.
Me preguntan tu nombre.
Que te llamas
—aclaro— jirafa.
(La “deleitosa”
que diría
rudo el árabe
de jotas variadas.)
El niño mexicano
así te entiende.
Pero, ¡ay!,
están unos señores
boquiabiertos
—de los que comen moscas
y no se maravillan—

más allá del alambre,
miran una vez
y vuelven a mirar
sin entender
nada.

Hay uno que confunde
los términos: llama
“camello” a la jirafa.

La dueña de la torre
indignada
le vuelve grupas,
señera azorafa
señora.

IV

Animal de altura,
ahora
más que antes,
jirafa de altiplano.

Juguete
de los dioses
negros,
del país de leones
árbol de asombro;
los niños mexicanos
ya conocen
esos ríos geométricos
que abren cauces
misteriosos
en tu piel,
que forman charcos,
bautizándote.

Una azorafa nace:
Se levanta una torre,

se alza un obelisco;
el niño aventurero
aprende a andar en zancos,
eleva su alma.

Jirafa
¡oh, perpendicular
azorafa esbelta
de Chapultepec!

(En el Bosque de la Ciudad de México, y en
Huamantla, en ruta a Veracruz).

Jesús



Poema de Roberto Arturo Menéndez

(Salvadoreño)

*“¿Quién subirá por nosotros el primero a pelear
contra los Cananeos”.*

(Jueces 1-1).

Jueces

Si hubo un grito,
un clamor agigantado,
éste fue de Cuauhtemoc.
“¿Quién subirá
por nosotros
el primero a pelear?”
se decían los indios con angustia,
mientras lanzaban
el incienso y la sangre
a los altares.
Los dioses respondieron:
“Cuauhtemoc subirá.
He aquí que hemos puesto
las flechas en sus manos
y el corazón de un puma
entre su pecho”.

Y Cuauhtemoc dijo al Señor de Cuitlahuac
—su hermano de corazón y lanza—

“Sube,
vente conmigo,
compartamos la suerte de morir adelante.
Pelearnos.
Los dioses y la raza nos lo piden.
Ven.
Vamos.
Venceremos”.

.....
El tambor vegetal,
huehuetl sonoro,
lanzó el grito de
¡guerra o muerte!
Trepidó el teponaxtle en la meseta.
Fue grito contra grito.
Fue raza contra raza.
Fue sangre contra sangre.
Fue pecho contra muro.
Fue carne contra plomo.
Un heraldo español
puso tenso el metal en el aullido de su larga trompeta.
Moctezuma II
ha besado el silencio.
Cuauhtemoc arremete.
Cae la ciudadela.
Huye Cortés
y llora fuego
en la noche más plomo de la historia.
Nuevamente las plumas se levantan
tras de los altos muros
de Tenochtitlán, libre
y salvada.
Cuauhtemoczín,
Señor de Tlaltelolco,

vuelve a su carrizal y a sus tulares.
"El Jefe de los Hombres"¹
sabe que aquello no es definitivo,
que tornará la pólvora
a ensuciar el viento con su soplo de muerte;
que detrás de la cruz
retornará la espada con su aguijón de ruina prevenido.
Recio,
eterno,
Cuauhtemoc
toma su posición
en la muralla.
Tiende el arco
y aguarda...

.....
El Sitio.

.....
El Hambre.

.....
La Peste.

.....
¡Fue el combate!

.....
Entran los ballesteros
a las calles de la ciudad sagrada.

Escopeteros, teules,
celebran entre gritos de euforia
la catástrofe.

Para ellos: Victoria.
Para los nuestros: lágrimas.

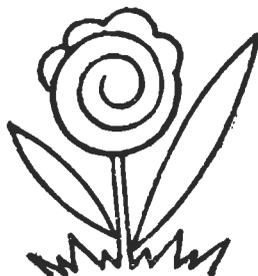
.....
La aprehensión...

.....
El gavilán cautivo
pide la muerte.

¹ "El Jefe de los Hombres": nombre dado a Cuauhtemoc por los Aztecas.

La conoce de siempre.
No la teme.
El le salió al encuentro
en Coyoacán
y le fue arrebatada.
Deparado el dolor,
soberbio,
espera.
El silencio
le encierra
entre su caja.
¡El silencio!
¡El silencio!
¡La mudez infinita!
¡La mudez cosmogónica le cerca!
¡El silencio!
¡El solemne y grandioso silencio de los héroes!

.....



Poema de José Roberto Cea

(Salvadoreño)

Por el Frustrado Amor

I

Fuimos al corazón
y estábamos vacíos.
Fue terrible. Es terrible.
¡Ay, estábamos vacíos!
Y yo, puro. Y tú, pura.
Todas las ilusiones nos llegaban . . .
¡Ay, estábamos vacíos!
Sin historia, ni caminos.
En el desierto.
Sin protección.
¡Niños!

¡Ay, fuimos al corazón
y estábamos vacíos! . . .

¡Qué soledad más grande, espesa y lenta!

II

Es difícil, hermanos,
cantar en la intemperie.

Difícil

con este gran vacío
rodeándonos

cayéndonos de muerte y abandonos.

Cayéndonos de lluvia en praderas sombrías . . .

Es difícil, hermanos,
decir

la agobiante pasión.

Esta pasión de sílabas que vienen . . .

Que fue como una piedra.

Dolor.

Y nosotros doliéndonos dolidos.

Y nosotros pidiendo con el grito

la libertad del llanto.

¡Ay!

El llanto como un mar
que no termina.

Cada llorar: gris gotera
golpeando las raíces.

Cada lágrima, cada ojo

juguete que perdió aquel niño.

¡Cuánto dolor

para seguir cantando! . . .

III

Y es que tanta pasión rodeándonos, despacio . . .

Eramos niños y otros nos llegaron.

A uno lo lloramos.

Y es que estábamos puros y nos llamó la sangre.

Perdimos los días más azules.
Y quedamos vacíos. Y seguimos vacíos. Y nos vamos vacíos.

¡Ay, muchacha!
Fuimos los del dolor y seguimos llorando.
Y es que éramos tan puros
y la niñez
se nos fue de un tirón.

. . . Tú eras niña de cosas celestes y rosadas.
Eras un musgo
de dulces golondrinas y de tardes.
Y es que el sol te andaba en la cintura como un ángel perdido.
Todo el amor del mundo me buscaba
en tus ojos.
Y fue
porque te hallé total.

Y es que yo he sido fuego y bestia.
Atormentado y dulce.
Político y solo. Avido y orgulloso.
Sensual. Tierno y engendrador. Dulce otra vez.

¡Ay, muchacha!
Aquí
Aquí está el hombre, consumido y vivo.
Entero en su pasión.

IV

. . . La casa con un sol.
La tarde en miel dormida . . .

Recuerdo allí tus besos.
Y mis ojos cerrados no te olvidan . . .

Eramos dos
rodeados
de silvestres colores.

Eramos dos amantes:
Grandes y tiernos y entregados...

La vida nos recibió gozosa...

Fuimos los que llegaron
al dolor
cayéndose de bruces...

v

Y es que yo fui un volcán salvaje
de lava ardiente.
Violento y dulce.

La canción en la luna.
Y el olvido en tus ojos.

Yo he sido el gran canalla.
Me querían. Me quieren.
¡Me preparo a ser santo!
Unas solteronas
pretenden ya canonizarme.
¡Ay, me llamo José para la tierra!

VI

Soy el que retorna
y no se encuentra.
Estoy y estás ahí.
Mis ojos huyen de este lugar.
Tu gran tibieza se me aleja.

La plenitud que fue no está.
Y no es otra mujer.
Otro es el llanto.
Con su destino de espina.
Y no es otra mujer.
No.
Soy un forastero.
Retorno.
Me hallo y no te encuentras.

VII

No fui yo solo el que perdió la miel.
Tú iniciaste la pena.
Creció la incertidumbre.
Fue la angustia.
El dolor llegando
reclamó su valle.

¡No bastaron los niños
creciendo en los juguetes!
No bastaron los besos como manos.
Los sueños
se quedaron dormidos . . .
Se nos fueron los pájaros
y cayeron las flores.

VIII

Voy a escribir.
Esta canción me asedia.

Mientras llegan coronas y llantos y otros rostros.
Voy a vivir los sitios que tuvimos.
Voy a los viajes que viajamos.
Voy a limpiar las nieblas.

Mientras llega el final de nuestro encuentro.
Voy a escribir.
Esta canción me asedia . . .

IX

Estamos removiendo las cenizas
de nuestra propia muerte.
Las tocamos y vemos.
Las queremos besar.
Y seguimos de frente (cara a cara)
a pesar del dolor.
A pesar de la angustia
que nos llega.
A pesar de este largo
martirio matinal.

X

Que no haya amor ni odio.
Seamos los olvidados.

¡Nos hemos terminado
todo el amor que nos tocó en un día!

¡Ay, estoy perdido
y sin poder hallarme!
Y sin poder decir,
“Búscame. Encuentra mi camino,
trata que el corazón
suelte nuevas auroras”.
¡Ay, estoy en plena herida
y un cuchillo de sangre
desángrame violento! . . .

XI

Tengo miedo.
Mi retirada está en los versos.
¡Quiero huir!
Dejar estas pasiones.
¡Quiero dejarte atrás y me da miedo!
¡Quiero sentirte lejos y estoy cerca!
¡Quiero vivir de nuevo
y eres tú la raíz de estos poemas!
¡Ay, juventud desbordada, iniciando el inicio!
Alegría y entrega.
¡Eramos una isla con niños esperándonos!
¡Eramos el amor en su almendra más pura!
Pero llegó el exilio.
Vivimos otros rostros.
Pero llegó la historia. Se nos cayó la máscara . . .

XII

Muy a pesar del mundo de los niños.
A pesar de su llanto.
Muy a pesar de su risa fecunda.
Quiero huir. Salirme de mí mismo.
Olvidarme.
¡No encuentro la salida!
Salvaje que me hicieron los dioses de la tierra.
¡No encuentro la salida!
Complicado muchacho.
¡No encuentro la salida!
Situación tumultuosa y descarnada.
¡No encuentro la salida!
Ciego de hueso a hueso.
¡No encuentro la salida!
Con niños sin juguetes.

¡No encuentro la salida!
Sin casa y en la calle.
¡No encuentro la salida!
Buscándome en la sangre.
¡No encuentro la salida!
Queriendo retornar.
¡No encuentro la salida!
Desangrándome entero.
¡No encuentro la salida!
¡Ay!
¡No encuentro la salida!

XIII

Somos los victimarios
y las víctimas.
Los que fuimos al viaje
y naufragamos.
Los del barco perdido en una playa.
Los del túnel y el muro.
Y la salida estaba sin retorno.
Los del sueño
a punto de estallar.
Por esta juventud.
Por este fuego. Por las piedras y la niebla . . .

Espinas y venenos nos miraban.
Nos querían los dientes.
Y caímos de nuevo en otro túnel.
Y llegamos de nuevo a otra noche.
Y seguimos de nuevo en otra sangre.
Y el muro . . .

Estamos en la historia.
Ardiendo.
En el vértigo . . .

XIV

Este es un testimonio
por los que han hablado.
Este es un testimonio
por las huellas dejadas.
Este es un testimonio.
Valga por eso el canto.
Valga para apartarme
de mi ira.
Que me libre del grito
y de su zarza.

. . . Y si después de todo
continúa la pena.
Y si después de todo
me señalan el llanto;
les diré que se vayan a sepultar su voz,
su injusta voz,
en medio de los cardos . . .

A handwritten signature in black ink, appearing to read "José Martí". The signature is stylized and somewhat abstract, with a large circular flourish above the name.

Pintor de Apariciones

(Cuento)

Por SALARRUE

El 7 de febrero por la tarde recibo una llamada por teléfono. Pregunto quién es. Contesta una voz de mujer joven:

—¿Señor Arruí...?

—Sí.

—De parte del Doctor Norfolk, Psicólogo. Soy Miss Astrov, su Secretaria y Enfermera de clínica. Desearía él concertar una cita con usted. ¿Puede señalarme hora en los tres primeros días de la próxima semana?

—Está usted segura de que no hay un error, de que es a mí a quien él desea ver?

—Es usted el artista..., pintor?

—Sí.

—Entonces no hay error.

La voz ha sonreído. Yo invito al Psicólogo para el lunes a las 10 de la mañana, en mi estudio.



SALARRUE

Sigo pensando si no seguirá habiendo error. Tal vez yo debía consultar al Psicólogo, no él a mí. ¿Para qué? Porque me ha estado estorbando en la mente un argumento en contra del consejo dado en público, en "The Mirror" por el Psicólogo Dr. R. J. Wentworth-Rohr a Edna Somthing, una de sus pacientes que padecía de melancolía aguda, que se sentía aislada, olvidada de todos y que cuando buscaba hacer amistades, le daban siempre con la puerta en la frente. Sola entre millones de gentes, esta muchacha melancólica de Nueva York se iba a la escalera para escape de incendio, en la culata de su casa y se quedaba oyendo las voces, las risas y las músicas lejanas. Todo aquel barullo de promiscuidad suburbana que ella no podía gozar por mucho que lo deseara. Sin embargo era bonita.

El consejo del Psicólogo a Edna, después de muchas consideraciones acerca de lo que debieran hacer los clubs y los grupos religiosos por estas almas tristes que, según él, están siempre al borde de un peligro, en lo que se insinúa desde la entrega a ciegas hasta el suicidio, el consejo a Edna, decimos, fue éste: "Recuerde siempre que usted no está sola en su melancolía, en su tristeza. Miles de otros como usted están deseando tener amigos, compañeros, comprensión, simpatía. Los desprecios que puedan hacerle las personas que desconfían por algo y no le dan la bienvenida cálida que se merece, aunque son amargos no son fatales. Vale la pena esperar y buscar, pues la amistad al fin llega. La persona melancólica y esquiva no la hallará

nunca si se retrae dentro de sí misma".

Lo que yo quisiera decir al Doctor Wentworth-Rohr o a cualquier otro Psicólogo es que, en mi opinión, ese estado de abandono, de aislamiento, que por fuerza trae consigo melancolía y tristeza, es sólo la oportunidad que el alma nos da como un regalo para eso que al final se lee en el consejo a Edna, para que pueda "retraerse dentro de sí misma". Yo diría a Edna: "Ha llegado el instante de tener valor y hacer la propia amistad, el propio conocimiento. Nadie llegará nunca a ser realmente alguien, a ser importante, a ser feliz, si no pasa por estos instantes de desolación que conducen a la persona hacia el interior, hacia la búsqueda del verdadero Yo". Y una vez más el "Nosce te ipsum" resplandece escrito en estrellas sobre la noche oscura para que sea el consejo por excelencia a todos los que anhelan la unión con los otros, con el mundo y con la Vida; la unión con Dios.

* * *

La consulta del Doctor Norfolk es más curiosa de lo que a primera vista parecía. El ha visto un cuadro mío pintado en Centro América: "La Monja Blanca". Según él tiene entendido, éste es el retrato de una aparición.

—¿Estoy mal informado...?

—Si estuviera usted bien informado —digo— ¿qué pensaría de ello; lo daría por un hecho?

Se revuelve en su sillón y en su son-



Ilustración de Maya Salarrué.

risa de hombre sano, gordo y próspero.

—Hay especialidades —dice el Psicólogo—, algunos pintan niños solamente, otros pintan sólo flores, sólo payasos o caballos. Usted podría especializarse en fantasmas. Un buen Psicólogo no se ríe nunca de afirmaciones como la que usted podría darme sobre su cuadro.

—Otros pintan locos como El Greco —le digo— según Gregorio Marañón, un Psicólogo de allá, de España.

—Siempre hay una explicación en todos los fenómenos, sean fisiológicos o psicológicos.

—Si fuera fisiológico —le digo— yo sería (ni más ni menos) un afortunado pintor de apariciones. Pero..., ¿qué pintor no lo es...?

—Cierto —dice—. Pero esa monja era una tía suya ya muerta, ¿no es así?

—Tía abuela.

—Y estaba loca.

Recuerdo que el título de mi cuadro en el catálogo de la casa Knoedler agrega al adjetivo “blanca” el adjetivo “loca”.

—Era lunática. Su locura era *el mal de místico*, como suele llamársele. Hablaba con la Virgen María y con el Niño Jesús. Pero no era únicamente en la línea religiosa que su “caballo de luna” la llevaba, también se sentía Duquesa o se enguantaba porque el *bienteveo* que manchaba sus manos le parecía una especie de *don del nácar* que llamaba demasiado la atención de los hombres galantes.

El Dr. Norfolk insiste:

—Y usted la imaginó así, con la or-

quídea en la mano y el libro o la vio en sueños y la recordó...

—¿Y por qué no un fantasma materializado que se sienta a posar de modelo?

Quizá quiero que el Psicólogo se deje de rodeos. Me acuerdo en ese momento de Salvador Dalí diciendo: “Salvador Dalí es el más grande pintor del mundo” y poniéndose las puntas de los larguísima bigotes sobre las orejas como para leer con anteojos invisibles la angustia o el desprecio o la rabia de sus entrevistadores.

El Psicólogo tiene un poco de miedo ahora de que yo afirme rotundamente que eso sucedió así.

—Ella pudo haber acudido a mi invocación desde las regiones celestes o astrales o desde su tumba (si a usted le parece más lógico) allá en la Vera Paz de Guatemala, donde vivió, enloqueció y después murió donde la orquídea crece.

—Lo importante —dice— es que es una aparición. Usted la vio o no la vio, la imaginó y en la obra hay eso, el misterio del otro mundo.

—Yo la vi, esté usted seguro. Otras apariciones andan por ahí que algunas veces yo llamo “semblanzas”.

* * *

El mandado del Dr. Norfolk es el siguiente: En el Convento de Nuestra Señora de la Paz hay una monja que está loca como aquélla. Es española y dice que quiere que yo la pinte como a la “Monja Blanca” porque ella no sólo es también una monja sino que es además un personaje importante de la Edad Media, el Conde de Urgel,

cuyo sarcófago, con el relieve escultórico del personaje está aquí mismo en "Los Claustros", una dependencia del Museo Metropolitano, donde sin duda ella lo vio algún día y no lo pudo ya olvidar.

—Dr. Norfolk —le digo yo, ya muy interesado—, ¿cómo sabe ella de mi cuadro?

—Por mí, claro —dice—. El Dr. Ciner y yo hemos estado procurando mejorarla en lo posible. El Dr. Ciner es el médico del Convento. Ella insiste desde hace tiempo en que un artista haga su retrato o su escultura, "para El Escorial", según su deseo. Yo tenía en el catálogo de su exposición una copia de la "Monja Blanca" y se lo llevé un día. Quizá hice mal... Desde entonces insiste en un cuadro como ése, con ella de modelo, con un libro y con una flor. "Pero no una orquídea" ha dicho, "tendrá que ser un lirio cortado en la margen del Segre, en los llanos de Urgel".

—Es extraordinario y encantador —le digo—. El Conde de Urgel en el Siglo XX, de monja en un claustro de Nueva York.

Cuando he dicho esto no he pensado en el sarcófago ni en la figura yacente, de largo rostro patético ni en "Los Claustros" allá en la Terraza del Hudson.

—¿Vendrá usted?

No es que vacile; me parece casi increíble tan buena oportunidad de hacer un buen cuadro.

—¿Cómo es ella? —pregunto mirando a la pared.

—Pues... es así... muy delgada, muy triste, amargada tal vez por ex-

trañas remembranzas de su tierra. Tiene un tipo a lo flamenco. Se ha dejado crecer el pelo que usa partido en dos a la espalda para sustituir el manto que le han quitado por el calor. Lleva siempre en el cuello una cruz antigua.

—¿Cómo se llama?

—Madre Catalina Urrutia.

—Vasca... como la mía... —digo sin mirar al doctor.

Estoy por fin de acuerdo. La única condición es que el cuadro, una vez satisfecho el anhelo de la monja, se envíe a El Escorial de mi estudio. El Psicólogo está contento. Quedamos en el sábado después del que llega.

* * *

Esto fue el lunes 9 de febrero. El martes 17 recibo una llamada de Miss Astrov, Secretaria y Enfermera del Dr. Norfolk. El Dr. antes de salir para Boston ha dejado una razón para mí. Madre Catalina ha muerto el viernes 13. El no lo ha sabido hasta el lunes, por hallarse ausente. Tenía que irse de nuevo. El asunto entero está cancelado.

Cuelgo con disgusto el audífono. Pienso en ir a "Los Claustros" para ver al Conde de Urgel. Antes debo llevar mi pequeña cámara fotográfica que tengo al fondo de una gaveta; hago así con la mano revolviendo al fondo... De entre varias fotografías de cuadros, sale (como una verdadera aparición) la de un cuadro pintado hace ya algún tiempo por mi hija Maya y que ella ha titulado al reverso: "Personaje N^o 2" ¡Estoy asombrado! Este personaje es el retrato que yo debí pintar de Madre Catalina Urru

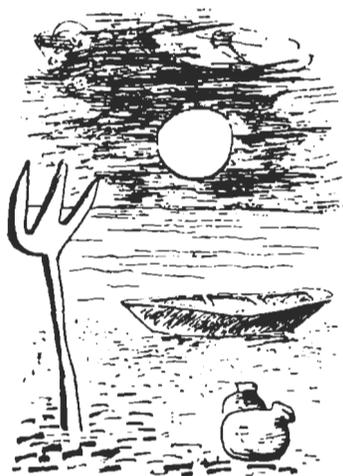
tia (Conde de Urgel). Tiene el libro y tiene el lirio del Segre, la cabellera larga cayendo atrás como un manto de hábito y una cruz en un collar.

Estoy clavado, arraigado, asombrado...

—Otra aparición..., otra... La Monja Nº 2. Ella también murió y vino, por no ser menos.

El parecido con el Conde de Urgel es tan fuerte que podría tenerse por su hermana.

Salarrue



LA SEQUIA

(Cuento)

Por Carlos SALAZAR HERRERA

Muy parecido estaba a uno de esos "tocadores de ocarina" que esculpieron sus antepasados.

Sin moverse, pasmado, horas y horas en cuclillas.

Piedra con musgo era así su cara, al reflejo de las matas que todavía podían ser verdes.

Al reflejo de las matas junto a la entrada, afuera, estuvo siempre el indio echando raíces... y el corazón.

A fuerza de estar ahí, el indio había cogido el color del rancho.

El rancho, en el vientre de la montaña seca por la sequía, fue volviéndose sonoro.

Rancho horquetado, amarras de bejuco, hojas de plátano, corteza de palmito... y tierra.

Adentro, estaba la india compañera.

Charco de agua clara de esos que

repite a la luna, era por dentro la india. ¡Cosas de la montaña!

No llovía.

Se cansaron los yigüirros de pedir agua.

Cayeron las hojas de los árboles grandes.

La tierra y el sol se bebieron el río.

Hojas, hojas, hojas. Amarillas las hojas que no pudieron sostenerse más. Hojas secas en todos los rincones de la selva. Secos los bañaderos de los chanchos y el sexo de las flores. Sin agua los bejucos de agua y la cortadura de los arroyos. Secas las narices de los animales... Un corazón y secándose el otro.

La india fue saliendo del rancho a pasos torpes. Se detuvo. Miró al indio. Miró el rancho. Miró la picada. Miró otra vez al indio, al indio su hombre.

Se acercó a él hasta tocarlo. Esperó. Esperó, pero el indio no abría la boca, no la miraba, no se movía.

La india se dio a caminar huyendo despacio, muy despacio.

Allí quedóse el indio. La cabeza incrustada en las manos. Los codos amarrados sobre las rodillas. Los pies con raíces en la tierra.



El silencio abríase, alargándose en el rancho que se fue pareciendo a rancho en donde no vive nadie.

Ella se lo había dicho. Le había anunciado que se iba para siempre, porque ya no podía más. Porque él no la miraba, porque no le hablaba, porque no la quería. Porque aquel silencio le estaba doliendo como una úlcera.

El quiso decirle algo, pero como jamás dijo nada, esa vez tampoco.

El indio no sabía decir, no le salía, no estaba en él.

Y la india quería un poco de palabras para asustar el silencio. Un poco de ternura para acortar las horas. Alguna vez una sonrisa para dar color al rancho. Quizás una caricia... pero... era mucho pedir.

El indio y la india no se podían encontrar donde se hacen uno solo los caminos.

Tiempo atrás, cierta vez, yendo la india por el interior de la selva, halló a mirar a un manigordo con su hembra. El macho lamía la piel de su compañera, se restregaba contra ella, daba saltos, la miraba; acercábasele, estilizando ondulaciones con su lomo moteado a trechos. La hembra contestaba agradecida con igual ternura; en las pupilas se veía. Después... después se echaron juntos y todavía se prodigaban.

La india vio que el indio no era así.

Huía la mujer, lento el paso. En las hojas arrugadas se le hundían los pies hasta los tobillos, y en el pecho una congoja le subía hasta los ojos.

No quiso ni pudo dejar al indio cuando vio a los manigordos, pero ahora sí. ¡Ahora que estaba para tener un hijo!... Ahora sí abrazó la huida con todo su cuerpo y con toda su alma.

Huía con un miedo espantoso de que aquel hombre fuera a aplastar a su indiecito con una mirada indiferente.

No quería tampoco a su hijo para ella sola. Quería compartirlo, pero por partes iguales. Quería dividirlo en dos cariños para que tocara media tristeza y media alegría a cada uno. ¡Era demasiado para ella sola!

¡Dios mío! ¡Se han secado todos los ríos!

Para que el indio no fuera a aplastar al indiecito con una mirada indiferente... Por eso, no se lo había dicho. El, su hombre, no sabía que iba a tener un hijo. Se quedaría por siempre sin saberlo. El embarazo estaba a la vista. El podría haberlo adivinado si se hubiese puesto a mirarla... Pero el indio no la miraba.

La vereda se extendía reverberando calor. ¡Largo y sombrío camino como la vida!

“¿Y si lo supiera? —pensó la india, iluminada la cara con lumbre de ella misma—. ¿Tal vez si lo supiera? —Y detuvo la huida—. ¡Tal vez lo está esperando!”

Y empezó a caminar, ahora con dirección al rancho.

Caminó ligero... más ligero. Corría. Lo desanduvo todo. Quebró las hojas arrugadas, que sonaron como campanas pequeñísimas... o latidos.

¡Qué corto y qué largo es el camino!

De allá lejos cogió la casa con los ojos. Afuera estaba el indio, como lo había dejado. Seguía parecido a los tocadores de ocarina en piedra.

Piedra con musgo. En cuclillas. Color de rancho. Junto a la entrada afuera. Echando raíces. Mudo y el corazón...

Llegó la india con miedo. Como una de esas perras sin dueño que van a robarse una tajada de carne. Tuvo miedo.

Y el indio sin moverse.

La mujer tragó un puñado de valor y se lo contó todo. Se lo dijo en una sola frase, y esperó el efecto.

Fue un instante demasiado largo. ¡Cómo dura el silencio!...

El indio experimentó una alegría millonaria de gozo. Toda la vida la había esperado.

Quiso abrazar a su india con su indiecito adentro. Quiso decir lo que no podía decir. Quiso reír, gritar... No pudo.

Quiso abrirse con las manos el pecho, para que ella pudiera verlo por dentro. Quiso darle las gracias... Pero nada dijo.

Quedó inmóvil, con la cabeza metida entre las manos.

El indio no podía hablar. No estaba en él. Era cerrado, con una gran sequía adentro. Así lo había parido su madre.

La india tornó a huir, montaña adentro.

El indio todavía quiso llamarla, pero la voz no le salía; levantarse, pero tenía los pies con raíces.

Quedó sentado en cuclillas, como los tocadores de ocarina.

Intentó mirarla, pero vio turbio.

“¿También me estaré haciendo ciego?”

Se restregó los ojos. Estaba sudando.

Luego comenzó a empañarse nuevamente la figura de la india huyendo del silencio.

Aquello no era sudor...

¡Le salía de los ojos!

Si Homero Resucitara

Por Guillermo KORN

de la Facultad de Humanidades y Educación.
Universidad Central, Venezuela.

“Plagiar, afirma Vicente García de Diego, no es más que aprender, esto es, recoger lo que otros saben... La nota peyorativa del plagio es sólo jurídica... Busquemos, si ofende la voz, un eufemismo; pero yo digo que la cultura de cualquier hombre es, en el fondo, la suma de los plagios sueltos de otros hombres, que no se citan, porque se supone que a su vez los toman de otros”.

El amable don Juan Valera, a propósito de una polémica en torno a la originalidad de Campoamor, se dejó decir que el plagio es un acto beneficioso y saludable. El bronco y metafísico León Felipe, profeta de la España Peregrina, afirma que no existe más que un solo y eterno mensaje de la poesía —que para él no puede ser sino la incitación de Prometeo a los humanos— que todos los poetas repiten en todos los tiempos.

José María Monner Sans no es tan condescendiente como Valera ni tan hiperbólico como León Felipe. Se apoya en un fino sentido de la crítica literaria de una parte y en la jurisprudencia moderna de otra. Así ha podido establecer el punto justo donde, en el

seno de la personalidad del escritor, se puede señalar el distinguido sutil entre la inspiración creadora y la imitación servil, que hacen del plagio, según el caso, casi una función natural de la literatura o un delito susceptible de probanza y punición en los tribunales de justicia. Lo que vale tanto como decir que la palmeta del crítico como la vara del licitor quedan en gentil suspenso ante la faena de la abeja que liba y elabora mientras se abaten rigurosas sobre el acarreo codicioso de la hormiga.

La perfección y la originalidad

Se ha llegado a convenir que sólo existen en el teatro universal de todos los tiempos no más de treinta y seis

situaciones dramáticas. Y en cuanto a la literatura en general puede afirmarse que no hay la posibilidad de crear asuntos que no hayan sido ya tratados, salvo aquellos que se refieran a inventos científicos o descubrimientos de sectores inéditos en el mundo exterior. Aun así habrán de repetirse las situaciones y el desarrollo y anudamiento de la acción.

El juicio de valor acerca del plagio cambió según los tiempos. Tan sólo cuando se exagera el sentido de la "originalidad" el plagio adquiere proporciones de escándalo y el plagiarlo se torna pasible de condenación en la moral y en el derecho. En realidad estos aspavientos no tendrían vigencia auténtica sino en el convencionalismo hipócrita de que tal originalidad —tema de nuestro tiempo, por otra parte— se diera como un fenómeno prístino y sorprendente. En la intimidad todos estamos dispuestos a convenir con Garland Pollard en que la originalidad no es sino una imitación no descubierta. Aunque se puede alcanzar una cierta originalidad de buena ley, justamente por el camino contrario: descubriendo la imitación. Conrado Nalé Roxlo nos deleitó con aquellos memorables "pastiches" que parecen haber adquirido consistencia de perennidad en el libro *A la manera de...* en el que su autor juntó los que tuvo por mejores entresacados de una famosa columna periodística.

En "Stepanchikovo" de Fedor Dostoyewsky se anticipan casi todos los conceptos fundamentales de la filosofía de la libertad sistematizada por Sartre y otros escritores existencialistas.

Entre la originalidad, obsesión del presente, y el anhelo de perfección de otras épocas no menos trascendentales aunque aplomadas hacia lo clásico —tiempos de formas que pesan y tiempos de formas que vuelan, definió D'Ors la alternativa entre lo clásico y lo romántico en la historia de las artes— lo que importa en el hecho literario es la personalidad que crea o

recrea con aquel acento inconfundible que viene de las entrañas o del alma. Vale decir del hombre en plenitud, capaz de poner en el afán de originalidad tanto como en la idea normativa de la perfección, la marca de sí mismo. Si se quiere aquello que el buen gramático recetaba para los renglones de los versos: poner consonantes en las puntas. "¿Y en el medio? En el medio —ese es el cuento— hay que poner talento".

De la Guerra de Troya al Fausto

A Goethe —nos recuerda Alfonso Reyes— le asombra que Byron no sepa defenderse de los que lo acusan de plagio. Con este motivo le dice a Eckermann: "Cuanto han hecho los predecesores y los contemporáneos ¿no pertenece al poeta por derecho propio? ¿Por qué no ha de cortar la flor donde la encuentre? Sólo apropiándose los tesoros ya adquiridos puede juntarse un tesoro inmenso. ¿No me apropié yo la idea de Job y una canción de Shakespeare en mi personaje de Mefistófeles? Y en otro pasaje, al mismo Eckermann: "Mi obra es la de un ser colectivo que lleva el nombre de Goethe".

Es verdad que Aristófanes se complació en molestar a Eurípides mostrando que había tomado y repetido temas de Esquilo. Pero lo hizo con intención de armar camorra, libre de toda preocupación moral o preceptiva. Los latinos son, luego, como el eco de los griegos. Los juglares, lo mismo que Berceo, Alfonso el Sabio y todos los autores de la Edad Media desconocían al anhelo de la novedad o de la expresión original. Con cándida buena fe se jactaba repitiendo "como diz Aristóteles cosa es verdadera", o bien "hallé escrito", "oí decir". Se empinaban naturalmente a "furtar" el fruto y a hincarle el diente donde bien lo hallaran. El sentimiento espontáneo de la nación o de la raza, lo popular o tradicional se van recopilando así en estas rudas crea-

ciones que imponen, desde los tiempos del buen Padre Homero, la verdad del aserto de Paul Valéry: no hay nada más original, más nuestro, que nutrirnos de los demás. Pero a condición, claro está, de saber digerir: el león está hecho de corderos asimilados.

Este estado edénico de la creación literaria alcanza hasta los albores del Renacimiento. Los épicos griegos y latinos y los líricos, místicos y teólogos de su tiempo prestan a Dante los ingredientes de la cosmovisión de la *Divina Comedia*.

El poeta Villasandino, en el siglo XV, es el primero en denunciar en un memorial al Rey la competencia desleal de los que entran a saco en su huerto lírico. La conformación de la cultura moderna, al influjo de los descubrimientos, transcurre los siglos XVI y XVII sin curarse de la novedad. Con el desparpajo, que no amengua su gloria, con que los almirantes ponían su nombre a las tierras ignotas de la conquista, el viejo Montaigne, señor de los Ensayos, hace suyo el orbe de Epicteto, Juvenal, Plinio y Lucrecio.

Molière, Calderón, Lope de Vega Shakespeare asimilan con majestuosa avidez, el gran teatro del mundo desplegado por el genio grecolatino tanto como herborizan en la obra de sus contemporáneos.

El gran orador sagrado Bossuet, modelo de los predicadores católicos, no crea nada esencial en sus discursos basados integralmente en los profetas y fundadores de la Iglesia. Y aún más acá. Esa tremenda peripecia, de la que dijo Papini, que era la de un profesor demoníaco servido por un demonio profesoral —el *Fausto* que se liga indisolublemente al genio de Goethe— la rastreamos en el Arcipreste de Hita o en el libro del Conde Lucanor, que habían “furtado” quién sabe dónde el ejemplo eternamente renovado del hombre que vende su alma al demonio a cambio del poder, de la ciencia o del amor.

Lo útil y lo bueno van de la mano

En nuestro antes de ayer —si se puede llamar nuestros todavía los días que han precedido a las dos guerras mundiales y al principio de la era atómica— Anatole France, sagaz rabdomante de ocultas vetas plagiabiles, escribió la admirable *Apología del Plagiario*. La detracción comienza un poco después, justamente con el principio del proceso que se ha llamado de la “deshumanización del arte” que encubre un equívoco. En verdad el arte, y en él la literatura, se aparta del ideal de perfección según normas arquetípicas y las formas se rebuscan en lo íntimo de la conciencia individual. Priman entonces como valores esenciales de la creación literaria la novedad, la originalidad, la invención.

En rigor de verdad el arte acaba “humanizándose” ya que —como bien dice el manifiesto del grupo rioplatense llamado del Arte Madi— el rol inventivo puede sólo manifestarse por el hombre y por lo tanto reinstala a la persona en toda su integridad y función.

Tendida por buena para los escritores la aspiración a la originalidad novedosa, en sustitución del ideal de perfección que movió a los genios del Renacimiento y de la época moderna, este nuevo sentido trajo necesariamente, tras de sí, el de la “propiedad” intelectual. Y como lo útil y lo bueno —es decir lo bello— van de la mano, según no se cansaba de repetir el gran viejo Don Pedro Figari, el sentimiento de la propiedad personal de nuestra capacidad de elaboración de belleza entró en la escala de los valores crematísticos, como la propiedad mueble o inmueble. Tuvimos derechos de autor consagrados en la jurisprudencia y plagio y plagiaros entreverados en las definiciones del delito.

Contradictorio y angustiado —complejizado, como se dice— el escritor actual segrega el disolvente crítico de su

más entrañable convicción. Acaba por reírse de la originalidad inclinándonos a volver otra vez, como Anatole France, a tentar la apología del plagiario. "El método de la originalidad —al menos de la originalidad de Brown— dice J. K. Jerome, consiste en tomar cuanto no es original y darle vuelta, llamar noche al día y día a la noche, hacer caminar a los hombres sobre la cabeza y plantarles las manos en lugar de los pies, volver los árboles con la raíz al viento y al viejo gallo obligarlo a poner huevos mientras la gallina cacarea el advenimiento lunar... y después de llamar a gritos para que todos vengan a ver el mundo original que hemos creado según nuestra idea".

Arturo Marasso —quien por otra parte ha escrito un notable libro sobre Rubén Darío y las fuentes literarias y plásticas de su inspiración— solía decirnos a sus alumnos que por el sistema de afirmar sistemáticamente lo contrario de una obra inmortal se podrían escribir otras de apariencia genial. Un plagio al revés del *Quijote* o del *Fausto* podrían consagrar a cualquiera. A condición de tener talento.

La señorita Solingen y Monsieur Gillette

La colaboración de la señorita Solingen —como llama Monner Sans a las tijeras— es inapreciable para los escritores y periodistas. Otros prefieren la más sutil y discreta de Monsieur Gillette. Doña Emilia Pardo Bazán, por su sexo y carácter, prefirió la primera cuando, sin menoscabo de su talento de novelista, anduvo en menesteres de crítico y sustrajo a un autor francés unas decenas copiosas de páginas sobre los escritores rusos según quedó documentado a su hora en una alevosa revelación, impresa en dos columnas paralelas como es de estilo en estos casos. En cambio el entrañable Edmundo de Amicis usaría la navaja para rapar en un libro de viajes unas pági-

nas de Teófilo Gautier, tanto por ser ellas sobre España como porque aún no se habían inventado las hojas Gillette.

Otros muchos casos recopiló Menner Sans:

También Don Jacinto Benavente ha sido acusado de plagio pero injustamente. Sus *Cartas de Mujeres* llevan el mismo título que un libro de Marcel Prevost y, además, el contenido en uno y otro caso es, efectivamente, cartas firmadas con nombres de mujer. Pero nada más. Celosos catalanes intentaron demostrar sin éxito —y sin razón— que la benaventina *Málquerida* reproducía una obra de Guall. En el ámbito de las letras rioplatenses es famosa la polémica acerca de la imitación entre Lugones y Herrera y Reissig. La crítica uruguaya ha definido el pleito para siempre: Lugones escribió primero los sonetos de *Los Crepúsculos*. En rigor no debe darse importancia a las influencias aparentes entre escritores contemporáneos. Hay temas y voluntad de forma en la expresión inherentes a cada época. Por coincidencias de ese tipo pueden tenerse los casos citados de Benavente, Prevost, Lugones y Herrera y Reissig. El tema del destino domina a los trágicos griegos, el del honor y el deber en tiempos de Calderón. Sucesivamente los temas relativos a la personalidad, al determinismo y finalmente, con Lenormand, el infra-consciente, hermanan en la patria del tiempo a los escritores como el nacimiento arracima al común de los mortales en el espacio físico de una nación determinada. Florencio Sánchez, el gran dramaturgo rioplatense, coincide, sin desmedro para él, con casi todos los de su tiempo comprendidos en la gran escuela ibseniana. La ambigüedad sexual del tipo de Don Juan, insinuada en el *Banquete* de Platón, es un tema típico en el sincronismo de los autores contemporáneos. Lo tratan por lo menos Wainhinger, Marañón, Pérez de Ayala, Lenormand, Adler y Unamuno.

Años atrás se escandalizó en la pren-

sa de Colombia a propósito de un poema de Porfirio Barba Jacob muy trajinado por recitadoras: "Hay días en que somos tan lúbricos, tan lúbricos"... Se demostró que en parte era una variación de Albert Samain y en parte traducción textual.

En la generación argentina de los proscritos se señalan influencias y coincidencias notorias, entre otras, de Juan Cruz Varela con Manuel José Quintana, de Mármol y Mitre con Espronceda. Paul Groussac, el inolvidable director de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires, señaló, siguiendo al general Mitre, la repetición entre la obra de Echeverría y Alberdi y afirmó que si se quitara al *Dogma Socialista* todo lo que pertenece a Lamennais, Leroux, Lermnier, Mazzini "e tutti quanti", sólo quedarían las alusiones locales y los solecismos. Poco más o menos Groussac viene a demostrar otro tanto con respecto a la originalidad de Alberdi en su inteligente ensayo crítico sobre *Las Bases*. Con todo el ácido crítico hace justicia a la fecunda influencia de los escritos de Alberdi y Echeverría en la formación de la cultura y el orden institucional de la República Argentina que en ambos escritores encuentra y acentúa los rasgos de su perfil y su destino. Sin duda, como ha dicho Roberto Giusti refiriéndose a *La Celestina* de Fernando de Rojas, no hay nada que no haya sido pensado pero el modelo que tenemos por definitivo mata a los demás. *La Celestina* como el *Fausto* o las *Bases* de Alberdi adquieren el valor que les concede de hecho su influjo creador en la cultura de su tiempo o de los tiempos que suceden al momento en que fueron concebidas. Matan a sus antecedentes. Por eso Juan Nicasio Gallegos llegó a sostener, un poco cínicamente, que en literatura el robo resulta legitimado cuando es acompañado de asesinato.

Homero en la Casa de los Pleitos

En el orden judicial parece que cier-

tos fallos de los tribunales suizos estableciendo el *distingo* entre la faena literaria que se *inspira* en una determinada fuente y la que *imita*, han señalado rumbos a la jurisprudencia. Entre los especialistas sudamericanos se cita en primer término a Salvat, Barraquero y Dobranich. En cuanto a la determinación de daños y perjuicios que pueden alegarse, en los casos aceptados como plagio por los tribunales, queda librada a la comprobación de que haya sido lesionado con fines de lucro lo que puede considerarse personal y ajeno. Vale decir lo que en la fuente utilizada por el plagiarío no sea materia de dominio común. Se han establecido a los fines atenuantes o agravantes las gradaciones de *copia servil*, *apropiación desfigurada* e *imitación sospechosa*.

Si Homero resucitase y apelara a los tribunales ¿cuántos se quedarían en camisa? Probablemente todos los autores que en el mundo han sido. Pero no nos alarmemos. En primer lugar, aun admitiendo la posibilidad de la resurrección, se discute si el mismo Homero existió y si cuanto se le atribuye no estuvo en el dominio común en el mundo helénico. Por otra parte ya hemos visto al mismo panegirista del plagio, al inmortal Anatolio, exhibido en pantuflas por su infiel privado Jean Jacques Brousson, soportar la prueba tan orondo y magnífico. El maestro cortaba e intercalaba en los capítulos en que hacía gala de erudición gastronómica o arquitectónica hojas íntegras de viejas guías, almanaques y manuales de pesca y de cocina. Pero ya puede venir Homero y dejarlo no en camisa sino hasta en calzoncillos, que si las prendas arrebatadas pueden seguir nombrándose *El Crimen de Silvestre Bonard* o *El Figón de la Reina Patoja* las tendremos por más dignas que sus propias barbas y por más ilustres que su solideo académico.

(Tomado del Boletín Cultural de la Universidad Central de Venezuela, 1963).

La Ciudad de Florencia

Por Argentina DIAZ LOZANO

Llegué a Florencia, viajando desde Roma, una tarde otoñal del mes de septiembre. Mis ojos y mi alma captaron, en éxtasis, la extraña belleza de esta egregia señora del mundo. El color de las aguas del Arno tiene un verde ceniciento que no he visto en ningún río, lago, mar...

Apenas dejadas las valijas en el hotel comencé a recorrer la ciudad de Dante, de Miguel Angel y Leonardo; de Petrarca y Lorenzo el Magnífico; de Donatello, Alejandro Botticelli, Filippo Lippi... Yo caminaba lentamente por aquellas calles, llenos mis pensamientos de hechos y rostros del pasado, en fácil esfuerzo evocativo y reverente. Durante ocho días apenas me permití dormir unas seis horas de las veinticuatro diarias, para prolongar lo más posible el goce estético, inefable, que provocan los diferentes aspectos de este lugar de



ARGENTINA DIAZ LOZANO

encantamiento. Como la ciudad no es muy grande en área, en tres días de lento recorrido por sus calles históricas, se toma una visión de conjunto. Después, con más detalle, abrí el enorme libro del glorioso pasado de Florencia, para aprender y admirar. No se sabe qué manifestación artística preferir, ni cuál expresa mejor lo divino del hombre. ¿La pintura?... ¿La escultura?... ¿La arquitectura?... En Florencia se complementan las tres para prestarse mutuamente más belleza, más expresión, más significado; pero el conjunto arquitectónico de la ciudad domina el alma. La Piazza del Duomo, que forma una sola con la del Bautisterio, es un grupo de insospechada hermosura. El Bautisterio, dedicado a San Juan Bautista, patrono de Florencia, se comenzó a edificar en el año mil, después de que la ciudad renunció a su antiguo culto al dios Marte. Su estilo es romano, pero el campanario es gótico-florentino. Cada puerta, cada pilastra, cada columna o arco, son como gemas incrustadas en la gigantesca joya arquitectónica, toda en mármol de Prato, verde y blanco. Allí fue bautizado Dante Alighieri en 1265. No quiere, el observador, perder detalle de las bandas horizontales que representan escenas bíblicas, ni de los mosaicos dominados por la imponente e inmensa figura de Cristo. Todas las figuras de la biblia que ahí se encuentran son fuertes, poderosas, impresionantes, dramáticas. Nadie renuncia a admirar durante algunos minutos la puerta que se llevó veintisiete años de trabajo del artista Ghiberti —desde 1425 hasta 1452— y de la cual Miguel Angel dijo que era digna puerta para el Paraíso. Dicha puerta da hacia el Duomo y tiene escenas del Viejo Testamento, enmarcadas en columnas de pórfido. Estas columnas fueron tomadas a los sarracenos por los guerreros de Pisa, en una de sus incursiones a las Islas Baleares.

La gran Catedral Santa María del Fiore, cuya cúpula domina toda la ciudad, proporciona una emoción agobiadora por su vastedad y sus grandiosos arcos gótico-toscanos. Creo que es invención mía el término “gótico-toscano”, porque aquí lo gótico u ojival toma aspectos menos severos, y mucho más graciosos y ricos en detalles ornamentales. Tiene Santa María del Fiore tal cantidad de esculturas, monumentos y pinturas al fresco, que se necesitarían visitas de tres horas diarias durante un mes, para verlas en detalle.

Cinco horas permanecí en la “Piazza” (o Plaza de la Señoría) donde se yergue el palacio del antiguo gobierno florentino en la Edad Media. Aquí también residían los magistrados y priores, cabezas del gobierno. Aquí vivieron los poderosos Médicis, dueños de fastuosos palacios en la misma Florencia. Este palacio, que se llama de “La Señoría”, tiene la fortaleza propia de la arquitectura medioeval, mitigada por el estilo toscano. Es ahora un verdadero Museo toda la plaza. Hay acumulación impresionante pero bien distribuida de enormes estatuas, que parecen respirar en sus actitudes dinámicas, pletóricas de vida y acción, como si la piedra de que están hechas gritara a la carne humana que perece: “¡Mientras tú te conviertes en polvo yo sigo viviendo”... Emocionan particularmente la estatua de Hércules aniquilando a Cacos, la de Neptuno y los Tritones, y el grupo en bronce de Judith matando a Holofernes, por Dona-

tello, colocada allí en 1495, tres años después del descubrimiento de América; luego, la de la expulsión de Piero de Médicis, para simbolizar el castigo que espera a los tiranos. En esta “Plaza de la Señoría” hay el trágico recuerdo del fraile Savonarola, que intentó establecer en Florencia una Constitución medio teocrática, y cuyos encendidos discursos místico-políticos escuchó Leonardo Da Vinci curioso e interesado. Este recuerdo es una pequeña piedra redonda colocada en el pavimento, la cual marca el sitio donde se levantó el cadalso para Savonarola. El, y dos de sus seguidores, fueron colgados y quemados el 23 de mayo de 1498.

La Plaza de la Señoría es continuada por la Plaza de los Uffizi, cuya principal arquitectura tiene dos alas de columnas que miran hacia el río Arno, en admirable combinación de gracia y elegancia. En el segundo piso está la famosa Galería Uffizi, que contiene una de las más ricas colecciones de pintura y escultura del mundo. ¡Imposible ver tanto!... Sólo me detuve ante “La Anunciación” de Da Vinci, “La Madonna y el Niño” de Filippo Lippi, “La Primavera” de Botticelli, “La Sagrada Familia” de Miguel Angel y algunos conocidos y famosos cuadros de Rafael y Ticiano.

Una tarde fui a la Galería de la Academia de Bellas Artes en peregrinaje artístico, para admirar el DAVID original, de Miguel Angel, y contemplé al pasar, dando un rodeo, los palacios florentinos levantados en la “piedra forte” del Monte Céceri, desde el cual Da Vinci soñó en lanzarse al viento en una de sus máquinas voladoras.

Entré en la galería principal como se entra en un templo. Allí, en medio de un círculo, se destaca el DAVID que yo tanto conocía por libros de arte. Sólo cuando en el Louvre de París contemplé la Venus de Milo, me sobrecogió emoción igual. Entonces evoqué la frase de Miguel Angel cuando terminó su estatua: “¡Y ahora...! ¿Por qué no hablas?”... El mismo creador de esta obra maestra sufrió un instante de locura ante ella. Se siente extraña exaltación cuando se contempla el mármol que se volvió humano. No de carne y hueso que perecen, sino un ser bello, eternamente joven, fiero y acometedor, que vive por siglos y siglos... Este David es un adolescente ágil, lleno de gracia y fuerza, que acomete al enemigo sin preocuparse de su tamaño. La mirada fiera, la frente con ceño fruncido no le quitan belleza a la cabeza de rizos un tanto alborotados, a la boca sensual, al gesto agresivo. El cuerpo tiene tal dinámica que parece pronto a escaparse de su pedestal... Todo lo demás que admiré en Bellas Artes esa tarde me interesó mucho, pero no me emocionó en igual dimensión.

Otro día, después de ligera merienda, fui en amable deambular a contemplar la majestad y nobleza de los edificios privados de la ciudad, residencias de poderosas familias florentinas que fueron y son. Por lo menos hay doscientos palacios cerca del Puente Viejo, la Iglesia de la Trinidad y su Plaza, y otros lugares. El Palacio Strozzi, el de los Davanzati, el de los Rucellai, el de los Alberti, el de los Pitti o el de los Médicis, nos obligan a un viaje retrospectivo,

de puro encantamiento. Entré en el último para ver algunas reliquias de la sombría reina de Francia, miembro de esta familia: la tétrica Catalina de Médicis. Los arquitectos florentinos del Renacimiento marcaron un trascendental arranque hacia la glorificación de la arquitectura del mundo, ya que desde Florencia se impuso su estilo en todas partes de Italia, y hasta en lugares distantes como Francia, Inglaterra, España, Rusia y el Nuevo Mundo Americano.

Los palacios florentinos constituyen una inmensa exposición de arquitectura de varias épocas, que son glorificación de la piedra, del mármol, del pórfido, del bronce, y el oro y la plata.

De Florencia surgió la más grande y numerosa aristocracia de genios que ha tenido el mundo: genios rebeldes que no temieron la búsqueda de la verdad y la belleza.

Florencia es un eterno himno al saber, al genio y arte humanos. Sus notas majestuosas fueron escritas por los grandes hombres del Renacimiento en libros universales, en catedrales y palacios, en pinturas y esculturas, en iglesias y puentes, a cuyas piedras el río Arno cuenta legendarias historias. Este himno forma parte de lo más grandioso de la humanidad entera, siempre en marcha hacia la superación, doloroso a veces, pero siempre epopéyico. Así, por el derecho que sus hijos le dieron, al poner en acción sus genios y talentos, el espíritu florentino forma parte de la cultura universal.

Desde cualquier ángulo que analicemos la historia de esta ciudad magnífica, nos fascina y emociona. Nos obliga a pensar hondamente. Mucho tenemos que aprender de sus conglomerados humanos a través de siglos, los cuales, luchando y muriendo por cumplir su destino social y político, pudieron crear belleza eterna, ennobleciendo y dignificando la vida hasta insospechadas cumbres.

Argentina Díaz Lozano

Reflexiones sobre la Lírica

Por Roberto ARMIJO

Ese estado, que en instantes de la vida del hombre nace con suave paso de magia, y prende comunicado en aura o amoroso fuego de San Telmo, es el prodigio singular, el reflejo característico que ilumina la obra del verdadero poeta. No me importa que este estado especial, asome en las obras que estetas con fría mirada especulativa circunscriben a cánones escolásticos. Lo importante está en que es sentido por nosotros, ya sea en la obra de Homero, de Dante o en los poemas de Bécquer.

Yo llamaría a este estado que vibra en poetas de épocas distintas, el alma de la poesía. De ahí mi inconformidad: hablar de la Lírica, como poesía típica que refleja estados de ánimo de contenido puramente personal. ¿Por qué no designar a esta poesía de sello

individual, poesía intimista, en vez de Lírica? ¿Acaso en la Odisea y en las Geórgicas no vibra este estado especial? ¡Ni qué decir de La Divina Comedia! En mi obstinamiento coloco este estado en el centro mismo de la poesía. Para mí, Lírica y Poesía, es lo mismo. Con ojo pulsador, leo un poema de Vallejo o una tragedia de Esquilo. En ambas siento esa misteriosa tensión que me confunde, y me aparta del criterio autorizado y sagrado de la Poética. Que me perdonen los ortodoxos: Poesía y Lírica son lo mismo. Pobre de mí, si vivo equivocado; pero con el perdón de los lectores, quiero vivir mis dudas y singulares criterios sobre la poesía.

La Poesía como la máxima manifestación del espíritu, ha sido, es y seguirá siendo, el escollo que afilado

adivina el pensador y descubre en sus vigiliat el poeta. Nadie hasta ahora se ha puesto de acuerdo, ni ha podido precisar qué es Poesía. Platón en ocasiones varias se ocupó con ahinco del asunto. Su concepción teológica de la Poesía ha trascendido el marco histórico que le diera vida. Aristóteles, genial pensador y sistemador insigne de los conocimientos espirituales de la época que le tocara vivir, escribe la Poética, obra fecunda en concepciones singulares. Horacio refundió ideas ya precisadas por el estagirita. Santo Tomás de Aquino, orientando las ideas de Aristóteles, vuelve sobre el problema, y concreta exposiciones penetradas por el pensamiento platónico. En épocas cercanas, filósofos de la categoría de un Kant, un Hegel, un Lessing, un Dilthey, un Croce, un Heidegger y un Pfeifer, recrean el tema. En el pasado siglo, con el advenimiento de una pléyade de poetas ilustres, entre los que se destacan Novalis, Coolidge y Shelley, Poe, Lautréamont y Hördelin, se hallan preciosas investigaciones sobre la Poesía. En cartas de Keats, Rimbaud, Lautréamont y Hördelin, se hallan chispazos y alados resplandores que alumbran la oscuridad del asunto.

La brillantísima aportación de Aristóteles, resumida en la Poética, fue relegada. Las ideas de Platón, alimentaron la Estética idealista. Adquiere contorno más o menos seguro, esta concepción platónica a partir de ensayos de Poe. Baudelaire vibra entusiasmado y se apropia la idea sugerida por el autor de El Cuervo. En su lucha, como Jacob con el ángel, el atormentado francés hallaba los rescoldos de

esa hoguera enloquecida que lo hacía sufrir. La idea trascendente, mística, que inasible escapaba de sus estados poéticos, lo amenazaba con alas de locura que en su impotencia de encadenado, lo encendía en esfuerzos inútiles, y a la postre dejaban su inteligencia desmayada en los abismos de la más ciega tristeza.

El autor de Las Flores del Mal, adoraba la medida, el orden. Su verso sólo en su centro lleva ese sol que dimana original energía. Nunca aceptó Baudelaire la opinión cara al romántico de exultar lo carismático en la Poesía. Aconsejaba disciplina rigurosa. Diario forcejeo con la técnica. La lucidez crítica sobre todo. De ahí la influencia luciferina y angélica y fáustica de Baudelaire.

La importancia de esta concepción que alimenta las corrientes representativas de la poesía contemporánea, está incrustada de otra fuerza, fruto de las profundidades del subconsciente automático. Rimbaud exaltaba la distorsión de los sentidos. Esta enajenación de la realidad, influyó singularmente lirante y deshumanizado, buscó pro en el arte actual, que confundido, devincias ajenas a las que transita el poeta. Se olvidaban que el hombre es animal político que sufre y es susceptible de deseos, sueños y pasiones. Torturaban los sentidos y hacían de lo sensible fin único, o acentuaban las propiedades conceptuales de la palabra, caminando en los vagos mundos de la abstracción. Dejo planteada la contradicción que socava la poesía contemporánea.

Mientras los poetas representativos caían en desesperaciones formales o delirantes gemidos, la realidad cam-

biaba. Caían imperios. Despertaban pueblos. Muchedumbres hambrientas gritaban su clamor. Los poetas no oían el pulso de la época. Se encerraban en palacios, en apartamentos a orillas del mar y escribían sus Elegías y labraban sus Cementerios Marinos.

La poesía languidecía. Trastorno, distorsión y disonancia, eran las vías que marcaban los derroteros del arte. Machado señalaba el peligro. Y el poeta que podía cantar, nada más; pero que olvidaba sagradas concepciones. La enajenación de la mutable realidad fenoménica paralizaba la poesía. Acuerdo no había entre el poeta y la policroma existencia física. El joven admiraba a un Valéry, a un Eliot, a un Rilke y a un Yeats. Sin embargo, ubicaba sus poemas y encontraba reflejos de situaciones especiales. Ya conscientes o inconscientes. Peligraba continuar sus pasos.

El poeta es un Ulises que ama la aventura. Ulises bajo la luz del sol, abre sus sentidos. Cielos, ignorados caminos, paisajes, ven sus ojos. La aventura gozosa, deparadora de verdades y secretos. Pero Ulises regresa. Itaca es su sol, su entraña fecunda. Penélope es vida y corazón; sueño y regalo. En sus viajes Ulises oyó el canto melodioso de sirenas: los sentidos. Vadeó el paso difícil de las Scilas y Caribdis: la palabra. Encuentra con anhelo guardado, bajo la mañana azul, la Itaca deseada: la tierra. El poeta de talento siempre regresa de la aventura. Experiencias y vivencias vibran en sus ambiciosas vigiliass. Regresa grávido de riquezas vistas, sufridas y gozadas. Regresa a su seno nutricio, a su fecunda parcela.

Ya no es tiempo de esperar. El sugestivo consejo de Don Antonio Machado, que señalaba el peligro que atravesaría la poesía actual, nos invita a meditar. La riqueza objetiva del momento, impulsa al poeta a buscar con ahinco el acento propicio que refleje la hora. La asimilación crítica de lo valioso legado por representativos poetas contemporáneos, nos ofrecerá atisbos, asomos de la poesía que llevará la pulsación del mundo íntimo del creador, y el mundo colectivo. Existían ensayos sobre promisorios tesoros. Urgía un verso que palpitará con acento lírico, y que recogiera también acentos que tendieran al himno. Walt Whitman, deparaba sabias enseñanzas. Prometía hallazgos y posturas fieles y sinceras. Su poesía recomendaba tocar la tierra. La faena es dura, azarosa, angustiada. Requiere iniciar con cuidado el paso. Abismos y celadas, acechan. Sólo con ser sincero y fiel a la época, sería provechoso. Morirá la poesía que hace de lo sensible medio y fin. No trascenderá su época. Razón tenía el autor de los Cantos de Maldoror, cuando afirmaba que los acentos desfallecidos de la poesía romántica, *serían viento*. Profetizaba poesía hecha por todos, y murió abjurando de sus anteriores creaciones donde alentaba pasiones, furias y penas. Cantaré decía, sólo a la justicia, al deber, a la esperanza. Su consejo trasuntémoslo. La dedicación y el duro trabajo, dirán la última palabra.

Cuarenta Años de Enseñanza

Por Francisco ESPINOSA

En 40 años el sistema de Educación de El Salvador ha sufrido notables modificaciones siempre en un sentido progresista y nunca de retroceso.

Por el Ministerio de Educación, que en un tiempo se llamó Ministerio de Instrucción Pública y después Ministerio de Cultura, han pasado diversas personalidades, la mayor parte profesionales graduados en la Universidad de El Salvador. Esta es una revista breve de la labor de cada uno de ellos en el período de su actuación. Es un relato objetivo, casi desprovisto de comentarios.

1.—El Doctor Salvador Rivas Vides, médico de mucho prestigio, tuvo en sus manos la Dirección General del Ramo, como Sub-Secretario de Instrucción Pública, cuando fue Presi-



FRANCISCO ESPINOSA

dente el Doctor Alfonso Quiñónez Molina por tercera vez. Titular era

entonces el Doctor Francisco Martínez Suárez.

Dicho alto funcionario se interesó en gran manera por la construcción de buenos edificios escolares en diferentes regiones de la República, que recibían el nombre de grupos escolares.

El primero fue el del Puerto de La Libertad, donde desembarcaban los viajeros que venían del exterior. Pareciera que en esto hubo afán de exhibicionismo. Después, apareció el de Zaragoza, a la orilla de la Carretera que conduce de La Libertad a San Salvador.

Otros: el de Apopa, el de Quezaltepeque, el de San Miguel. Todos de ladrillo y cemento, obedeciendo a un mismo tipo de arquitectura, con tendencias mayas. Dado que la población escolar de aquel entonces era relativamente escasa, la capacidad de los citados edificios era también exigua.

El Doctor Rivas Vides organizó el gobierno de la Escuela Primaria en tres ramas: una Administrativa, otra técnica, y la tercera de edificación escolar.

Publicó una nueva edición del Popol-Vuh, el libro sagrado de los quichés.

Como órgano de la Sub-Secretaría circuló la Revista de la Enseñanza, en gruesos volúmenes, que los profesores de las escuelas oficiales debían comprar. El primer Director de esta publicación fue don Alberto Masferrer.

2.—El Doctor J. Max Olano desempeñó la Sub-Secretaría de Instrucción Pública, durante la mayor parte de la Administración del Doctor Pío Romero Bosque. Terminó el período el Doctor Sarbelio Navarrete.

Inició el Doctor Olano las visitas personales a las escuelas del interior del país, acompañado de un Secretario. Estuvo en Cojutepeque, San Vicente, Usulután, Berlín y Santiago de María en el oriente; en Sonsonate, Santa Ana, y Chalchuapa en el occidente. En las principales escuelas de cada lugar se entrevistaba con los Directores y tomaba nota de sus más urgentes demandas para satisfacerlas a su regreso a la capital. En todas partes era bien recibido por la autoridad, los profesores y los vecinos de la localidad.

Al Doctor Olano se le debe la creación del Consejo de Educación Primaria integrado así: un Presidente, dos Vocales, y dos Secretarios. El Presidente se encargaba de los asuntos técnicos; el primer vocal, de los administrativos y el segundo, de los edificios, muebles y libros de las Escuelas; el primer secretario colaboraba con el Presidente y el segundo, con el primer vocal. También fue creado el Consejo de Educación Secundaria en las postrimerías de la actuación del Doctor Olano.

En aquella época se emitieron nuevos planes de estudio y nuevos programas de enseñanza, acomodados a los vigentes principios de la Pedagogía.

Se puso en ensayo, además, la Escuela Activa de acuerdo con las normas trazadas por Adolfo Ferriere.

Antes del Doctor Olano las Escuelas Primarias sólo llegaban a Tercer Grado. El Cuarto Grado era la preparatoria para ingresar en el Primer Curso de Ciencias y Letras. El Consejo de Educación Primaria elevó las Escuelas Primarias hasta el Sexto Gra-

do, tal como ocurre en los países más avanzados de América.

Por primera vez, celebráronse en San Salvador los Cursos de Vacaciones. Concurrieron a ellos maestros de todo el país, con gastos de transporte pagados. Las reuniones en la mañana, en la tarde y en la noche se efectuaron en el local de la Escuela Normal de Maestras, dirigida por Doña Romilia Silva de Rodríguez. Personalidades de alto valor intelectual, algunas de ellas ajenas al Magisterio, divulgaron por medio de conferencias, valiosas enseñanzas entre los concurrentes a las sesiones. Llegó el Ministro de Hacienda, entonces don José E. Suay y leyó un excelente trabajo sobre asuntos económicos.

3.—El Doctor Julio Enrique Avila se hizo cargo de la Sub-Secretaría de Instrucción Pública cuando llegó a la Presidencia don Arturo Araujo. Llevaba la mochila llena de buenas intenciones y generosos proyectos; pero la brevedad de su actuación, que no llegó a un año, impidió que pusiera en práctica sus ideales.

Al Doctor Avila le tocó asistir personalmente a la ceremonia de la colocación de la primera piedra del Edificio del Colegio Rotario en Santa Ana, financiado por los miembros de la institución.

4.—Cuando el Ingeniero Araujo dejó el poder, llegó a la Presidencia el General Maximiliano Hernández Martínez, quien nombró Sub-Secretario al Doctor Benjamín Orozco. Hombre rectilíneo, actuó con energía. Como un Rey Salomón, impartía justicia entre los profesores.

En su breve período, emitió dos me-

morables acuerdos, los que suprimían la Escuela de Complementación, anexa a la Escuela Froebel y el Colegio Técnico Práctico de Señoritas. Ambos establecimientos habían dado por varios años buenas cosechas de maestros, que el Escalafón ha colocado en la clase "B".

Cuando salió el Doctor Orozco, llegó el Profesor Andrés Orantes, quien permaneció largo tiempo en el ejercicio de sus funciones.

El Profesor Orantes albergaba la intención de introducir en la escuela salvadoreña una reforma radical. Contaba con la asesoría técnica de varios profesores formados por la misión alemana, que fueron a Chile a perfeccionar sus conocimientos pedagógicos.

El mismo funcionario fomentó la lectura de libros científicos entre los profesores y estableció el Gabinete Psico-Pedagógico.

El Presidente de la República creó el Ministerio de Educación. El primer Ministro fue el Doctor Lázaro Mendoza h., quien duró pocos días, debido a la caída del Presidente Martínez.

5.—Durante la breve administración del General Andrés I. Menéndez, fue Ministro de Educación el Doctor Hermógenes Alvarado h. y Sub-Secretario el Profesor Rubén Humberto Dimas. El suceso más notable de este lapso fue la fundación del Instituto Nacional Central de Señoritas. Con esta disposición que se le atribuye al Sub-Secretario quedaba anulado el Sistema Co-Educativo en el Instituto Nacional General Francisco Menéndez, a donde asistían alumnos de uno y otro sexo.

6.—Vino el régimen de pocos meses del Coronel Osmín Aguirre y Sa-

linas. Ministro de Educación fue el Doctor Adolfo Pérez Menéndez.

7.—Cuando llegó a la Presidencia de la República el General Salvador Castaneda Castro, fue nombrado Ministro de Educación el Doctor Ranulfo Castro. A esta Secretaría se le llamó después Ministerio de Cultura.

A base de equidad, el Doctor Castro logró restablecer la armonía en el Magisterio, que estaba dividido en dos grupos, por razones políticas. Colocó a sus correligionarios en los cargos Directivos de mayor responsabilidad; nombrando como inspectores, directores y profesores a elementos de la oposición.

Los sueldos del profesorado de Primaria subieron en notable proporción. Desaparecieron los salarios de cincuenta colones mensuales y menos de esa cantidad; fue aumentado el número de los cargos remunerados con cien colones mensuales.

El Doctor Castro fijó los sueldos del profesorado de acuerdo con una Ley de Escalafón elaborado en su mayor parte por los profesores en sesiones de congreso. Desde entonces datan las clases "A", "B" y "C", cada una de cuatro categorías; cada clase está dividida en cuatro categorías de sueldo escalonado. A la clase "A" pertenecen los maestros graduados en las Escuelas Normales.

En el ramo de Secundaria, creó el Plan Básico, de tres Cursos, que constituyen una ampliación de la Primaria y una unidad completa de cultura. El Plan Básico es indispensable para los estudios de Bachillerato, Normales, de Contador, de Secretario Comercial, de Enfermería y de Estudios Mili-

tares. Esta reforma ha sido reafirmada en el transcurso de los años.

Además introdujo la *prueba objetiva* en los exámenes finales de Plan Básico, de Estudios Normales y de Estudios de Comercio, lo mismo que las pruebas de grado de Bachillerato y las especialidades de Comercio y de Normales. Para orientar este trabajo, publicó un libro sobre la técnica de la aplicación de los tests, escrito por el Doctor Coz.

Por medio de un decreto estableció la equivalencia entre los estudios Normales y de Bachillerato. Todo profesor normalista puede, según esta ley, graduarse de bachiller por medio del examen y la aprobación de algunas materias de Cuarto y Quinto Curso. Todo Bachiller puede graduarse como profesor Normalista con el estudio y la aprobación de materias pedagógicas, en determinado número. Tanto los aspirantes al Bachillerato como a normalistas están obligados a someterse a la prueba de graduación. Este decreto fue muy combatido y hoy en día hay muchos profesores normalistas que obtuvieron equivalencias con el Bachillerato, egresados de la Universidad Nacional.

8.—Cuando el Doctor Ranulfo Castro renunció, llegó al Ministerio de Educación el Doctor Efraín Jovel, cuya actuación fue breve. Antes había presentado a la consideración del gobierno un Proyecto de Código de Educación, basado en su tesis de doctoramiento.

9.—A la llegada del Consejo de Gobierno Revolucionario, 1948, fue llamado para desempeñar el Ministerio de Educación el Doctor Alberto Montiel Villacorta, quien se encontraba en

Chile, donde por varios años se dedicó al ejercicio del Magisterio superior.

El principal rasgo de la actuación del Doctor Montiel fue elevar la carrera del Magisterio a la categoría de profesión universitaria. Emitió un decreto en virtud del cual los más altos cargos del Magisterio serían otorgados a los profesores que hubiesen obtenido el doctorado. El título de profesor normalista se convertía en algo así como un Bachillerato pedagógico.

10.—A la llegada a la Presidencia del Coronel Oscar Osorio, se nombró al Doctor Reynaldo Galindo Pohl, como Ministro de Educación. El Doctor Galindo Pohl creó el Certamen Nacional de Cultura, anual, para tres ramas: Ciencias, Arte y Letras. En él pueden participar autores centroamericanos. El Primer Premio consiste en \$8.000, un diploma y la edición de la obra premiada. El Segundo Premio es de \$4.000. Los jurados calificadores son traídos de fuera del país, con preferencia, y su trabajo es remunerado por el Gobierno.

Este Ministro le prestó mucho interés al problema de la edificación escolar y en su período se construyeron en diferentes zonas del país, amplios, bellos y sólidos centros educativos.

El Dr. Galindo Pohl también fundó la Escuela Normal Superior donde se capacitan los bachilleres y normalistas para el desempeño de cátedras en Educación Media.

11.—El Doctor Mauricio Guzmán ocupó el Ministerio de Educación, en el período del Coronel José María Lemus. Los rasgos principales de su administración fueron los siguientes:

a) aumentó el número de las Es-

cuelas Normales, Urbanas y Rurales, Diurnas y Nocturnas, con el fin de acrecentar la cantidad de profesores normalistas graduados cada año.

b) Intensificación de las Escuelas Primarias y doble asistencia para duplicar el número de niños que se atendieran en el lugar donde funcionaran estas escuelas.

c) creación de grupos escolares de emergencia, que permitían aumentar el número de alumnos atendidos en un mismo local y darles un sobresueldo a los profesores que atendieran a estos grupos.

El Doctor Guzmán asistió, representando El Salvador, a una conferencia de Ministros celebrada en Ginebra, Suiza. Su ponencia sobre Educación Moral fue bien recibida en aquella reunión.

12.—Cuando dejó la Presidencia el Coronel Lemus, la Junta Revolucionaria de Gobierno designó a uno de sus miembros —el Doctor Fabio Castillo— como Ministro titular de Educación y encargó el despacho a la Bachiller Señora Marina vda. de Quezada. Efectuó destituciones en el personal Directivo, pero aumentó \$25.00 mensuales al sueldo de los maestros, sin distinción de clase ni categoría. Es la primera mujer que ha ocupado el Ministerio de Educación. Su paso por aquella Secretaría fue breve.

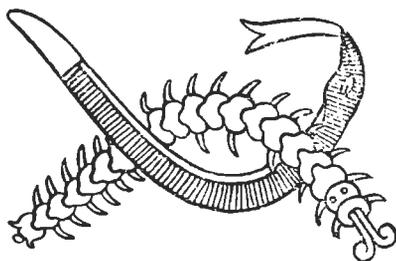
13.—El Directorio Cívico-Militar nombró Ministro de Educación al Doctor Hugo Lindo, que había servido cargos diplomáticos en la América del Sur.

El Doctor Lindo emprendió una campaña en favor del abaratamiento de la enseñanza, en el sentido de supri-

mir los uniformes escolares de gala, prohibir los desfiles escolares, eliminar las contribuciones para fines no pertenecientes estrictamente a la escuela y facilitar el abaratamiento de los textos de Primaria y Secundaria.

14.—El Profesor Ernesto Revelo Borja fue nombrado Ministro de Educación por el Teniente Coronel Julio Adalberto Rivera, quien se hizo cargo de la Presidencia de la República el 1º de Julio de 1962.

Francisco Espinosa



José Matías Delgado y el Movimiento Insurgente de 1811

Por Rodolfo BARON CASTRO

V

EL CAMBIO DE FRENTE

I—Desenlace Imprevisto. II—Un Sermón Histórico.
III—Delgado o el Político. IV—Conclusiones.

I.—DESENLACE IMPREVISTO

Los insurgentes de San Salvador, al conocer que en vez de tropas el capitán general les envía unos mediadores, y que éstos, no sólo son dos criollos distinguidos, sino afectos a sus mismas ideas, contándose entre ellos el autor de las famosas *Instrucciones* —que tanto han contribuido a formar el espíritu que ha hecho eclosión en San Salvador— admiten que el capitán general —marino al fin— les tiende un cabo al cual asirse. Ellos saben que con Aycinena y Peinado pueden negociar, y lo que es más positivo, entenderse.

Una vez más, don José Matías Delgado es quien toma las decisiones fundamentales. En último extremo, no ha habido, durante los veintiocho días de gobierno autónomo, graves percances que lamentar. Las declaraciones legitimistas cubren el aspecto formal contra una sólida acusación de infidencia. Existe el hecho de la destitución del intendente, cuya gravedad a nadie escapa, pero ésta puede presentarse como necesaria para aplacar el tumulto popular y evitar mayores males. Y, como dice Arce “no oyó que nadie se expresara contra las autoridades de Guatemala, ni menos contra la Soberanía como consta de la acta que se celebró en cavildo abierto el día siete [de noviembre]”¹.

Por otro lado ¿no les da satisfacción el capitán general al substituir a Gutiérrez y Ulloa por Aycinena, es decir, a un peninsular por un criollo? Si se queda en que el móvil principal fue la destitución de aquel funcionario —como lo expresa el mismo don Nicolás Aguilar, uno de los amotinados del 4 de noviembre²— ¿qué motivos justifican ya el mantenerse en rebeldía? Por lo tanto, hay que operar un cambio de frente. Unos podrán celebrarlo y otros lamentarlo, pero de momento no cabe otra opción, y todos deben persuadirse de que la única salida decorosa es la de estimar que han sido satisfechas sus demandas y que se ha llegado a una honorable transacción.

El doctor Delgado y su hermano don Miguel, encaminan al depuesto intendente durante su trayecto de tres leguas³; el secretario de la intendencia don Mariano Fagoaga, sigue hasta Quezaltepeque, y desde aquí a Santa Ana cabalga a su lado don Leandro Fagoaga, alcalde de primer voto de las autoridades “intrusas”⁴. Gutiérrez y Ulloa no podrá menos de parangonar cuán diferente es esta salida de su entrada. El mismo cura vicario que en 1805 le dio la bienvenida en nombre de la feligresía sansalvadoreña, ahora le despide tras una doble destitución: la del pueblo que fue a gobernar de orden de su soberano, y la de su superior jerárquico, que estima prudente y político hacerlo así. Seguramente entre los equipajes que dejaría preparados para cuando su familia se reuniese con él en Guatemala, figuraría su excelente *Estado general* —aportación que El Salvador le agradecerá siempre— si bien faltando bastantes papeles, sobre cuyo extravío anotó más tarde: “se perdió en la revolución”⁵.

Establecido el contacto con Aycinena, se sabe que su entrada será el 3 de diciembre. El doctor Delgado, con lucido acompañamiento, fue a recibirle hasta la cercana población de Nejapa, y su ingreso en la capital se hizo con muestras de viva simpatía por parte de la población⁶. Entre los que acudieron a darle la bienvenida estuvieron los hermanos de don José Matías —concretamente se sabe de don Miguel—, el *diputado del Pueblo* don Manuel José Arce y muchos más⁷. Ese mismo día el ayuntamiento le dio posesión⁸. Con este acto, se cierra el período que se abrió veintiocho días antes en la sala capitular, y durante los cuales la ciudad de San Salvador y sus aledaños, dependió única y exclusivamente de las autoridades que ella misma quiso darse, y bajo las potestades que le indicaron los dirigentes en lo que desde mucho antes tenía depositada su plena confianza.

El doctor Delgado agasajó al nuevo intendente y al representante del cabildo de Guatemala en su propia casa⁹. Las conversaciones que entre unos y otros se mantuvieron, formaban parte de la acción conciliadora de Aycinena y Peinado y entraban dentro de los planes de Delgado de conseguir un completo olvido de los sucesos pasados. Su posición, a estos efectos, era excepcional. Salvo el incidente con don José Rossi y Rubí —que se liquidó con el desahogo verbal del antiguo fundador de la *Minerva peruana*¹⁰—, su papel había sido más el de un conciliador que el de un agitador. Ciertamente muchos le tenían por ser el que manejaba la tramoya¹¹, y el propio oidor Bustamante así lo entendió al dirigirse lo primero a su casa, donde tuvo oportunidad de presenciar cómo el primer problema grave —la negativa del intendente a dejarse llevar preso al cabildo— se iba a plantear a su domicilio, no al de otro¹², y cómo lo que allí se acordó se llevó a término sin variante alguna; pero ello era precisamente —su influjo sobre el pueblo— lo que importaba a Aycinena y Peinado para pactar con él. Criollos acendrada e incondicionalmente realistas los había también en San Salvador —como el comandante de voluntarios don José Guillermo Castro—, pero éstos poco podían ayudar en esta tarea de agrupar voluntades dispersas.

Que Delgado tenía interés grandísimo en que la solución fuera la de una paz sin represalias, está fuera de dudas. Tanto por el bien general de los sansalvadoreños, como por la situación en que se encontraban sus hermanos, parientes y amigos, comprometidos al máximo en la fallida insurrección. Todos, por consiguiente, estaban

interesados en que sacara adelante sus propósitos. Por otro lado, ha de creerse —conociendo su recto carácter— que su ideología debía estar en aquellos momentos más cerca del constitucionalismo de Peinado que de cualquier fórmula más radical. Y no se olvide que el “clima” de Cádiz es en aquel tiempo un factor del que no puede prescindirse. En suma, que Delgado no había de forzarse mucho para compartir los supuestos políticos de los dos conciliadores.

En el orden práctico, los primeros resultados fueron un bando de Aycinena, asegurando a los habitantes que podían descansar en sus provincias gubernativas¹³. El 8 “se hizo reconocer por Comandante de las Armas, con las formalidades de ordenanza y habló en la plazuela de Santo Domingo a los soldados, que en su presencia hicieron varias evoluciones”, según narra la *Gazeta extraordinaria* de 20 de diciembre¹⁴. Las gentes fueron retornando a sus labores habituales, y la quietud adueñóse poco a poco de la capital.

Bustamante y Guerra no podía por menos de sentirse satisfecho de las medidas adoptadas, pero tenía aún por resolver el problema personal de Gutiérrez y Ulloa. Su modo de enfocarlo queda patente en los siguientes párrafos de una carta que dirige al secretario de Estado en el despacho universal de Hacienda, el 20 de enero de 1812:

“El Yntendente de San Salvador don Antonio Gutiérrez y Ulloa permanece en esta Capital, disfrutando por ahora las dos terceras partes de su sueldo; y más de haber hecho renuncia de su destino, manifiesta deseo de que se le ocupe en esa Península, como lo expresa en su oficio adjunto N^o 4, reiterando exposiciones anteriores.

“Sobre este particular determinará S. A. lo que tubiere a bien; no siendo ya prudente que vuelva este Xefe a la expresada provincia, aunque no me consta le resulte cargo contrario a su honor. Si bien no ha mostrado todas las calidades que pide el mando político en circunstancias tan difíciles¹⁵”.

Las últimas palabras de Bustamante y Guerra valen por un juicio para la posteridad.

II.—UN SERMON HISTORICO

Como es de suponer, Bustamante y Guerra no iba a estancar su juego político. El viejo refrán marinerío de “Rogar al santo hasta pasar el tranco” no reza con el antiguo comandante de la *Atrevida*, quien no se conforma con salir del paso. El ha de perfilar y concluir su maniobra.

En primer término —y ello resulta claro— necesita obtener la completa adhesión de los antiguos insurrectos de San Salvador. De ello ya se encargarán, sin necesidad de muchos estímulos, Aycinena y Peinado, con sólo dejar correr su imaginación de proyectistas políticos. Por otro, es absolutamente necesario ensalzar a los que fueron leales a su mando, pues ello implicará rebajar a los que estuvieron en el campo insurrecto, y asegurar más la subordinación de aquéllos. Estas medidas no estarán reñidas —con vistas al pueblo— con un indulto para más adelante. Por ahora, basta con las benévolas medidas del intendente corregidor en comisión.

Por otro lado, no ha de quedar al margen la amplia cooperación del arzobispo —que ha enviado algunos predicadores a San Salvador¹⁶— aunque el arrebatado tono de éste no concuerde mucho con su manera de enfocar los problemas, que participa de la del hombre de acción, por la rapidez de las decisiones, y de la del de ciencia, por su sentido analítico.

Y, consecuente con esta manera de pensar, propone que a San Miguel, como ciudad, se le dé el título de “Muy noble y muy leal”; a San Vicente de Austria, que es villa antigua y con suficiente vecindario, se la eleva a ciudad, y a Santa Ana, cuyo ca-

bildo de españoles acababa de confirmarse, se la ascienda a villa. En cuanto a las personas, propone que “particularmente a los dignos curas de San Vicente, San Miguel y Santa Ana, Doctores Dn. Manuel Antonio de Molina, Dn. Miguel Barroeta y D. Manuel Ignacio Cárcamo, [como] los dos primeros son de gran concepto e influxo [y] han cooperado con gran zelo, y convendría que S. M. se dignase desde luego agraciarlos o con los honores de Canónigos de esta Catedral, o con otra señal de la soberana beneficencia, a que son acrehedores por el raro conjunto de sus calidades y servicios¹⁷”.

En San Salvador, entre tanto, aunque las heridas se restañan con cierta rapidez, tanto Aycinena como Peinado consideran que a cambio de la benevolencia mantenida, y para más fácilmente conseguir el indulto pleno que muchos estiman indispensable para precaverse de cualquier tropiezo futuro, es necesario que la adhesión a las instituciones y autoridades quede confirmada en un acto solemne, y por vocero de suficiente autoridad. Y éste, desde luego, no puede ser otro que el propio doctor Delgado, cuya presunta conjura para asesinarlo fue uno de los motores que movieron al pueblo sansalvadoreño a levantarse en la noche del 4 de noviembre¹⁸.

Para el vicario, hay una parte de lo que se solicita de él que no presenta problema: aquélla en la que pueda referirse a la paz restablecida y a los medios conciliatorios empleados para conseguirla. Tampoco le costará trabajo manifestar adhesión al cautivo monarca, pues la ciudad de San Salvador no levantó bandera contra él; ni menos expresar esperanza en la labor de las Cortes, pues ciertamente la tiene. Pero, en cambio, le resultará sumamente difícil condenar los hechos ocurridos. Y las razones son obvias. Si a él unos le suponen promotor y todos le tienen por partícipe ¿cómo reprobador lo acontecido sin condenarse a sí mismo?

Pero Delgado acepta su responsabilidad y la afronta. Si los acontecimientos de noviembre fueron un error, no es el momento de analizar las causas —precipitación, acaloramiento, exceso de confianza— sino de aminorar los efectos negativos. De anularlos del todo, si ello es posible. Y en esta tesitura medita los términos del sermón que ha de pronunciar, pues ésta es la fórmula más viable. Y cuando lo escribe, pesa cada palabra, mide cada línea, analiza cada concepto. Sabe mejor que nadie que su texto será visto desde todos los ángulos y que su conjunto contentará a muy pocos, si es que contenta a alguno. Pero en este momento, lo que importa es el resultado.

En la festividad del domingo 22 de diciembre, la parroquia —obra casi puede decirse de sus manos, y en buena parte de su peculio— está llena hasta los topes. Los puestos de honor los ocupan el intendente corregidor en comisión, Aycinena; el representante del muy noble y muy leal ayuntamiento de Santiago de los Caballeros de Guatemala, el regidor decano Peinado, seguidos del noble cabildo de San Salvador y demás autoridades y empleados. Terminados los oficios sube al púlpito, mira a la concurrencia y poniendo ante su vista el papel que lleva entre las manos inicia la lectura. Todos escuchan ésta con la máxima atención, tratando de percibir el cabal sentido de cada palabra¹⁹.

Tal pieza oratoria, leída con una perspectiva de siglo y medio, asombra por su dignidad y por su sobriedad. Ni una cita que pudiera darle un tono engolado, ni una exclamación, que pudiera hacerla caer en la grandilocuencia. Toda ella cincelada en un lenguaje directo, sencillo, dirigido al corazón de cada uno de sus compatriotas. Aborda la parte más difícil con una contraposición de hondo valor dramático: “Hombres atrevidos os han deslumbrado, con falsas ideas de bienes aparentes y os condujeron al precipicio. La mano bienhechora del Omnipotente os salvó”. No hay una sola frase que contenga un adarme de servilismo o de adulación. Incluso las tres alusiones nominales —a Aycinena, Peinado y Bustamante y Guerra— están hechas con tanta parquedad, que nadie puede encontrar en ellas otra intención que la muy escueta de determinar los hechos conforme acaecieron. Cuando alude a las providencias tomadas por el capitán general

para pacificar la provincia sublevada, sus palabras están tan ajustadas al tema, que difícilmente podrán encontrarse otras que mejor reflejaran lo que aquéllas significaron. Apenas si dice: “esta medida tan sabia, oportunamente tomada, ha sido la tabla de vuestro naufragio”. Y esto, libre de toda retórica, no es sino la verdad.

De fijo las frases que Delgado escribió con más gusto —al fin y al cabo son las que justifican su intervención en esta última fase de los sucesos de 1811— son las que ofrecen la inexistencia de represalias. “Llegó el momento feliz” comienza diciendo. Sus oyentes sansalvadoreños —casi todos comprometidos en más o en menos en la intentona insurrecta— aguzan el oído. “De poderos asegurar —continúa en la frase siguiente— un perpetuo olvido de lo pasado afianzado en vuestra futura conducta”. Este es el pacto de Delgado con Aycinena y Peinado. El indulto oficial llegó a su tiempo, meses más tarde²⁰.

Los pasajes de tipo meramente político responden a su propia manera de pensar en ese momento, reforzada con los argumentos de Peinado y Aycinena. Cuando dice que “nunca más que ahora deben descansar nuestros ánimos en la ilustrada sabiduría del Congreso Nacional del que somos parte por medio de nuestro Diputado”, coincide puntual y exactamente con lo expresado por el regidor migueleño don José María de Hoyos en su proclama, lanzada justamente para combatir la insurrección de San Salvador.

Pero el muro maestro de este sermón memorable, está construido con las frases que en él consagra a la obra de las Cortes de Cádiz, “augusta asamblea” en la que se han reunido “los más sabios, más ilustres y más acreditados hombres de la gran familia española dispersa en las cuatro partes del globo”. Si en algún momento Delgado deja traslucir íntegra su filosofía política —la de ese momento crucial en la vida del resquebrajado imperio hispánico— es cuando dice a sus oyentes: “Descansemos pues, amados hijos, descansemos no en los débiles hombros de un simple particular, o de un personaje por elevado que sea, sino en los del más grande, más ilustrado y más sabio, más justo y más Augusto Congreso que han visto los siglos”. Aquí el *oráculo del pueblo* no sólo expresa su propio criterio, sino que señala un rumbo a sus compatriotas.

El capitán general recibe en su palacio de Guatemala el texto íntegro del discurso, y su fino olfato político le hace rápidamente subrayar, tras una atenta lectura, los dos párrafos que más llaman su atención: el que comienza con las palabras “hombres atrevidos”, que le parece poco exculpatorio y el último, que le induce a meditar acerca de lo enraizado que están en los territorios de su mando los preceptos constitucionalistas. Naturalmente, no es el momento de descubrir su propia manera de pensar, puesto que la postura de Delgado, al depositar en las Cortes toda su confianza y recomendar a sus compatriotas que hagan otro tanto, está situada dentro de la más pura ortodoxia del momento. Por ello, ordena que aparezca, íntegro, en la *Gazeta*²¹. Pero más adelante, cuando la reacción absolutista liquidó cuanto habían realizado aquéllas e incluso mandó a prisión, entre otros doceañistas, al canónigo Larrazábal, pudo ya, desembarazadamente, utilizarlo como un cargo en contra suya. Es en esta oportunidad —18 de septiembre de 1814— cuando envía copia del mismo al secretario de Estado y del despacho universal de la gobernación de Ultramar, y al tiempo que recuerda el hecho de que se tuviera al insigne sacerdote como “uno de los agentes de la primera conmoción de San Salvador según la voz común²²”, y que es “pariente de otros que fueron móviles de la revolución²³”, le señala como “autor del papel en que hablando sin duda del Rey y las Cortes dixo al Pueblo que no debía descansar en los débiles hombros de un personaje por elevado que fuese, sino en los del más grande, más augusto, más sabio Congreso que habían visto los siglos²⁴”. Estas palabras habían hecho su impacto, pero Bustamante supo aguardar. En la España absolutista Delgado era un rebelde.

III.—DELGADO O EL POLITICO

La activa participación de José Matías Delgado en el movimiento insurgente salvadoreño de 1811, queda claramente determinada por lo que aparece en las páginas precedentes. En ellas, aun a riesgo de fatigar al lector con notas y referencias excesivas, he procurado respaldar todos los asertos incluidos con la garantía de una copiosa prueba documental. Señalo esto, porque debido a uno de esos movimientos pendulares tan frecuentes en el quehacer histórico —y cuyos resultados finales suelen ser siempre beneficiosos— se ha pasado, de la general actitud ditirámica, a la hipercrítica de determinados autores, que con la mejor buena fe tratan de contraponer, a un Delgado sin mácula, cerebro, voz y brazos del movimiento de 1811, otro Delgado cauto y calculador, que apenas si debe situarse, en aquel memorable acontecimiento, en un discreto segundo plano; cuando no nos pintan a un clérigo que sin un gesto de pudor se pasa con armas y bagajes al enemigo²⁵.

A mi entender, todo se origina en un equívoco planteamiento de lo que fue el movimiento de 1811 en San Salvador. Si partimos de la base de que en tal año el pueblo pide la independencia total y la república, estaría en su punto considerar la actitud de Delgado como excesivamente cautelosa durante los sucesos, y poco acorde con éstos al pactar con Aycinena y Peinado. Y la armazón de su famoso discurso de 22 de diciembre, podría derrumbarse con estrépito, quedando aquél reducido a una vergonzosa palinodia.

Pero no hay tal. El movimiento de 1811, tiene de independiente lo que tiene de criollista. Sus alcances, en este sentido, no van más allá, seguramente, de una autonomía, que unos pueden concebir con mayor, y otros con menor amplitud. Y, por el momento, no tiene nada de antimonárquico. Ello no implica que en el reino de Guatemala —y concretamente en San Salvador— no hubiera partidarios de la república y de la independencia absoluta. Pero no eran esas las ideas dominantes en 1811, y en modo alguno puede afirmarse que fueran las de Delgado. La nueva jura de Fernando VII hecha en el cabildo abierto, refleja el ambiente de la mayoría. La prédica era constitucionalista, y hay que reconocer que mientras en Cádiz se discutía la nueva estructura del vasto imperio, con la cooperación americana, las esperanzas que se alimentaban en el resultado de sus debates eran absolutamente válidas.

Cuando don Miguel Delgado dice que “hay que sacudir el yugo del Gobierno monárquico²⁶”, o don Nicolás Aguilar expresa “que mejor estaría el rey en San Salvador que en España²⁷”, se están barajando términos sólo graduables en su propio momento, con el contexto de las conversaciones a la vista, y únicamente en el caso de que, tal y como han sido enunciadas, correspondan exactamente a la verdad. Admitido en todo caso, el antimonarquismo del primero, y el ingenuo localismo del segundo, es evidente que ello no corresponde sino a expresiones que, por el momento, no tienen mayor consistencia.

Es cierto, desde luego, que a Arce se le acusa de haber dicho, subido en una silla en los corredores del Cabildo, el 5 de noviembre de 1811, “que no había Rey, Alcabalas, Tributos, terrages y demás justos Derechos²⁸”. Aparte de que el interesado recuse el testimonio como sin valor alguno, por provenir de mortales enemigos suyos, el hecho, por lo primero sólo indicaría el convecimiento de que Fernando VII ha dejado de reinar; de que José I es un intruso y que gobierna una regencia cuya autoridad cabe discutir. La conclusión inmediata es la de que, no habiendo rey, la legalidad está en los ayuntamientos. Por ello en nombre del de San Salvador se convoca a una junta de representantes de los del resto de la intendencia. Estos trazarían el camino y sus decisiones serían acatadas. En el fondo, no se hace otra cosa que glosar las *Partidas*.

Y cuando el presbítero don Vicente Aguilar habla de la “inexistencia” del sobe-

rano, se refiere, conforme al contexto de las expresiones que se le atribuyen, a su ser físico²⁹.

Esta, y no otra, es la mentalidad de 1811. Lo que no es lícito es mezclar las ideas clave de un período con las de los subsiguientes. La línea ideológica evoluciona hacia la independencia y la república, y se endurece a medida que los acontecimientos lo exigen; pero, igual pudo ablandarse de haber tomado éstos otro giro.

En el caso concreto de Delgado, conviene examinar su *problema* —mejor dicho, el que los historiadores se plantean en torno a su intervención en los sucesos de 1811— con la más diáfana claridad. ¿Qué se le imputa modernamente? En síntesis, lo siguiente:

- a) No haber sido el promotor ni el principal dirigente del movimiento;
- b) haber pactado con Aycinena y Peinado; y,
- c) haber escrito y leído el sermón de 22 de diciembre.

El decidir sobre la primera cuestión implica, en todo caso, tener resuelta de modo satisfactorio la de quién promovió realmente los sucesos del 4 de noviembre. Según todos los indicios, el motín popular fue fruto de la exaltación del momento, ante las noticias circuladas acerca del proyectado asesinato de Delgado, de la prisión de uno de los curas Aguilar y del confinamiento de otro de ellos. Esto ¿ocurrió de modo espontáneo o fue preparado? En el segundo caso, parece más viable que ello se concertara en casa de don José Matías, a quien ya se daba escolta para evitar el posible atentado, al tiempo que su hermano don Miguel divulga la carta recibida de Guatemala anunciando la prisión de don Manuel Aguilar, y exclama a guisa de comentario: “¡Ca, salvadoreños! ¿Qué hacen que no acaban con todos estos chapetones?”³⁰.

Quedan los testimonios. Más de alguno atribuye a don José Matías, en los *Procesos*, el haber sido el inductor y el dirigente principal³¹. Pero dejémoslos de lado, pues pueden tenerse como de enemigos, empeñados en complicarle. Pero hay uno que no tenemos derecho a recusar: el del propio presidente, gobernador y capitán general, don José de Bustamante y Guerra. Y éste, en diversas oportunidades, cercano y lejano el año 1811, afirma que Delgado fue uno de los factores de aquellos acontecimientos³². Quien tal escribe —sobre todo en 1814 y 1815— ha tenido oportunidad de recibir, de viva voz, los informes confidenciales de Gutiérrez y Ulloa, Aycinena, Peinado, Bustamante y otros más. Su juicio, por consiguiente, se apoya en fundamentos sólidos. Y, aún más, ha conocido y tratado a Delgado como miembro de la diputación provincial³³. Y si él, con tan seguros elementos de juicio, le tiene por cómplice de los sucesos es sumamente difícil que se equivoque.

Pero, además, están los papeles públicos. El manifiesto de 8 de noviembre —aunque manuscrito— tuvo bastante difusión y en él se alude a su actividad preponderante. “La predicación de su cura, y Vicario —se lee en él— la confianza de los Españoles Americanos y la Obediencia al Alcalde nombrado, fueron los Angeles tutelares de los Europeos; de modo que la mayor gloria que se tiene, es la conservación de sus vidas y caudales³⁴”. Cura Vicario, españoles americanos y alcalde popular, son los tres elementos que contribuyeron a que la revolución de 5 de noviembre mantuviera su carácter incruento. Y, queda lo dicho por el propio Delgado en su sermón de 22 de diciembre, que también es bastante explícito. ¿De dónde va a declarar públicamente que “los aciagos días 4, 5 y 7 de Noviembre corría de un lugar a otro, infatigable y activo, para dar exemplo de moderación a los unos, dirección a los Magistrados, y consolación a los afligidos” de no ser la rigurosa verdad? Y ¿cómo desarrollar semejante actividad sin ser uno de los elementos responsables? Dar “dirección a los Magistrados” no está al alcance de quien permanece al margen. Y, para mezclarse en los movimientos de la multi-

tud, contaba con sus hermanos y familiares. Entre los que clamaron frente a la casa de Gutiérrez y Ulloa se contaban tres de aquéllos —don Manuel, don Miguel y don Francisco— y muchos de éstos, entre ellos tres Arce: el enérgico anciano don Bernardo, el presbítero don Juan José y el hijo del primero, don Manuel José³⁵. No creo que sobre este punto sea necesario acumular más comprobaciones, pero es indudable de que aquí asoma, de cuerpo entero, el político, capaz de estar a la altura de los acontecimientos y, lo que es más importante, de encauzarlos hacia un buen fin.

Pero esta cualidad se pone más de manifiesto en su pacto —denominémoslo así— con los conciliadores, Aycinena y Peinado. Olvidar que éstos entran en San Salvador con un mandato concreto para negociar, sería no reconocer la realidad de los hechos. Pero no lo sería menos el no tomar en consideración que el 3 de diciembre los sansalvadoreños no podían tener ya esperanza alguna de auxilio. El estallido de León de Nicaragua —días después³⁶— y el tardío levantamiento de Sensuntepeque³⁷, eran imprevisibles y difícilmente podían ya modificar el curso de los acontecimientos. Delgado pacta honorablemente y sale garante de la fidelidad de San Salvador. Si el porvenir lo depositan en las Cortes, del presente inmediato pueden decidir los tres. La segunda cuestión por lo tanto, no hace sino acreditar la prudencia política del cura vicario.

Pero, queda el asunto del sermón. Aquí el pacto se hace público: “perpetuo olvido de lo pasado afianzado en vuestra futura conducta”. Mas no se olvide que el convenio tiene sus condiciones. Y son las que el propio Bustamante y Guerra subrayó con notoria perspicacia. Y la esencial estriba en que la fidelidad al soberano no es ya ciega. Por encima de los “débiles Hombros” de “un personaje por elevado que sea”, está la obra de unas Cortes sabias y prudentes.

Por esta causa, la jura de la Constitución de Cádiz fue en San Salvador un acontecimiento como no se había visto otro. Y, en gran medida, representó la apoteosis de Delgado. Las circunstancias quisieron que estuviese de intendente el propio autor de las *Instrucciones*, Peinado, quien comunicó a Larrazábal un resumen de las celebraciones, que éste a su vez transmitió a las Cortes, publicándose en el *Diario* correspondiente. Dijo Larrazábal que tuvo lugar allí la jura “con tanta pompa y magnificencia, que no la ha habido igual en ninguno de los otros países de que hasta ahora se ha dado aviso a V. M.³⁸”. Y más adelante añade: “Los nombres de los virtuosos párrocos D. Matías Delgado y D. Miguel José Castro serán indelebles en la memoria de aquel vecindario, por el decidido empeño con que se condujeron en las funciones eclesiásticas y cívicas³⁹”. Y en otro lugar describe el dosel que se había montado, bajo el cual se encontraban el retrato de Fernando VII, la Constitución y el pendón real, con una lucida guardia de honor, y el “respetable clero secular y regular de esta ciudad y sus inmediaciones, presidido por el vicario doctor don Matías Delgado, y los vecinos de distinción⁴⁰”. Esto ocurre el 8 de octubre de 1812. No hacía pues un año que Delgado, en su histórico sermón había puesto sus esperanzas en este acontecimiento. Ahora, mientras desfila la lujosa comitiva —en caballos ricamente enjaezados— pide al mismo Señor de las Misericordias —que invocó en aquella solemne y dramática oportunidad— que esta aurora cívica traiga los bienes que para su pueblo sinceramente anhela.

Cuando el *Deseado* rasga el pacto que a través de la obra de Cádiz le presentan sus denodados y victoriosos súbditos, rompe también el que quedó explícito el 22 de diciembre de 1811 con una alejada ciudad de su inmenso imperio, el cual, ciertamente, pesaba demasiado sobre sus “débiles hombros”. La tercera cuestión por consiguiente, no hace sino poner de relieve las conclusiones de las precedentes. Si Delgado se equivocó en sus previsiones acerca de la durabilidad de la obra de Cádiz, no por ello hemos de tenerle por menos político. El marcó con claridad, por parte de los suyos, las con-

diciones. Nada le obligaba ya, al incumplirse, a salir garante de una fidelidad que había sido escarnecida. En el dosel levantado por los sansalvadoreños en 1812, no quedan en 1814, sino los signos de sumisión: el retrato de Fernando y el pendón real.

IV.—CONCLUSION

Entre 1767 y 1812 no median sino cuarenta y cinco años: los que tiene Delgado cuando jura la Constitución de Cádiz. Una larga etapa en su vida y un extraordinario aprendizaje. El destino le tiene aún reservado lugar para grandes y memorables sucesos, que pondrán a prueba sus condiciones de hombre, de político, de sacerdote. No siempre, como es humano, el acierto guió sus pasos, pero jamás la torpe ambición y la concupiscencia marcaron el norte de su proceder.

Los salvadoreños —caso extraño— nunca dejaron de tener fe en él. Entendieron la grandeza de su sencillez y comprendieron la magnitud de su parquedad. Sus enemigos, le tuvieron respeto, aunque, como tales, intentaron tergiversar muchas de sus intenciones. En algunas circunstancias anduvo a tientas y como sin brújula, pero supo reaccionar a tiempo y enderezar el rumbo. Se le tachó de ambicioso y fue todo generosidad. Nació español americano y creyó en un momento en la posibilidad de un gran imperio hispánico regido por leyes sabias y justas, gobernado por la prudencia política, nutrido por el respeto a la libertad. Pero puesto a escoger, prefirió la grandeza de las instituciones al poderío material, por inmenso que éste fuese. Se sintió demócrata, porque su fondo cristiano era insobornable. Predicó la igualdad porque de verdad creía que el “más pobre y miserable individuo” es tan “respetable como el más rico y opulento⁴¹”.

Por su influjo, la jornada del 5 de noviembre de 1811 está limpia de bastardas acciones, y todo lo relacionado con el movimiento insurgente, hasta su fin, se mantiene dentro de un tono de indudable altura moral. Se hizo una revolución de caballeros, un levantamiento de hidalgos. Al intendente corregidor se le depona “con muchísimo respeto”, como lo hubiera hecho Pedro Crespo. Lo que aquellos criollos quieren decir, es llanamente que están en su casa. Cuando Delgado escolta a Gutiérrez y Ulloa en las primeras tres leguas de su camino de expulso, y recibe en Nejapa a su sustituto, ello vale como decir adiós a un sistema caduco, para inaugurar uno nuevo. Y cierto es que San Salvador, hasta el momento mismo de la independencia, no volvió a tener intendente peninsular.

Sus ideas, tal vez pequen de quiméricas, y sus concepciones políticas de ingenuas. Pero éste, con tener sus inconvenientes, no es el peor bagaje para empezar. Estos Delgado, estos Aguilar, estos Arce, estos Fagoaga, estos Aranzamendi, estos Cañas, piensan que el mundo debe regirse por los mejores y creen en el poder de la religión, en el del ejemplo, en el de la filosofía política. Lo tremendo es empezar con la lucha fratricida. Aunque bien se distinga —como en la genial frase de Pereyra sobre Sucre— el “copo de nieve sobre la charca de sangre⁴²”, vale más que sólo esté el copo de nieve, aunque pronto lo disuelva el crudo sol de la realidad humana.

Entre 1811 y 1821 Centroamérica labra y conquista su independencia. Mas para alcanzar el objetivo final, hubo quienes padecieron cárcel —como Arce, Miguel Delgado, los Aguilar, Rodríguez, Lara—, quienes abandonaron para siempre el horizonte patrio —como Castillo— o sujetos de la desesperación, si la versión oficial es cierta, optan como Celis por el suicidio. Pero el 15 de septiembre de 1821 la independencia la decide y proclama una junta de notables, presidida por la primera autoridad del reino, es decir, el presidente, gobernador y capitán general, que estampa su firma el primero. Las represalias no existen⁴³. Más aún, los empleados públicos que no quieren servir al nuevo régimen embarcan para la Península con unas pagas adelantadas.

La lección de los próceres centroamericanos es, por lo tanto, de espíritu ciudadano, de hombría de bien, de respeto humano, de entereza, de rectitud; en suma: de civilidad. Acaso el haber cabalgado a los Quijotes, prendados de sus teóricas concepciones, hizo que tantos de ellos salieran volteados por las aspas de los molinos, conociendo de sus compatriotas, más de alguno, la cárcel o el destierro, que sólo esperaron de sus antiguos dominadores. Y, lo que es más triste, la política menuda empequeñeció a muchos de ellos, por lo que más vale mirarlos en su momento grandioso: cuando apostrofan a Bonaparte, celebran a Wellington o Castaños, luchan contra el trono de San Fernando y Carlos V, escriben a Morelos, admiran a Bolívar, discuten en las Cortes de Cádiz o teorizan en el Congreso de Panamá.

Mas lo extraordinario, lo que les hace merecedores de la gratitud y del respeto de las generaciones posteriores, es que supieron estar a la altura del momento en que vivieron. Y del mismo modo que un insigne peruano se planteó el problema de "¿cómo era aquel español⁴⁴?" refiriéndose a ese señero tipo humano del conquistador; cabrá preguntarse ya, con una lejanía de ciento cincuenta años, de cómo era aquel centroamericano, que se nos agranda con la distancia y se nos magnifica con el ejemplo.

*Madrid, Torreldones y La Rábida, del 1º
de julio al 15 de septiembre de 1961.*

Del libro "José Matías Delgado y el movimiento insurgente de 1811", por Rodolfo Barón Castro (Capítulo Quinto).

N O T A S

- 1.—DHE, *Procesos*, t. I, p. 51.
- 2.—*Idem*, p. 346.
- 3.—*Id.*, p. 251.
- 4.—*Id.*, p. 301.
- 5.—Ps. 36, 45, 50, etc. ¿Significa esto que en algún momento los amotinados penetraron en la casa del intendente corregidor y revolvieron sus papeles? No parece, por las declaraciones que figuran en los *Procesos* que así sucediera. Cabe únicamente pensar que estos papeles se extraviaron en los días que Gutiérrez y Ulloa permaneció en el convento de Santo Domingo, o tal vez debido a las prisas con las que seguramente se hicieron sus equipajes.
- 6.—DHE, *Ibidem*, ps. 449 y 251.
- 7.—*Idem*, ps. 251 y 47.
- 8.—*Id.*, p. 47. La *Gazeta extraordinaria*, del martes 17 de diciembre de 1811, reflejó de esta guisa la entrada de Aycinena en San Salvador: "El día 3 de este mes llegó el Sr. D. José Aycinena a S. Salvador y fue recibido por su Cabildo, por los Eclesiásticos, empleados y vecinos de todas clases, con singulares muestras de alegría y veneración. Se le dio posesión lisa y llanamente, y en el mismo acto y en los posteriores se dedicó a inspirar la debida confianza, a tranquilizar los ánimos sobresaltados por los movimientos y a remunerar con expresiones de gratitud a los que concurrieron a moderar y calmar los espíritus. Elogió generalmente al pueblo de aquella ciudad, diciendo que no puede ser mejor, de buenas costumbres, con muchos entre los mulatos honrados que tienen que perder, y de exemplar moderación y docilidad pues aun quando se han conmovido y enmedio de la mayor efervescencia, aunque por causas imaginarias y vanas, "No ha habido desgracia alguna de muerte, ni herida, robos, ni otra cosa de esta naturaleza". (T. XV, núm. 251, ps. 87-88). En una de las averiguaciones con Arce, se alude a una posible resistencia a recibir a Aycinena, pero no parece que esto pasara de la intención de algunos pocos.
- 9.—*Ibidem*, p. 251.
- 10.—Este es uno de los méritos de Rossi, que consta en uno de los expedientes que le conciernen. (AGI, *Aud. de Guat.*, leg. 515) .
- 11.—Flores Figeac publica el texto de una carta que figura en el archivo de la curia guatemalteca, dirigida por Bustamante y Guerra al arzobispo Casaus y Torres, y a la cual pertenece el siguiente párrafo: "la maquinaria de la conmoción pasada

[la de noviembre de 1811] ha estado movida por un personaje misterioso e invisible y las sospechas todas recaen sobre el cura Delgado, a quien por prudente precaución habrá que reconcentrar a esta ciudad, con la urgencia que es de esperarse y como mejor dé lugar la distancia entre Guatemala y San Salvador". (*Crisoles*, t. I, p. 27).

12.—El autor mencionado en la nota precedente fue el primero, que yo sepa, en destacar esta notable circunstancia. (Ob. cit., t. I, p. 52).

13.—Véase a continuación con ligeras supresiones, su contenido:

"Habitantes de la Ciudad de S. Salvador. Luego que tuve la felicidad de llegar antes de ayer a esta N. Ciudad, capital de la provincia, mi corazón fue muy pequeño ámbito para contener los suaves sentimientos de cordial alegría de que se hallaba plenamente ocupado, entre las continuas aclamaciones y festivos gritos de vivas con que el pueblo siempre puro en sus expresiones, me felicitó; que a cualquier alma, por insensible que fuese, haría necesariamente derramar dulces lágrimas de ternura y gozo, y haciéndome violencia para impedir la corriente de las mías, rebosaron de su estrecho seno mis insinuados sentimientos [...]. Esto no es nuevo que ahora me haya honrado [la ciudad de San Salvador]; pues desde luego me distinguió con la más singular demostración, que tendré siempre impresa en mi corazón, proponiéndome para la Diputación de la Junta central, en quien estuvo en aquel tiempo depositada la Soberanía, y ahora me ha colocado la Providencia divina en situación de corresponder tan desmedida gracia; consagrándome sin reserva a su servicio, y al de cada uno de sus individuos y moradores, a quienes estoy pronto a todas horas del día y de la noche a oír con la debida consideración los agravios de que se quejan, de cualquier clase que sean, siempre que restablecida la tranquilidad hagan sus exposiciones del modo que permiten y autorizan las leyes [...] pero absteniéndose enteramente de convocar y hacer juntas clandestinas, sentina y origen de muchos males, y por tanto reprovados bajo graves penas por las leyes; apartándose de corrillos, semilleros de chismes y discordias, y de toda junta particular, sin mi previo aviso y licencia.

"Si antes merecí de toda esta ciudad la honrosa y más importante confianza, nombrándome su ilustre Cabildo, o proponiéndome para la diputación Central, no creo ahora haberlo desmerecido, antes bien tengo datos muy ciertos e inequívocos que me la aseguran. Su N. Ayuntamiento y dignísimo Párroco y muchísimos y quasi todos los vecinos de distinción me estimularon con repetidas cartas, e instancias, a que acelerase mi marcha. No solo me prometó que el N. Ayuntamiento y distinguidos vecinos, que tantas muestras han dado de patriotismo en estos momentos en que por desgracia se perdió la paz, e introdujo la zizaña de la discordia, coadyubarán la restitución de la deseada tranquilidad, sino que ellos mismos serán los únicos autores de esta importante obra, y diestros arquitectos de la reedificación de la quietud: yo solo seré un mero espectador y supuesto admirador.

"Ciudadanos: el amor que me habeis manifestado, solo puede recompensarse con el recíproco que debo teneros: y estad seguros que los errores de los momentos de sobresalto son disimulables, como se borren con el arrepentimiento, y den muestras de subordinación profunda y religiosa obediencia, acreditándose con el empeño más de lo que antes estaba en esta ciudad.

"El sistema de conciliación prudencial es el que anima el corazón noble y sensible del Exmo. Presidente, y le seguirá animando, por ser el más conforme a su carácter y principios, sin embargo de los acontecimientos pasados, pues en su gobierno se encuentra toda la benignidad de un padre y de un fiel tutor de los pueblos.

"Tengo derecho para ser creído, porque aunque me faltan expresiones para manifestar mis sentimientos, ni me da lugar a ello la urgencia de las ocupaciones, la prueba es muy de bulto con solo mi venida. [...] y he venido con la oliva de la paz en la mano a tomar sobre mis débiles hombros el grave peso de este gobierno, en medio de las alteraciones que se han padecido y en las más críticas circunstancias; pero todas las fatigas serán dulces, nada penosos los desvelos, por restituir el orden y tranquilidad, cuyo único fundamento es la subordinación, y así lo espero de las misericordias divinas, mediante la docilidad característica de vuestros corazones. —S. Salvador, 5 de diciembre de 1811" (*Gazeta extraordinaria de Guatemala*, del martes 17 de noviembre de 1811, t. XV, núm. 251, ps. 88-90). Manuel José Arce, en su declaración, alude a este importante documento. (*DHE*, *ibidem*, p. 47).

- 14.—T. XV, núm. 252, p. 91. Repr. en Cevallos, *Recuerdos Salvadoreños*, t. II, p. 297.
- 15.—AGI, *Aud. de Guat.*, leg. 453.
- 16.—“El Ilmo. Sr. Arzobispo —escribe Vilanova— dispuso que, junto con los misioneros que iban a predicar anualmente, fuese en aquella ocasión el R. P. Fray José Mariano Vidaurre, Guardián de los Recoletos, quien por su elocuencia y sus virtudes, era muy competente para calmar las pasiones populares”. (*Apuntamientos de historia patria eclesiástica*, p. 47). Esta misión religiosa fue muy notoria. “A los PP. Curas —se lee en la *Gazeta extraordinaria*, de 17 de diciembre— singularmente se les manifestó este espíritu de beneficencia y justicia en el mismo Despacho, y en cartas pastorales que les dirigió el Illmo. Señor Arzobispo; con cuyo acuerdo dispuso S. E. que le acompañasen [a Aycinena] varios Religiosos de este Colegio de Cristo de Misioneros y de conciliación”. (T. XV, núm. 251, p. 79). El P. Vidaurre que acababa de llegar del reino de Nueva España, se ofreció, y le siguieron los más ancianos, virtuosos e instruidos: “No para explicar la fe, bien arraigada en todo reino, sino como unos directores y consejeros espirituales, y como imparciales y mercedores de total confianza, para consolar y alentar a los buenos, y servir de auxilio a los dignos Curas en su ministerio de paz y de conciliación”. (T. XV, núm. 251, p. 79). El P. Vidaurre quedó algún tiempo en San Salvador. En el sermón que pronunció con motivo de las exequias del P. D. Isidro Sicilla y Montoya, alude al movimiento de 1811 y ataca los de Méjico y Caracas, aunque callando nombres. (*Sermón*, etc., Guatemala, imprenta de D. Manuel de Arévalo, 1812).

El propio arzobispo dejó oír su voz en una pastoral a los sansalvadoreños, característica de su exaltada pluma. (V. la nota 27 del capítulo IV).

- 17.—AGI, *ibídem*.
- 18.—Esto no es sino el supuesto lógico acerca de la negociación, dados los resultados que conocemos.
- 19.—He aquí íntegro, el texto del sermón: “Amados hijos míos: Oíd en este sagrado lugar la voz consoladora de vuestro Párroco. Yo que os he acompañado en todas vuestras tribulaciones, que os he desamparado aun en los momentos más amargos, que siempre me visteis con vosotros en las calles, en las Plazas, en las habitaciones domésticas... en este sagrado templo implorando la clemencia del Señor... que arrastrado del torrente impetuoso de las convulsiones populares que desgraciadamente agitaron esta ilustre ciudad en los aciagos días 4, 5, y 7 de Noviembre corría de un lugar á otro infatigable y activo, para dar ejemplo de moderación á los unos, dirección á los Magistrados, y consolación á los afligidos: vengo á hablaros hoy en presencia del Sor. de las Misericordias, á calmar vuestras inquietudes, consolar vuestras familias, y á comunicaros una paz y tranquilidad perpetuas: escuchadme hijos míos, escuchadme atentos y sosegaos, os habla, consideradlo bien, vuestro Pastor, vuestro conciudadano, y un hermano natural vuestro, un hombre que por muchos títulos tiene unida la suerte con la vuestra y á quien no puede ser indiferente la de este Religioso vecindario, ni menos la del más pobre y miserable individuo que á sus ojos es tan precioso y respetable como el más rico y opulento Ciudadano. Os habla, lo repito con confianza, hijos míos, un hombre de cuyo amor tenéis repetidas pruebas, á quien conocéis desde que nació, que está impuesto de vuestros derechos, que sabe quales son [sic] límites, y que se halla destinado por la providencia para conciliaros con el bien general y para coadyuvar con los Ylustres Gefes que nos Gobiernan, á vuestra cierta felicidad. Hombres atrevidos os han deslumbrado, con falsas ideas de bienes aparentes y os condujeron al precipicio. La mano bienhechora del Omnipotente os salvó. La M. N. y L. Ciudad de Santiago de los Caballeros tomó en consideración vuestros males y se encargó de su remedio; rogó por vosotros al digno Gefe del Reyno, diputados de sus individuos los SS. Coronel Dn. José Ayzinena y Decano Dn. José María Peynado que trasladados á esta ciudad mediasen en las desavenencias conciliasen los ánimos y asegurasen con todo el crédito que por el N. cuerpo que representaban y por sí mismos se merecen las ideas benéficas que animan al ilustrado corazón del Exmo. Sor. Dn. José de Bustamante y Guerra Presidente Gobernador y Capitán General de este reino. Esta medida tan sabia oportunamente tomada ha sido la tabla de vuestro naufragio. La noticia sola empezó á calmar la tempestad y la mano diestra, pacífica y prudente del Piloto destinado para conducir la nave de la República en situación tan crítica, el señor Ayzinena sacado por S. E. de aquel ilustre cuerpo para nuestro Corregidor Yntendente es hoy quien la conduce á salvamento. Llegó ya el momento feliz de poderos anunciar el restablecimiento del orden y de

la tranquilidad. De poderos asegurar un perpetuo olvido de lo pasado afianzado en vuestra futura conducta, si, hijos míos, no puede borrarse la cicatriz de una llaga mientras esta se toque aunque sea para aplicarle medicinas; así es indispensable abandonar por nuestra parte las solicitudes importunas (que solo pudieron ser concebidas en el calor y aturdimiento de la conmoción) para que se olviden sus resultados. Nunca mas que ahora deben descansar nuestros ánimos en la ilustrada sabiduría del Congreso Nacional de que somos partes por medio de nuestro Diputado. Hoy mismo actualmente estais congregados en este sagrado templo para implorar del Altísimo el acierto de la nueva constitución que nos ha de regir y gobernar y que há de establecer nuestra futura felicidad. No solo se está trabajando en ella por los primeros hombres de esta gran Nación sino que ya la Comisión encargada ha presentado más de doscientos artículos que se discuten por la Filosofía y la Religión reunidas en aquella Augusta Asamblea por los más sabios más ilustrados y más acreditados hombres de la gran familia española dispersa en las cuatro partes del globo. Descansemos pues, amados hijos, descansemos no en los débiles hombros de un simple particular, ó de un personaje por elevado que sea, sino en lo del más grande, más ilustrado, y más sabio más justo y más Augusto Congreso que han visto los siglos. Descansemos tranquilos y confiados y entretanto escuchemos la respetable voz de nuestro Exmo. Geffe en las cartas que os voy a leer y que son las garantes de vuestra seguridad". (AGI, *Aud. de Guat.*, leg. 495).

- 20.—Sobre el indulto, he aquí lo que expresa Manuel José Arce en uno de sus testimonios: "[...] y que por esta razón ya no era de esperarse indulto alguno a los quatro meses que fue cuando se publicó". *DHE, ibidem*, p. 47).
- 21.—Se publicó en el número 254, correspondiente al 3 de enero de 1812, es decir, muy poco después de haber sido pronunciado.
- 22.—AGI, *ibidem*.
- 23.—*Idem*.
- 24.—*Id.*
- 25.—"Y mientras el Señor Arzobispo Casaus y Torres —escribe un prestigioso autor—, premiaba al P. don José Matías Delgado, con el nombramiento de examinador Sinodal (expedido en noviembre del año 12), la condenación que en púlpito había hecho del movimiento revolucionario (sermón del 22 de diciembre de 1811), despojaba a P. don Vicente de Aguilar, de su beneficio, el cual dividió, erigiendo dos nuevas parroquias". (Molina y Morales, *Una vida heroica: Vicente de Aguilar*, p. 9).
- 26.—*DHE, ibidem*. p. 245.
- 27.—*Idem*. p. 346.
- 28.—*Id.*, p. 51.
- 29.—*Id.*, p. 182.
- 30.—*Id.*, p. 245.
- 31.—Como el sargento del cuerpo de voluntarios Manuel Paredes, quien declaró: "Que le consta de vista y por notoriedad que la primera revolución de cinco de Noviembre de mil ochocientos once, fue dirigida por el Pe. Vicario de esta parroquia Dr. Dn. José Matías Delgado y sus hermanos, haciéndole más descaradamente Dn. Miguel Delgado, el finado Dn. Bernardo Arce y su hijo Dn. Manuel José, que actualmente se halla preso, Dn. Manuel Morales, que también murió; Dn. Leandro Fagoaga y con particularidad su hermano el Escribano de Gobierno de esta Yntendencia Dn. Mariano Fagoaga, Dn. José María Villa Señor, Dn. Juan Manuel Rodríguez que hizo de Secretario en las juntas sediciosas, concurrencias que vió el declarante en Casa del mismo Pe. Cura Delgado". *DHE, ibidem*, p. 268).
- 32.—A más de lo que expresa en su carta de 18 de septiembre de 1814 —ya citada—, en su "manifiesto", de 18 de marzo de 1815, repite que "Delgado es Cura de Sn. Salvador, que en este Reyno ha dado el exemplo funesto de reiteradas commociones. Fué sospechado de complicidad en las de Noviembre de 1811 por la voz de los Europeos de aquel lugar". (AGI, *ibid.*). Y en la carta publicada por Fernández las expresiones son casi idénticas, diciendo que a Delgado, "el clamor de los europeos honrados, ha acusado siempre de cómplice en las commociones anteriores". (*Documentos relativos a los movimientos de independencia en el reyno de Guatemala*).
- 33.—La cual, por su cargo, presidía Bustamante y Guerra. A más de Delgado, estaba compuesta por el presbítero y doctor don José Simeón Cañas, nativo también de

- la intendencia de San Salvador, don Manuel Pavón, cuñado del marqués de Ay-
cinena; y los padres don Mariano García y don Bruno Medina.
- 34.—*DHE, ibídem*, p. 61.
 - 35.—*Idem.*, p. 9.
 - 36.—Estalló el 13 de diciembre, fue depuesto el intendente, como en San Salvador, y Bustamante y Guerra empleó medios de contención similares, admitiendo que el obispo desempeñara el cargo.
 - 37.—Ocurrió el 20 de diciembre, con la toma del cuartel y la deposición del subdelegado, pero sus efectos tampoco fueron duraderos y los amotinados sufrieron diversas penas. (Monterrey, *Historia de El Salvador*, p. 40).
 - 38.—*Diario de las Cortes*, t. VII, ps. 4.851-4.853. (Repr. en Gallardo, *Las Constituciones de la República federal de Centro-América*, t. II, ps. 886-888). Gavidia incluye otros detalles, deducidos del informe oficial de Peinado. (*Historia moderna de El Salvador*, t. I, ps. 167-174).
 - 39.—*Diario de las Cortes*, ibídem.
 - 40.—*Idem.*
 - 41.—En el sermón de 22 de diciembre de 1811.
 - 42.—*El general Sucre*, p. 7.
 - 43.—Sobre este particular, he aquí un párrafo sumamente significativo, del reformador de Guatemala, el general don Miguel García Granados:
 “Mi padre, como buen español que era, no vió con gusto la emancipación de España, y desde luego no auguró nada bueno del curso que tomarían los sucesos; pero su carácter moderado, ya viejo y un tanto achacoso, no tomó tampoco parte activa en contra, ni aun de palabra. Sólo, sí, cuando se le citó de parte de la Municipalidad para que fuese a jurar la Independencia (providencia que se tomó con todos los españoles residentes en el país), contestó: “que se hallaba enfermo y no estaba para juramentos y tonteras”. Mi padre era querido y respetado en la ciudad, y no volvieron a requerirlo ni molestarlo de nuevo. Creo que fue el único español de los que se quedaron en el país (que, a excepción de los empleados, fueron todos) que no juró la Independencia”. (*Memorias*, 2ª ed., t. I, p. 21).
 - 44.—Ventura García Calderón, en el estudio que con dicho título apareció en Madrid en el año 1935. (*Tierra firme*, t. I, núm. 3, ps. 29-45).

VIDA CULTURAL

EXPOSICION

En los Salones del Instituto Salvadoreño de Turismo se abrió el 14 de enero del año en curso, a las 20:30 horas, la Exposición de Arte Popular Japonés y la Exposición de Fotografía de don Jorge Béneke, bajo el patrocinio del Ministerio de Relaciones Exteriores y del Ministerio de Educación de El Salvador. Invitó al acto —en nombre del Señor Ministro de Relaciones Exteriores— el Jefe del Protocolo. La muestra de fotografía fue de cuarenta estampas tomadas en Grecia, España, Alemania, Suecia y Dinamarca. En la sección japonesa se pudieron admirar objetos de cerámica y laca, así como textiles, juguetes, hierro, bambú, madera, paja y papel hecho y pintado a mano.

EN LA UNIVERSIDAD

El 15 de enero se llevó a cabo, de las 20 horas en adelante, en el Paraninfo de la Universidad Nacional —Edificio de la Rectoría—, un acto público de gran im-

portancia: los delegados de la Universidad de El Salvador ante la IV Asamblea General de la Unión de Universidades de la América Latina, celebrada en Bogotá, Colombia, del 8 al 14 de diciembre de 1963, Lic. Mario Flores Macall y Br. José Albino Tinetti, dieron a conocer el Informe presentado al Consejo Superior Universitario. Después de la lectura se proyectó una película, ofrecida para el acto por la Embajada Británica en El Salvador, sobre vida universitaria en Oxford.

MESA REDONDA

En la Alcaldía Municipal de la ciudad de Santa Ana se analizó el 21 de enero, de las 17 horas en adelante, en Mesa Redonda organizada por responsables personas de nuestra sociedad, todo lo relativo a la Primera Olimpiada Cultural Centroamericana, que se celebrará en febrero del año en curso. El propósito de dicha Mesa Redonda fue proyectar y ordenar las diferentes actividades de la Olimpiada.

CONCIERTO

La Orquesta Sinfónica de El Salvador ofreció un concierto de gala en el Teatro Nacional de Bellas Artes, el 22 de enero, de las 20 horas en adelante, a la Sociedad de Artesanos de El Salvador "La Concordia", con motivo del CIV aniversario de la fundación de esta Sociedad. Se ejecutaron obras de conocidos músicos salvadoreños —Domingo Santos, Fermín Antonio Panameño, J. Napoleón Rodríguez, Gonzalo Miranda Villalta—. La orquesta fue dirigida por el maestro Esteban Servellón.

CANCIONES FOLKLORICAS

La señorita Ellen Cavanaugh ofreció el 23 de enero de las 20.15 horas en adelante, en el Centro El Salvador-Estados Unidos, un atractivo concierto de canciones folklóricas americanas.

REPRESENTACION TEATRAL

El actor y escritor español, don Edmundo Barbero, dirigió la obra de Eugenio O'Neill *Viaje de un largo día hacia la noche*, representada por el Teatro Universitario, el 28 de enero, de las 20 horas en adelante, en el Teatro Nacional de Bellas Artes. La representación fue patrocinada por el "Círculo de Estudios Literarios Alberto Masferrer".

CONCURSOS

El Concurso de Caricatura y Fotografía, organizado por el Club Activo 20-30 de Santa Ana, recibió trabajos hasta el 25 de enero. Tanto ese Concurso como el Segundo Festival de la Canción Centroamericana y el Primer Festival de la Poesía, forman parte de los actos públicos con que se celebrará la Primera Olimpiada Cultural Centroamericana.

TEMPORADA ARTISTICA

En el Parque Infantil de Diversiones se inició la temporada de arte organizada por la Procuraduría General de Pobres y

el Ministerio de Trabajo y Previsión Social. Tres programas del Teatro Obrero se conocieron durante los días 29, 30 y 31 de enero, de las 20 horas en adelante.

INAUGURACION DE ESCUELA

La Escuela Urbana mixta "Laura Urquilla v. de Azurdía", de Villa Dolores, Departamento de Cabañas, fue inaugurada solemnemente el 31 de enero, de las once horas en adelante. El Comité Coordinador de Construcción de Edificios Escolares, bajo el Plan "Alianza para el Progreso", invitó al acto. Se desarrolló interesante programa.

EN GALERIA FORMA

Carlos G. Cañas, notable pintor salvadoreño, abrió en Galería Forma el 12 de febrero, una exposición de treinta y cuatro obras correspondientes a su trabajo de 1963 a 1964. El Licenciado Alfonso Orantes se refirió a la pintura de Cañas en interesante y bien documentada conferencia.

EN ARTES PLASTICAS

Una exposición colectiva, en la que tomaron parte Salarrué, Camilo Minero, Raúl Elas Reyes, Luis Angel Salinas, Pedro Acosta García, Miguel Angel Orellana, César V. Sermeño, Víctor Manuel Rodríguez, Griselda Q. de Peraza y Delma Peccorini, se inauguró el 14 de febrero en el Departamento de Artes Plásticas de la Dirección General de Bellas Artes, como iniciación de las actividades de dicho Departamento en el año que corre. La exposición permaneció abierta hasta el 20 de marzo.

FESTIVAL DEL ARTE Y LA CULTURA

El 23 de febrero se inauguró el Festival del Arte y la Cultura, organizado por la Rectoría de la Universidad Nacional de El Salvador. Este Festival, que se prolongó hasta el 1º de marzo, tuvo el siguiente programa: Domingo 23, a las

20 horas: 1. Palabras del señor Rector; 2. *Las cuatro estaciones*, de Vivaldi, por la Orquesta Sinfónica de El Salvador, bajo la batuta del maestro Esteban Servellón. Lunes 24, a las 17 horas: Coloquio Sobre Artes Plásticas. Discusiones y comentarios sobre pintores, escultura y grabado contemporáneos. Intervinieron: Camilo Minero, Carlos G. Cañas y Enrique Salaverría. El Moderador fue Salarrué. A las 20 horas del mismo día Toño Salazar ofreció interesante conferencia sobre este tema: *Picasso y el hombre*. Martes 24, 17 horas: Convivio en torno a la Poesía. Intervinieron: Hugo Lindo, Pedro Geoffroy Rivas, Roberto Armijo, Alfonso Morales y Alvaro Menéndez Leal. Moderador: Licenciado Alfonso Orantes. 20 horas del mismo día: Recital Poético: versos de Claudia Lars, Serafín Quiteño, Mercedes Durand, Vicente Rosales y Rosales y José Roberto Cea. También una conferencia de Salarrué, con este título: "Consideraciones sobre arte moderno". Miércoles 26, 17 horas: La música en el mundo de hoy: "La disonancia en el mundo actual y la música", conferencia del maestro rumano Ion Cubicec. 20 horas: piano a cuatro manos (América Valencia y Ezequiel Nunfio); piano y violín (Enrique Fasquelle y Miguel Serrano); (Ellen Cavanaugh); concierto de piano (Wilfrido Barraza). Jueves 27, 17 horas: conferencia del doctor José Napoleón Rodríguez Ruiz sobre "Los problemas de la comunicación en el teatro contemporáneo". Presentación de la obra de Eugene O'Neill *Viaje de un largo día hacia la noche*, por el Teatro Universitario. Viernes 28, 11 horas: exhibición de "El Rostro", película documental de Alejandro Cotto, en el Cine Darío, también "8½", película de Fellini. A las 20 horas, conferencia de Alejandro Cotto. Sábado 29, 10 horas: Mesa redonda sobre problemas de arquitectura. Intervinieron: arquitectos Gonzalo Llanes, Ernesto García Rossi, Renato Romero y Ernesto Martino. Moderador: arquitecto Manuel Roberto Meléndez. El mismo día, a las 20

horas: conferencia con proyecciones cinematográficas, ofrecida por el ingeniero Enrique Altamirano Madriz, sobre este tema: *El arte arquitectónico en Grecia*. Domingo 1º de marzo, 10 horas, Clausura del Festival. 12 horas: Ballet de Alcira Alonso y recepción de clausura.

REPRESENTACION TEATRAL

La Primera Representación Teatral Centroamericana, con participación de Guatemala, Honduras, Nicaragua y El Salvador, se llevó a cabo en el Teatro Nacional de la ciudad de Santa Ana, del 18 al 25 de febrero, auspiciada por la Mesa Redonda Panamericana, Sección de la misma ciudad. Formó parte de la Primera Olimpiada Cultural Centroamericana. Se ciñó al siguiente programa: Martes 18, de las 20 horas en adelante: comedia en tres actos del escritor salvadoreño Alberto Rivas Bonilla, *Celia en vacaciones*, presentada por la Academia de Arte Dramático de Santa Ana, bajo la dirección de Juan Felipe Vargas. Miércoles 19, de las 20 horas en adelante: *El viejo solar*, comedia del guatemalteco Adolfo Drago Bracco, bajo la dirección de Rubén Morales Monroy. Jueves 20, de las 20 horas en adelante: *Buenas tardes, Señor Ministro*, obra de Roberto Soto Rovelo, llevada a escena por el Teatro Universitario de Honduras, bajo la dirección de Francisco Salvador. Viernes 21, a las 16 horas: *La regla de oro* y *El zompopo*, dos cuentos hondureños adaptados para el teatro por Salvador Lara y representados por el "Teatro de los Diez", de Honduras. Viernes 21, de las 20 horas en adelante: *Tizupa*, cuento de Carlos Lobato, adaptación de Hugo A. Pascale, por el Teatro Estudio "Amerindia", bajo la dirección de Oscar Richard D'Urbino. Sábado 22, de las 20 horas en adelante: *La india triste*, drama escenificado por el Grupo Dramático "Teatro Infantil de Honduras", bajo la dirección de Mercedes Agurcia Membreño. Domingo 23, a las 20 horas: *La zorra y las uvas*, del brasileño Guilherme Figueiredo, Teatro "Talía" de Honduras, director: Manuel

Láinez. Lunes 24, a las 20 horas: *Montserrat*, de Emmanuel Robles, Teatro "Arena Nicaragüense", director: Tacho Sánchez. Este espectáculo tuvo, además, los siguientes números: 1º *Pregonos de Masaya*, del poeta nicaragüense Edgardo Prado; recitador: Harvy Wells. 2º Baile folklórico, por la señora Luna de Padilla y el doctor Fernando Padilla. También se ofreció un baile regional: *El sanatillo estilizado*, por la señorita Linda Auxiliadora Matamoros Hueck. Martes 25, a las 20 horas: Teatro Nacional de Bellas Artes, *Recuerdos a mamá* de John van Duren, directora: Adelina de Gumero. 1º de Marzo, a las 19 horas, clausura de la Olimpiada Cultural Centroamericana y entrega de premios. A las 20 horas, *La carroza del Santísimo*, de Próspero Mérimée, Teatro Universitario de El Salvador, director: Edmundo Barbero.

MUSICA DE CAMARA

El Trío y el Cuarteto de Bellas Artes fueron invitados por la Asociación Pro-Arte de El Salvador y el Instituto Cultural El Salvador-Israel, para ofrecer el 10 de febrero, de las 20.30 hs. en adelante, en el Círculo Deportivo Internacional, un concierto que interpretó música de Mendelssohn, Mozart, Haydn, Schubert y Joseph Kaminiski, compositor israelí. Marianne Granat, soprano, acompañada por la pianista japonesa Tamiko Muramatsu, dio a conocer hermosas canciones de Israel.

EN EL TEATRO DARIO

La pianista Jochum von Moltke, patrocinada por la Asociación Pro-Arte de El Salvador y el Círculo Cultural Salvadoreño-Alemán, ofreció en el Teatro Dario el 21 de febrero, de las 20.30 horas en adelante, un concierto de música de Beethoven, Schumann, Bach, Hindemith y Bartok.

PINTURA FRANCESA

Dieciséis obras de pintores de la Escuela de París: Bordeaux Le Pecq, Jef Tri-

boulet, Jean Chevolleau, Berthome Saint André, D'Anty, Kislakoff, se exhibieron en los salones del Instituto Salvadoreño de Turismo.

EN CASA PRESIDENCIAL

El Presidente de la República de El Salvador, Coronel Julio Adalberto Rivera, recibió el 14 de febrero, de las 11 horas en adelante, en Casa Presidencial, 105 libros donados por la "Asociación Americana de Vendedores de Libros", de los Estados Unidos de América, y ofrecidos al Señor Presidente por el Señor Murat W. Williams, Embajador de los Estados Unidos en nuestro país. Al agradecer tan valioso regalo el mandatario salvadoreño entregó, a su vez, 100 obras editadas en la Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación. Dichas obras se remitirán a la Biblioteca "John F. Kennedy", que organiza la Universidad de Harvard. Asistieron a la ceremonia de canje de libros el Ministro y Subsecretario de Educación, Profesores don Ernesto Revelo Borja y don Francisco Morán, el Director General de Publicaciones, Doctor Ricardo Trigueros de León, el Jefe del Departamento de Relaciones Públicas de Casa Presidencial, don Alfonso Salazar, miembros de la Embajada de Estados Unidos y del Gobierno salvadoreño, así como periodistas invitados para el acto.

EXPOSICION

En la Rectoría de la Universidad de El Salvador se inauguró, el 23 de febrero, una exposición de pintura en la que se presentaron obras de Julia Díaz, Rosa Mena Valenzuela, Carlos G. Cañas, Sallarrué, Víctor Manuel Rodríguez, Noé Canjura, Camilo Minero, Pedro Acosta García, José Mejía Vides, Luis Angel Salinas, Miguel Angel Orellana y Raúl Elas Reyes. También se exhibieron esculturas de Enrique Salaverria y José Mejía Vides. Dicha exposición formó parte del Primer Festival de Arte y Cultura organizado por la Universidad de El Salvador.

NOTA DE DUELO

El 13 de febrero del año en curso falleció en Guatemala el cuentista y novelista guatemalteco Virgilio Rodríguez Macal, hijo de nuestro apreciable colaborador y amigo, Licenciado Virgilio Rodríguez Beteta.

Rodríguez Macal demostró su amor por la literatura desde muy joven, y desde temprana juventud dio muestras de que poseía una virtud preciosa, que sólo pertenece al buen poeta y al buen narrador: magia en la mirada para captar el paisaje hasta en sus secretos más hondos; magia en el corazón, para comprender plenamente a gentes y criaturas de la tierra; magia en la palabra para expresar con acierto lo visto y comprendido.

Al recoger olores y colores de la selva, Rodríguez Macal juega con ellos como niño asombrado; al caminar a orillas de un riachuelo, se detiene ante el salto del pez, la asustada carrera del cangrejo o el temblor del lirio de agua... Entra en cuevas de bestias hurafñas como Pedro por su casa; conoce los senderos de la danta, así como las zarzas del garrobo y el musgo de la culebra... Allí está su escenario natural, el espacio donde se convierte en *cuentero* encantador, con hechizo de edades en el lenguaje mágico.

En sus novelas de pasiones humanas es plástico; pone en ellas algo exuberante y sensual, que inquieta e interesa a la vez. Sin embargo, la gracia narrativa de *La mansión del pájaro serpiente* y *El mundo del misterio verde* lo coloca entre los mejores escritores de Centro América. Es una gracia tan suya como la propia sangre, profunda en su sencillez, sabiamente campesina en cada palabra de los relatos. Podrá olvidarse cualquie-

ra de sus novelas pasionales cuando pase el tiempo —si es que somos ingratos— pero cada vez que lectores de los libros mencionados anteriormente visiten esa región de Guatemala, inexplorada todavía en grandes extensiones, que se llama Petén, tendrán que recordar a Rodríguez Macal. También esos lectores lo recordarán en cualquier rincón del Istmo al oír el gorjeo del guarda-barranca, al descubrir sobre lodos fecundos las huellas del tigre, al contemplar el afán de las hormigas entre apretados helechos y árboles gigantescos... El cuentista penetró en la selva sin temor alguno; la conquistó como amante; las salvajes criaturas que la pueblan fueron parte de su vida y de sus experiencias.

"Cultura" lamenta la inesperada muerte de Rodríguez Macal, y se vale de esta nota para presentar expresivas muestras de condolencia a su padre, esposa, hijos y demás familia.

He aquí la lista de las obras publicadas por el desaparecido escritor: *La mansión del pájaro serpiente* —historias de animales—, primer premio en el Concurso convocado en Guatemala en 1942, y patrocinado por la casa editora Farrar & Reinhart, de Nueva York; *Sangre y clorofila*, cuentos, primer premio en los Juegos Florales Centroamericanos, 1948; *Carazamba*, novela; *Jinayá*, novela; *Guayacán*, novela, premio único en el Certamen Centroamericano de ciencias, letras y bellas artes, Guatemala, 1953; *Negrura*, novela, premio "Pedro Antonio de Alarcón", Madrid, España, 1958; *El mundo del misterio verde*, cuentos de la selva, primer premio en el Certamen Nacional de ciencias, letras y bellas artes, Guatemala, 1958.

DOCUMENTAL Y PELICULA

El rostro, documental del salvadoreño Alejandro Cotto, que ha obtenido varios premios en el extranjero, y *Ocho y medio*, película de Fellini, fueron proyectadas en el Cine Darío el 28 de febrero, de las 11 horas en adelante. En la noche del mismo día Alejandro Cotto ofreció en el Paraninfo de la Ciudad Universitaria, una conferencia con este título: *8½ y La angustia*; *2¾ y La Risa*.

FESTIVAL DE POESIA

En el Teatro Nacional de Santa Ana se premiaron los mejores trabajos entregados por poetas centroamericanos al Concurso que organizó con el nombre de Primer Festival Centroamericano de la Poesía, la Asociación de Periodistas y Escritores de Occidente. El Jurado Calificador estuvo integrado por el doctor Eliseo Pérez Cadalso, Embajador de Honduras en esta República, doctor Julio Fausto Fernández, doctor Joaquín Cerra, señores Luis Gallegos Valdés, Alfonso Morales y Rigoberto Bran Azmitia. Obtuvo el primer premio por *Los cuatro misterios de la creación*, el doctor Pedro Geoffroy Rivas; el segundo se adjudicó a Rafael Góchez Sosa, por su obra *Marineras*; ganó el tercero el poeta hondureño Oscar Acosta, por su composición *Escritura amorosa*; el cuarto se entregó a José Barrera Morales, de Nicaragua, por *Via inconclusa*; el quinto y el sexto a Roberto Alvarez Marroquín y Roque Dalton García, por *Del dolor del indio* y *Dos tonos de voz*.

CLAUSURA DEL PRIMER FESTIVAL DEL ARTE Y LA CULTURA

Con la representación en el Paraninfo de la Universidad, de *Impresiones y Folklore sudamericano*, fue clausurado el 10 de marzo el Primer Festival del Arte y la Cultura, organizado por el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de El Salvador. Participaron en el acto Alcira Alonso, Mauricio Paredes

y el Grupo de Danza Folklórica de la Universidad.

CONFERENCIAS

En el Paraninfo Universitario —edificio de la Rectoría— se desarrolló un Ciclo de Conferencias, dictado por distinguidos catedráticos, de conformidad con el siguiente programa: miércoles 4 de marzo: *El Cuento en Centro América*, por el Licenciado Alfonso Orantes; miércoles 11: *El juramento hipocrático y la responsabilidad social del médico*, por el doctor Melitón Barba; miércoles 18: conferencia a cargo del doctor David Luna.

EN LA BIBLIOTECA NACIONAL

Como parte de los actos de inauguración del nuevo edificio de la Biblioteca Nacional, el Ministerio de Educación invitó para un ciclo de conferencias que fueron dictadas por la doctora Matilde Elena López, en el auditorio de la misma Biblioteca. Lunes 2 de marzo: *Una tentativa en torno al Dante*; miércoles 4: *Masferrer, pensador perdurable*; viernes 6: *El universo de Goethe*; el lunes 9: *Significado del teatro de vanguardia*; miércoles 11: *Una aventura en el mundo de Kafka*. De las 9 de la noche en adelante se ofrecieron al público dichas conferencias.

TOMA DE POSESION

La 1ª Junta Directiva de la Facultad de Humanidades de la Universidad de El Salvador tomó posesión el 19 de marzo, de las veinte horas en adelante, según el siguiente programa: Palabras del doctor Alejandro Dagoberto Marroquín, Decano de la misma Facultad. Toma de protesta de la Junta, por el doctor Fabio Castillo, Rector de la Universidad. Conferencia sobre este tema: *Las ciencias sociales y sus aplicaciones en la vida moderna*, por el doctor John Gillin, ex-decano de la División de Ciencias Sociales de la Universidad de Pittsburgh.

RECEPCION

El Señor Ministro de Educación, Profesor Ernesto Revelo Borja, invitó a una recepción en honor de los Delegados asistentes al Primer Congreso Anual de Educadores Centroamericanos, que tuvo lugar en San Salvador. Dicha recepción fue ofrecida en el Círculo Deportivo Internacional, el 20 de marzo, de las 18 a las 20 horas.

MESA REDONDA

Mesa Redonda sobre *Los problemas de Panamá*, se efectuó en el Paraninfo Universitario, edificio de la Rectoría, los días 12 y 13 de marzo, de las 20 horas en adelante. Tomaron parte en las discusiones las siguientes personas: doctores, Ramón López Jiménez, Alfredo Martínez Moreno, Roberto Lara Velado, Mario Salazar Valiente, Francisco Bertrand Galindo, Guillermo Ungo. Moderador: doctor José Enrique Silva. Invitó al acto el Departamento de Extensión Cultural de la Universidad de El Salvador.

CURSILLO DE EXTENSION CULTURAL

A cargo de la doctora Matilde Elena López se desarrolló el cursillo de extensión cultural, organizado por la Dirección General de Bellas Artes y dedicado a los alumnos de Teatro de la misma Dirección General, así como a estudiantes del Teatro Universitario, estudiantes de secundaria y público interesado en esta sección del arte. Las conferencias ofrecidas por la doctora López fueron las siguientes: 16 de marzo, de las 18 horas en adelante, *Los trágicos griegos*; 17, *El teatro de la Edad Media*; 18, *El teatro*

de Shakespeare; 19, *El teatro español del siglo de oro*; 20, *Los grandes desesperados de Ibsen*.

EN EL CINE DARIO

Baltasar Perla h., joven y notable artista del piano, ofreció el 11 de marzo, de las 20.30 horas en adelante, en el Cine Darío, un recital de música de Bach, Beethoven, Chopin, Schubert, Liszt y Prokofieff. Fue muy aplaudido por amantes de la música.

EN GALERIA FORMA

El pintor y ceramista hondureño, Arturo Luna López, abrió en Galería Forma una exposición de 43 piezas de cerámica, que fueron muy admiradas por las personas que visitaron la exposición. El acto de inauguración se llevó a cabo el 4 de marzo, de las 20.30 horas en adelante. Luna López obtuvo Medalla de Oro en una exposición colectiva realizada en Monza, Italia; también fue honrado con Medalla de Oro en Guatemala, en la Feria de Primavera de 1961 y ganó el 3er. Premio del Primer Salón de Pintura de la Galería de Arte del Instituto Interamericano. Ha efectuado cuatro exposiciones personales y ha participado en doce colectivas.

EXPOSICION

En los salones del Instituto Salvadoreño de Turismo fue inaugurada la exposición del pintor boliviano Jorge Imaná Garrón, con 17 óleos, 14 acuarelas y 11 dibujos. El Director General de Bellas Artes, don Salvador Salazar Arrué (Salarrué) estuvo presente en el acto de inauguración.

TINTA FRESCA

APOLOGIA DE AMERICA (Discurso Académico) *Ricardo Gallardo*. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1964.

El conocido escritor salvadoreño, Luis Gallegos Valdés, dice en diferentes párrafos del prólogo que escribió para el último libro del doctor Gallardo: "Su *Apología de América o Nuevo Ensayo de Interpretación histórico-liberal del Derecho Constitucional Americano*, en mi concepto, es una obra notable de dialéctica, una síntesis de historia de América hecha con un amplio espíritu latinoamericano, sin nacionalismo limitador alguno, y fundamentada en valiosa bibliografía. La palabra del doctor Gallardo se eleva en estas páginas a las cumbres literarias. Con mirada penetrante recorre el vasto panorama de nuestra geografía. Rastrea así las raíces de nuestra historia comparativa. Muestra verdadero conocimiento de las causas

que determinaron la fijación de lo que pudo haber sido, en aquel período inicial de nuestra vida autónoma, algo grandioso, como lo soñara el Libertador Simón Bolívar, para convertirse en un completo caos. Al lado de unas cuantas naciones fuertes como la Argentina, Chile, Brasil, México, surge con inquieto e inmaduro existir, hasta ya bastante adelantado este siglo, una pléyade de pequeñas repúblicas, cada una orgullosa de sí misma. Tanto en las primeras como en las segundas, el afán de legislar no siempre estuvo acorde con la evolución de sus propios pueblos, tanto más ingobernables cuanto que se trataba de pueblos étnicamente muy mezclados y con una cultura en germinación.

Sin embargo, es halagador encontrar el espíritu de un José Cecilio del Valle, la mentalidad más conspicua, por alerta y culta, del período independentista centroamericano, o de otro centroamericano como Antonio José de Irisarri, mentalidad gemela de las de Miranda,

Bello, Bolívar, San Martín. Basta ya de separatismos en lo cultural, que bastante hemos tenido por desgracia en Centro América. América es un todo, desde luego con dos culturas distintas: la sajona y la hispana; pero en lo fundamental, constituyen una unidad con un ideal democrático y liberal que se contiene en todas nuestras cartas magnas. Hay que reconocer, sin embargo, que no siempre se ha respetado ese ideal en la práctica.

En su *Apología* el doctor Gallardo valora el Descubrimiento, la Conquista, la influencia de América en Europa, el Desequilibrio político y militar europeo, la Independencia de los Estados Unidos; establece un parangón entre las dos Américas y una valoración de la independencia de Venezuela; trata de las variantes en el Derecho Americano y de las constantes jurídicas de la colaboración entre la Historia y el Derecho. Finalmente, hace el Elogio de Latino América que, florón magnífico, remata su discurso".

"Su elogio de Latino América es hermoso, profundamente sintonizado con las grandes corrientes espirituales que personalizan nuestros hombres más preclaros: un Miranda, un Sucre, un Bello, un Bolívar. Las ideas se desplazan en esas páginas al ritmo veloz y cálido de los impetuosos sentimientos que animan al orador, quien hace al mismo tiempo una imprecación a Venezuela; "No fue de vuestro Parnaso de oro —considerado a justo título como el continente de la palabra— la jaula donde se escapan los trenos proféticos, arrullados por esa ave canora que fue paloma torcaz y bajo cuyas impolutas alas se escondía un corazón de águila, cuyo solo nombre hace estremecer de casto amor y da aliento y coraje, antes de expirar, a los mártires del patriotismo universal: José Martí; el verbo de América de sabor de caña y de piña, destilando almíbar, y encarnado en el machete, en la daga, en el arcabuz y en la escopeta, no para asesinar a los hombres ni para hollar

el íntimo recinto de sus conciencias, sino para reivindicar los sacrosantos derechos de la libertad del Hombre y de la redención de los pueblos."

"El estudio que he analizado, fue leído parcialmente, en la Sesión de Clausura del "Congreso sobre la evolución del Pensamiento constitucional de Latinoamérica (1810-1830)", reunido en Caracas, Venezuela, del 26 de junio al 4 de julio de 1961. Este Congreso fue organizado y patrocinado por la Academia de la Historia Nacional, en conmemoración del Sesquicentenario de la Independencia de Venezuela.

El doctor Gallardo, que fue invitado a realizar el viaje desde París, donde reside, se vio investido, por elección de sus colegas, con el cargo de Presidente ejecutivo del Congreso; asimismo se le confió el Discurso de Clausura, acto que revistió la mayor pompa y que fue presidido por el Presidente de la República, Sr. Rómulo Betancourt.

El doctor Gallardo fue ponente, durante el Congreso caraqueño, de ocho mociones y sometió a la apreciación de la Comisión respectiva, tres estudios que por su aspecto inédito merecieron los más cálidos elogios. Se intitulan: *Los precursores de Francisco de Miranda en los calabozos de Cádiz*, *La influencia y la participación de los representantes venezolanos en la redacción del Estatuto napoleónico de Bayona (1808)* y *La influencia de los representantes latinoamericanos en la legislación de las Cortes de Cádiz.*"

El doctor Gallardo nació en la ciudad de Santa Tecla, El Salvador, en el año 1914. Hizo sus estudios de primaria y secundaria en su patria. Se licenció en Derecho en la Universidad de Grenoble, Francia, y más tarde obtuvo el doctoramiento en la Universidad de París. Después de vivir en El Salvador por largo tiempo, regresó a Europa en 1951. Durante seis años residió en Madrid, aprovechando esa permanencia en la Madre Patria para investigar en ricos archivos. Esa investigación le ha servido para

escribir serios trabajos literarios. El doctor Gallardo es Profesor del Instituto de Altos Estudios de América Latina, de París, y de la Facultad Internacional Para la Enseñanza del Derecho Comparado, de Estrasburgo, Francia. También es miembro de la "Inter-American Bar Association" y de la "American Law Association" de Washington, D. C., Estados Unidos de América.

LITERATURA OCCIDENTAL, Roma y la Edad Media. *Moisés Vincenzi*. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1964.

Apretada en su panorama, pero no por eso sin claridad en detalles, comentarios y juicios, esta obra de un conocido maestro y escritor costarricense, es valiosa información histórico-literaria, que viene a enriquecer la literatura de Centro América.

Se abre el libro cuando la cultura griega estaba en el cenit de su brillo y poder, y cuando Roma era apenas una pequeña ciudad del Lacio, ya absorbiendo a su manera la civilización griega y ya con los primeros vislumbres de su grandeza en el futuro.

Literatura e Historia van de la mano en todo el libro, especialmente en la parte que se ocupa de Roma: la primera, como parte natural de la segunda; como consecuencia de hechos vividos en cabal experiencia y de dones recibidos de pueblos cargados de riqueza cultural mucho más antigua.

Pequeñas biografías de poetas, historiadores, oradores, filósofos, etc., etc., así como acertados juicios sobre sus obras, dan al volumen movimiento y color. La diferenciación entre la literatura pagana, última época de la latina y cristiana, está muy bien hecha.

En la parte que se ocupa de principios de la Era Cristiana, es de sumo interés el capítulo que trata de los Gnósticos y su separación de la Iglesia Primitiva, En la que se refiere a la Edad Media,

Vincenzi trata con acierto la filosofía cristiana, árabe y judía, entra con seguridad en el estudio de la Escolástica primera, la alta Escolástica y la Escolástica posterior a las dos anteriores, presentándonos con sencillez docente la personalidad y la obra de Tomás de Aquino y de otros interesantes filósofos y místicos. Se cierra el libro con la vida y obra de Dante Alighieri.

De Moisés Vincenzi dice las siguientes palabras el escritor y maestro salvadoreño, Saúl Flores: "Distinguido escritor y maestro costarricense, Director de la Escuela Normal de Maestros durante los años de 1937, 1938 y 1939.

Autor de 51 obras y opúsculos didácticos, filosóficos y morales.

Siente profunda devoción por la filosofía. Kant, Schopenhauer, Hegel y Nietzsche le son familiares.

Entre sus obras filosóficas sobresalen su *Crítica Trascendental*, *Ruinas y Leyendas*, *Paulino y Suetonio* y *Filosofía de la Educación*; entre las didácticas: *Metodología de la Composición*, *Enseñanza del Estilo*, *Enseñanza de la Puntuación*; entre las Morales: *Preceptos*, *Mensaje a las Juventudes de América*, *Mensaje a los Jóvenes Yanquis*, etc., etc.

Ha escrito cuentos y novelas. En 1924, aparece, *Atlante*, obra de juventud, llena de poesía. El señor Vincenzi la llama, novela épica. En 1931, publica *Rosalía*, novela picaresca, en estilo arcaico, pícaro hasta en los pensamientos y divertida hasta la médula, según uno de sus comentadores, revela agilidad, buen humor y flexibilidad. Después publicó sus novelas fundamentales: *Pierre de Monval*, *La Señorita Rodiet* y *Elvira*.

Es poeta. Su exquisita sensibilidad va siempre impregnada de profunda filosofía".

LOS FUNDAMENTOS ULTIMOS DE
LOS DERECHOS DEL HOMBRE
(Justicia, Moral y Obligación.—Una
Introducción a la Filosofía del Dere-
cho). *Francisco Peccorini Letona*. Mi-
nisterio de Educación. Dirección Ge-

neral de Publicaciones, San Salvador, C. A. 1964.

El distinguido sacerdote y filósofo salvadoreño que escribió este libro, se expresa así en una parte del primer capítulo del mismo volumen, para entrar, después, en profundidades de la materia, que conoce a la perfección:

"1.—El presente libro pretende servir de introducción al estudio de la Filosofía del Derecho. Semejante fin, empero, no puede menos de imponerle una estructura especial, que necesariamente habrá de girar en torno al Derecho Natural. Porque es el caso que toda la investigación filosófico-jurídica se ha reducido a la fundamentación cabal del fenómeno jurídico, con la peculiaridad de que ningún sistema ideado para ello ha podido prescindir de la consideración de un derecho cimentado en la Naturaleza. Efectivamente, unos autores lo han adoptado llana y simplemente como el fundamento que se necesitaba, mientras que otros lo han substituido por otras bases, no sin haber tenido que demostrar previamente su ineficacia para tal efecto.

Ya en los albores del cristianismo penetra la tesis iusnaturalista tan brillantemente desarrollada por Aristóteles. Y, así, del siglo I al siglo V, los Santos Padres prohijan y pulen ciertas ideas helénico-paganas, si bien no llegan a sistematizarlas en un cuerpo de doctrina. Esa labor estaba reservada a los escritores que van del siglo V al siglo XIV, y cuyo diagrama "ascendente-descendente" se podría representar por los tres vértices: San Agustín, Santo Tomás y Guillermo de Ockam. Es la época de los tratados de *De Virtutibus*, *De Iustia et Jure*. El siglo XVI representa la plenitud de la doctrina jurídica naturalista. Su preocupación principal la constituye la teoría del poder y de la sociedad. Vitoria y Suárez lanzan al mundo, entonces, sus luminosos puntos de vista sobre el Derecho Internacional. Es la época del *Ius naturae et Gentium*.

Como una mancha que se extiende desde el siglo XVI hasta el siglo XVIII, cobra existencia un Derecho Natural *racionalista*, el cual, por difracción, se dispersa en un Derecho Natural *materalista*, a lo Hobbes; un Derecho Natural *hebraizante*, a lo John Selden; un Derecho Natural *panteísta*, a lo Spinoza; un Derecho Natural *protestante*, a lo Grocio y a lo Pufendorf; un Derecho Natural *cristiano-tradicionalista*, a lo Leibniz; un Derecho Natural *metafísico-historicista*, a lo Vico; otro *revolucionario-liberal*, a lo Locke, y, últimamente, uno *revolucionario-democrático*, a lo Rousseau. En semejante desviación hay un factor común —el racionalismo—, pero influyen no poco también, elementos políticos y religiosos. Diríase que, entre tanto, Kant procura unificarlos todos con un golpe de malabarismo, que transforma el "*Naturrech*" en un verdadero "*Vernunftrecht*", abriendo así, las puertas a un Derecho Natural "*idealista*" rígido e inflexible, que Fichte, Schelling y Hegel —en el siglo XVIII— habían de elevar a su paroxismo. Al hacerlo, sin embargo, firmaban la sentencia de muerte del iusnaturalismo.

Por eso el siglo XIX no pudo menos de ser el siglo de la negación del Derecho Natural. Abrió el fuego el Historicismo Alemán, el cual, si bien en su primer período —con Hugo, Savigny y Puchta— se mantuvo en un ambiente francamente supramaterial, porque, aunque se limitó a admitir tan sólo la jurisprudencia de cada pueblo —no una norma objetiva, trascendente y llamada a dirigir toda la Historia— lo hizo dándole un sentido plenamente espiritual; sin embargo, en su segundo período —con Böcking, Bekker, y Esmarch— perdió toda su grandeza espiritualista, no reconociéndole ya valor al derecho por ser "historia", sino únicamente por su "facticidad". Lo que así logró fue prepararle la entrada al más descarado positivismo, el cual se tiró a fondo, habiendo llegado hasta el positivismo que

no reconoce más fuente jurídica que el Estado, tal como el que enseñó Carré de Malberg. El positivismo, a su vez, dio origen a la Teoría General del Derecho, la cual pretendió substituir la quimérica doctrina del Derecho Natural por una teoría positivista del Derecho. Así nacieron, en Alemania, *Die Allgemeine Rechtslehre*, y en Inglaterra, *The Analytical School of Jurisprudence*.

Pero hay que reconocer que el siglo XIX vio surgir en su seno otros movimientos que no niegan, necesariamente, el Derecho Natural, pero que sí, tienden a superarlo. Todos ellos reaccionan contra la veneración exagerada al Derecho Romano, que había llevado, a los alemanes, al *pandectismo* de Bernhard Windscheid, y, a los franceses, a *L'École de l'exégèse*, servil adoradora del Código Napoleónico. Así nacen, el *Movimiento de los Juristas Alemanes*, de Otto Gierke, el cual pretende realizar más rigurosamente el programa del Historicismo mediante el estudio atento de los Derechos Nacionales, y, sin ser positivista, reacciona, sin embargo, contra el Derecho Natural racionalista, que había perdido de vista totalmente la realidad histórica; la *Escuela del Derecho Libre* —una concepción iusnaturalista, pero dotada de sentido histórico— la cual, por ser iusnaturalista, se opone al positivismo, y, por ser historicista, se opone al iusnaturalismo racionalista, como lo ha sabido hacer ver su autor, Hermann Kantorowicz; y el movimiento patrocinado por *Rudolf Ihering*, quien al compás de su divisa —“por el derecho romano, pero más allá del derecho romano”— fundó la filosofía de la historia del Derecho, la sociología jurídica y la psicología del Derecho. Estos intentos de una *ciencia jurídica* encuentra, no obstante su opositor decidido en Julius Hermann Von Kirchmann, el cual piensa que los principios de la ciencia natural no se pueden aplicar a un objeto que, como el Derecho, no pertenece al reino de la naturaleza, sino al de la historia y al de la

cultura, y debe, por tanto, ser tratado conforme a una gnoseología y a una ontología distintas.

El siglo XX, a su vez, conoce también enemigos del Derecho Natural de tanta monta como León Duguit y Hans Kelsen, de quienes habremos de tratar en sendos capítulos después. Sin embargo, se puede afirmar que, en general, nuestro siglo constituye el siglo de la resurrección del Derecho Natural, si bien éste no figura ya, en la escena de la Filosofía del Derecho, como pieza única, sino como una pieza, muy principal por cierto, pero que ha de compartir su suerte con otros aspectos del estudio del fenómeno jurídico, tales como la Historia Nacional del Derecho, la Etnología Jurídica, la Ciencia del Derecho Universal comparado, la Sociología Jurídica y otros, bajo el influjo policromo de las diversas corrientes de la Filosofía Contemporánea.

Es, pues, un hecho que no se puede abordar debidamente el estudio de la Filosofía del Derecho, si no se estudia a fondo el *Ius Naturae* que constituye una pieza tan decisiva, aunque no única —de su estructura, como puede verse por el breve recorrido histórico que, sin pretensiones críticas ni de exhaustividad, acabamos de hacer”.¹

Vive actualmente el Padre Pecorini en California, Estados Unidos de Norte América y es “Assistant Professor of Philosophy” en la Universidad de San Diego. Por largos años fue Catedrático de la misma materia en nuestra Universidad Nacional.

TEMAS VIVOS SOBRE EDUCACION.

Colección “Cuadernos Pedagógicos”
Nº 3. *Saúl Flores*. Ministerio de Educación. Dirección General de Publicaciones. San Salvador, El Salvador, C. A. 1964.

Don Saúl Flores es maestro y escritor

¹ Cfr. Luis Recaséns Siches, *Direcciones contemporáneas del pensamiento jurídico*. Editorial Labor, Madrid, 1929; *Los Temas de la Filosofía del Derecho*, Bosch, Barcelona, 1934.

que ha formado el corazón y la mente de varias generaciones de salvadoreños. Sus luchas por el progreso y perfeccionamiento de la educación nacional son conocidas en cualquier parte de la República, y su figura de hombre sonriente, exuberante y amable —siempre con libros bajo el brazo— es parte vital de nuestras aulas y nuestras calles, donde la palabra del viejo incansable se escucha y se acepta con respeto.

El libro que ahora comentamos trata de asuntos relacionados directamente con la educación, y está escrito en lenguaje sencillo, claro y seguro. Quien lo escribió conoce la materia hasta el fondo, y para él no tienen secretos los diferentes disfraces de los muchachos que no quieren mostrar su propio rostro. El pequeño pero valioso volumen está compuesto por los siguientes capítulos: *Formación de hábitos; La psicología de Alfredo Adler; Los sentimientos de inferioridad; De Robinson a Odiseo; Pedagogía estructuralista; Enseñemos a leer cosas bellas a los niños; Palabras a los maestros; Una piedra y tres hombres; Nuestro mensaje; Lo que informábamos en 1930. Escuela Nueva. Impresiones de Chile (Carta publicada en "Patria", por Alberto Masferrer).*

Saúl Flores nació en la ciudad de Zatecoluca, El Salvador, en 1890. Hizo sus estudios en este país y en Santiago de Chile. Dedicado a la enseñanza y a

las letras desde muy joven, artículos con su firma aparecen con frecuencia en periódicos y revistas de esta capital. Su libro "Lecturas Salvadoreñas" ha merecido el honor de numerosas ediciones.

LEAMOS. Cartilla de Alfabetización de Adultos. Ministerio de Educación. Departamento de Educación Fundamental. El Salvador, C. A. 1964.

"Esta edición de *Leamos*, Libro de Lectura N° 1, ha sido posible gracias a la gentileza de *Refinería Petrolera de Acajutla, S.A.*, que donó los materiales, y a la *Dirección General de Publicaciones del Ministerio de Educación*, que realizó el trabajo de imprenta".

Así se indica en la primera página del cuaderno ilustrado a que nos referimos, cuyo tiraje fue de 18.000 ejemplares. Dirigió la selección de lecciones el Profesor Rodolfo Fernández Calderón, bajo el cuidado del Jefe de Educación Fundamental, Profesor Gilberto Aguilar Avilés, siendo Ministro y Subsecretario de Educación de nuestra República los Profesores Ernesto Revelo Borja y Francisco Morán. El doctor Ricardo Trigueros de León, Director General de Publicaciones, tan conocido por su buen gusto en el trabajo de publicar libros, prestó su valiosa cooperación en la hechura de la misma cartilla.

